


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014810975

EUGENIO CAMBACERES

SILBIDOS DE UN VAGO

(POTPOURRI)

NOVELA ARGENTINA

QUINTA EDICION

EDITORIAL MINERVA
BUENOS AIRES MCMXXIV

EUGENIO CAMBACERES

POTPOURRI

SILBIDOS DE UN VAGO

NOVELA ARGENTINA

QUINTA EDICIÓN

BUENOS AIRES
EDITORIAL MINERVA
MIMXXIV

DOS PALABRAS DEL AUTOR

CUANDO un pobre diablo transita pacíficamente por las encrucijadas de la vida con una cantinela en los labios y porque su música suena mal en ciertas orejas enfermas, se ve asaltado de golpe por una turba rabiosa que se le va encima, lo avanza, lo acosa y puja por arrebatarle la bolsa, por robarle esos billetes de banco que se ganan sudando y que se llaman nombre, fama, reputación, ¿qué hace?

Para que no le sacudan a traición, se arrincona por lo pronto, aunque sea en algún ángulo de pared, de los que la indecencia pública suele convertir en meaderos, revolea un garrote justiciero, o, si lo pescan descuidado, a falta de refugio más seguro, arma el paraguas, a guisa de escudo y se acurruca tras de él para cubrirse del manoteo de los grandes y de las uñas de los chicos que, como *cuzcos* en riña de mastines, pretenden alzar la pata y mojar ellos también.

Ese es el caso.

Una mañana me desperté con humor aventurero y, teniendo hasta los tuétanos del sempiterno programa de mi vida: levantarme a las doce, almorzar a la una, errar como bola sin manija por la calle Florida, comer donde me agarrara la hora, echar un *bésigue* en el Club, largarme al teatro, etc., pensé

que muy bien podía antojárseme cambiar de rumbos, inventar algo nuevo, lo primero que me cayera a la mano, con tal que sirviera de diversión a este prospecto embestiador, ocurriéndoseme entonces una barbaridad como otra cualquiera: contribuir, por mi parte, a enriquecer la literatura nacional.

Para que uno contribuya, por su parte, a enriquecer la literatura nacional, me dije, basta tener pluma, tinta, papel y no saber escribir el español; yo reuno discretamente todos estos requisitos, por consiguiente, nada se opone a que contribuya, por mi parte, a enriquecer la literatura nacional.

Y a ratos perdidos, entre un bostezo a dos carrillos y un tarro de *caporal,* llegué a fabricar el atajo de vaciedades que Vds. saben y que tal polvareda ha levantado, tanto alboroto y tanta grita contra una humanidad de tercer plano: el autor.

Francamente, *le jeu n'en valait pas la chandelle.*

Pero como, así como así, me han *caído* espantosamente y como cuando a uno le *caen* el derecho de pataleo es libre, según decimos en criollo, aguántenme ahora dos palabras por vía, no de enmienda, sino de explicación.

No quiero justificarme porque entiendo no haber delinquido.

Aclaro y nada más.

Mis tipos del capítulo segundo son fantásticos.

He estado a dos mil leguas de pretender vestir con semejante ropaje a don Fulano o a doña Zutana, personajes de carne y hueso.

Son entidades que existen o pueden existir, así en Buenos Aires como en Francia, la Cochinchina o los infiernos y que me he permitido ofrecer a Vds. en espectáculo, sacar en cueros al proscenio,

porque pienso con los sectarios de la escuela realista que la exhibición sencilla de las lacras que corrompen el organismo social es el reactivo más enérgico que contra ellas pueda emplearse.

Digo lo mismo de mis ejemplares del Club del Progreso?

No; aquí he seguido el procedimiento de los industriales en daguerreotipo y fotografía; he copiado del natural, usando de mi perfecto derecho.

Desde Aristófanes que no encontrando quien quisiera hacerse cargo del papel de Sócrates arrastrado por él a las tablas sin ni siquiera tomarse el trabajo de cambiarle nombre, lo representaba él mismo; desde Shakespeare que atrapó a su Falstaff relleno de sibaritismo al volver de una esquina y se lo sirvió así no más al público; desde Racine que ahorcó a Louvois en la cabeza de Aman, y Moliére que ayudaba a M. de Montespan a sobrellevar con paciencia su triste suerte de cornudo, afirmándole en Amphitrion que un *partage* con Júpiter no tiene nada que deshonre, hasta Balzac que decía que era cosa de locos andarse por los tejados, y Gauthier que hizo de Jorge Sand una Camila Maupin, y, últimamente, Zolá que en su Execelencia Rougon, ha puesto las peras a cuarto a su Excelencia Rouher, qué otra cosa han hecho los maestros del oficio que desollar al prójimo desde que el mundo es mundo? De cuándo acá se ha ocurrido a nadie que sabe donde tiene las narices, vestir a Talía y a sus hermanas, criaturas desfachatadas si las hay, de señoritas tartufas, fruncidas y melindrosas?

Seamos francos, entonces y dejémosnos de aspavientos hipócritas y ridículos, que lo que los hace

crier au scandale, poniendo el grito en el cielo, es el b-a-ba del arte en todas partes donde se cuecen habas y muy particularmente entre nosotros, donde vivimos hartos de ver que el primer cualquiera le sale a uno al encuentro porque sí, lo agarra a brazo partido y lo pone patas arriba en el concepto público.

Prosigo.

Decía, pues, que había tenido los bultos por delante, solo que, operando en carnaval, en que todo se cambia y se deforma, probablemente se deformaron también las lentes de mi maquinaria, saliendo los negativos algo alterados de forma y un tanto cargados de sombra.

Lo de las bolas de vidrio que ponen en los jardines: se mira en ellas un lindo y se refleja un feo.

A qui la faute?

Nadie la tiene; ni el fabricante, ni el lindo, ni la bola.

Vis interna verum.

También, qué más era de esperarse en circunstancias en que todo anda revuelto, cuando las mujeres se hacen hombres, los viejos muchachos, locos los cuerdos y la noche día?

Claro está; el negocio tenía que salir torcido.

Consecuencia: alguno de mis sujetos, según dicen, echa espuma contra mí.

Desconfiando que no careciera de razón y que bien podía habérseme ido la mano (así suceden las desgracias!) he repasado después y vuelto a repasar esas páginas, no como el que las escribe o se ve escrito en ellas, sino como el que las lee de afuera, sin ánimo preconcebido y sin pasión.

Bien, pues, quiero que las siete plagas me tu-

llan si he encontrado allí la más remota sombra, siquiera, de ataque a la dignidad privada.

O soy muy bruto yo, o muy fátuos los otros.

Pueden haber sufrido la vanidad y el amor propio; la reputación, jamás.

Pero, decididamente, debo andar muy en la mala, porque cuando no es por mangas es por faldas, cuando no es uno, son muchos y *seul contre* muchos, *que voulez-vous* que haga?

Según también ha llegado a mi noticia, una parte, sobre todo la parte femenina del respetable público, ha visto en las hojas de mi libro los insultos más soeces, las ofensas más sangrientas lanzadas brutalmente a la faz de la sociedad.

Tras de cada frase, de cada palabra, de cada coma y aun tras de los márgenes y blancos, en vez de la alegre silbatina de un *flaneur,* han oído, *horrezco referens!* zumbar los dardos envenenados que, hijo desnaturalizado y perverso he hundido con mano parricida en las entrañas de nuestra madre común.

Delicioso, palabra de honor, delicioso!

El que esto ha escrito, dijo alguien que, de fijo, resollaba por la herida, no puede ser sino un corrompido que no cree ni en las cosas divinas ni en las humanas, un escéptico, un descreído sin Dios ni ley ni conciencia, un degradado que lleva su audacia hasta el cinismo de pintarse él mismo.

El que esto ha escrito, repitió la tropa de carneros de Panurgo, no puede ser sino un corrompido que no cree ni en las cosas divinas ni en las humanas, un escéptico, un descreído sin Dios ni ley ni conciencia, un degradado que lleva su audacia hasta el cinismo de pintarse él mismo.

Excusez du peu.

Es mucha bondad y se les agradece, pero mienten y no necesito encender vela para encontrar la prueba.

Un barato previo: nadie tuvo derecho a suponer en el autor de un libro anónimo, particular modesto *par le fait,* que llevara su petulancia hasta *dragonear* de héroe de la fiesta, gritando a voz en cuello: aquí estoy yo; soy, como quien no dice nada, Rousseau y allá van mis confesiones!

Nadie tuvo tal derecho, lo repito, aunque no fuera sino porque a nadie se lo he dado; pero ya que esos caballeros pretenden lo contrario, hagámosles el gusto y entremos a suponer.

Decimos, pues, suponiendo, que el vago soy yo y no otro como hay muchos para los que también muelen los molinos, que habitan su rincón de sol y que el que escribe caza al vuelo en sus correrías, hace suyo por derecho de conquista, estampa en papel de imprenta y entrega a la circulación porque tal es su oficio o su beneficio, o porque se le da la gana, cuando no tiene otra razón mejor.

Ahora papelito canta.

El que, de viejo se calienta, hasta sentir que lo quema la sangre porque ve que la maldad se ensaña, no contra su madre, su mujer, su hermana, su amigo, ni aun alguno de su parentela, sino contra quien sólo está ligado a él por el vínculo mezquino y ruin de la humanidad.

El que se hinca en el altar de la amistad con ese recogimiento santo que sólo inspira la fe.

El que bajo un guante de fierro, esconde una mano abierta y detrás de un pecho de piedra, un corazón que responde al grito austero del deber.

El que vive el tercer tercio de su vida sin que el mundo con su aliento envenenado haya penetrado en él hasta podrirlo por dentro, por más que muestre ulcerada la epidermis.

El que así piensa, siente y hace, ese, nada menos, ese, dicen es un mandria, un depravado?

Oh! déjense de molerme la paciencia y no me vengan con pavadas, por no decir algo peor.

Ahí tienen al tipo por delante.

Si no le entran, son mochos; si fingen no entrarle, son ruines.

Y en uno y en otro caso, no propongo a esos señores que acepten mis más ardientes felicitaciones.

Pero basta de suposiciones gratuitas; no quiero seguir vistiéndome con las plumas del grajo.

Ni soy el vago, ni para bosquejar la silueta de mis personajes, redondear sus contornos y llegar a darles la última mano, he trabajado solo.

Mal que les pese, todos Vds. han colaborado alcanzándome la pintura.

Sea los colores nobles y delicados, los matices puros que he puesto en Juan y en la índole del carácter del mismo vago, por más que se ceben contra él, sea las tintas negras que me han servido para hacer el bajo-relieve de los vicios y de las miserias sociales.

Toda esta factura, lo repito, sin pararme en individuos, nadie ha *posé* en mi taller, salvo para ciertos tonos serios o humorísticos que he llevado al cuadro, sin estropear al modelo y excepción hecha de una pincelada rojo-fuego, una sola, que ha roto el lienzo porque he tirado, lo confieso, como un chuzaso, de revés, con ganas, amontonando patriotismo y hiel.

Bien sabía, por otra parte, que era peludo el asunto, que más de uno iba a mirarse reproducido en la escena, que el libro iba a darme un buen número de enemigos, amigo, ninguno.

Es que, impunemente, no se hacen trabajos de zapa, no se empuñan el pico o la barreta para minar los cimientos de un edificio, aunque amenace ruina y se trabaje con la cristiana intención de evitar que, viniéndose al suelo de golpe, resulten piernas y brazos quebrados, sin que el dueño se amostace, protestando que atacan su propiedad y violan su domicilio.

Tales son la lógica y la gratitud humanas.

Pero, de veras, nunca me figuré que les diera tan fuerte y que llegaran hasta desgañitarse, vociferando: *á la garde, au voleur, á l'assassin!* en presencia de un prójimo inofensivo, de un musicante infeliz que se presenta en público con el sombrero en la mano, que no dispara de la justicia porque ni es ladrón, ni es asesino y cuyo solo delito consiste en haber escrito una farsa, en haber compuesto un *Potpourri* en que se canta clarito la verdad.

Concluyo.

He querido hacer reir y he hecho rabiar.

Fiasco completo; no era eso lo convenido.

Lo de todos los autores rechiflados: ganas me dan de sacudir el instrumento contra el suelo... y sin embargo... el amor al arte...

Reincidiré?

Quien sabe.

POTPOURRI

VIVO de mis rentas y nada tengo que hacer.
Echo los ojos por matar el tiempo y escribo.

* *

Es decir:

El que crea encontrar en las páginas de este libro estudios serios, fruto de una labor asidua, debe, desde luego, cerrarlo sin más vuelta.

No quiero ni puedo hacer nada serio.

El más pequeño esfuerzo intelectual me postra.

Vivo por vivir, o mejor: vegeto.

Perdidas en medio de mis muchos defectos, tengo algunas buenas dotes. Poseo, por ejemplo, un fondo innegable de honradez; por eso es que nada prometo, desde que nada puedo dar.

Ya saben Vds., pues, a qué atenerse.

* *

Muchas veces he solido preguntarme: para qué diablos hubiera podido yo servir? Cuál es mi vocación? En qué ramo de la actividad humana habríame sido dado descollar?

En el teatro, son las palabras que fatalmente han asomado a mis labios después de haberme dado vueltas y revueltas, examinado de cerca, estudiado mi tamaño, mis contornos, mis formas, mis diversos

matices de color, mi valor intrínseco, en fin, como se hace con cada uno de los pedazos de palo cubiertos de papel pintado que yacen *péle-mêle* sobre la mesa, y a los que se concluye por dar la única colocación que tienen en la formación de los paisajes o cuadros de los juegos llamados de paciencia.

Sí, señor; he nacido para cómico.

Desde la infancia, me sentí arrastrado fuertemente hacia las tablas.

No se me ocurrió jamás seguir el mal ejemplo de los pilluelos de mi época y hacer la rabona a la escuela solo o en pandilla.

Mis rabonas eran de otro género.

Compraba los favores del ilustre descendiente de Pelayo, encargado de la puerta de mi casa, mediante el sacrificio de la suma íntegra de un peso moneda corriente que me daba mi madre los domingos y días de fiesta a guisa de propina y cuando la bendita señora me creía gozando tranquilamente en mi cama el sueño de los inocentes, habíame ya escurrido de entre las sábanas, ganado la calle haciéndome chiquito y salvado, en menos que canta un gallo, la distancia que me separaba del Teatro de la Victoria, a cuyo interior me colaba perdido entre las piernas de un grupo de concurrentes, para escapar así a la vigilancia de los porteros.

Todo me parecía sublime al través de los mugrientos quinqués de aceite de potro que, *soidisant,* alumbraban la escena.

En mi inconciente aspiración de niño, hallábame poseído de una admiración que rayaba en culto por el talento dramático del mulato Quijano y las dotes líricas de la señora Merea.

Y cuidado que no era mucho exigir!

Esta inclinación al teatro fué acentuándose cada vez más en mí.

Adolescente, estuve varias veces a punto de sacudir el yugo de la patria potestad, dar al traste con la familia y las conveniencias sociales y, campeando por mis respetos, largarme a *hacer carrera* por esos mundos de Dios.

Es que, efectivamente, figúrese una inteligencia clara, sutil, mañosa y diestra en la asimilación de los talentos ajenos, pero seca de producciones propias, simplemente reflectora de la luz de afuera, una inteligencia plagiaria, en fin.

Un físico a *l'avenant,* estatura elevada, formas correctas y marcadas, mirada viva, fisonomía movediza y suelta, capaz de un fuerte parecido en la traducción de todos los arranques del alma.

Agréguese a estos diversos elementos de composición, homogéneos, hechos los unos para los otros, una vocación genuina, nutrida por la tendencia más pronunciada a la vida de bohemia y a los placeres que son su base, y se tendrá la tela de todo un cómico.

Ese era yo.

Desgraciadamente, la buena posición social de mi familia y el menosprecio del mundo por el artista de teatro, resabio estúpido de los tiempos en que la máscara del histrión degradaba el ejercicio de la noble carrera del arte, violentaron los impulsos de mi naturaleza, haciéndome renunciar a mi inclinación predilecta.

* *

Mi excelente madre se empeñaba en hacer de mí un abogado.

Amándola con delirio, no me sentí con fuerzas bastantes a contrariar su voluntad, sagrada para mí, y estudié derecho.

Entendámonos.

Más que vida de estudio, fué la mía, vida de placeres y de holganza.

Mimado por mis padres, con dinero a discreción y el libre arbitrio más absoluto, frecuentaba los salones, teatros y paseos, mientras las Pandectas, las Partidas y los Cánones yacían en lastimoso y polvoriento olvido.

Esto duraba diez meses.

El amor propio, que en mí habría sido una condición si no hubiera degenerado en vanidad lo que es ya un feo defecto, abría entonces un paréntesis en esta serie no interrumpida de goces mundanos, y la vergüenza de una posible reprobación hacíame reaccionar de tal manera que, durante los dos meses restantes, dedicaba ocho y hasta diez horas diarias al estudio, lo que me permitía presentarme a las pruebas finales y salir airoso de ellas.

Pero, ay! lo que así se gana, así se pierde! Dos meses antes del examen no sabía nada, pero dos meses después... tampoco.

La ciencia que había adquirido a vapor para impulsarme en la carrera de la vida, se desvanecía en mi cabeza con la rapidez con que se desvanecen en el espacio las largas espirales del poderoso agente después de haber actuado sobre los tubos caldeados de una locomotora.

Con este *pasivo* de conocimientos, ingresé, por fin,

al foro, abrí estudio y ofrecí mis servicios profesionales al respetable público; no por efecto de necesidades pecuniarias a llenar, lo repito, nunca las he sentido, sino como un derivado forzoso y lógico de mi título de competencia.

Me sucedió lo que a los aficionados a la opereta, al género de Offenbach y de Lecocq, que son capaces de dormirse parados oyendo la novena sinfonía de Beethoven o un *cuartetto* de Hadyn y se creen, sin embargo, comprometidos a asistir a un concierto de música clásica porque han comprado una luneta.

Mientras tanto, pisando un terreno que no era el mío, completamente *dépaysé,* la fuerza misma de las cosas debía arrojarme fuera de él.

Mi espíritu, como esas aves que necesitan libertad y espacio para poder vivir, se asfixiaba aprisionado en la atmósfera corrompida y sofocante donde se agitan jueces, abogados, escribanos, procuradores y demás curiales.

El simple aspecto de un expediente hacíame apartar la vista con indecible repugnancia; su manipulación llegó a ser tarea superior a mis fuerzas y un invencible sentimiento de disgusto se apoderaba de mí al solo amago de la visita del cliente y, sobre todo, de la clienta, de la mujer pleitista, criatura cargante si las hay, cuyos tremendos solos no me era dado soportar sin una serie de bostezos y los párpados abatidos, llorosos e inyectados de sangre, expresión de cretinismo propia del infeliz que ha llegado al apogeo del fastidio.

Con el agua al cuello, un esfuerzo supremo de propia conservación podía sólo salvarme.

Una mañana de invierno fría y gris como el *spleen* que me dominaba, me levanté resuelto a poner fin a mis males con un remedio brutal. Cerré con llave las puertas de mi estudio; pegué sobre ellas el letrero siguiente: Cerrado por causa *d'embêtement,* y procedí, en seguida, a repartir mi clientela entre mis condiscípulos más pobres y más famélicos, como se reparte la carne del manso buey en las jaulas de fieras y aves de rapiña de los jardines de aclimatación.

Todo por vía de desfacimiento de agravios y enderezamiento de entuertos, para mayor gloria de Dios y bien de la humanidad.

* *

Devuelto a mí mismo, sin compromisos que me esclavizaran, sin obligaciones que cumplir, dueño absoluto de mi tiempo, entreguéme de lleno a la vida ligera, cuyos fáciles placeres probé hasta la saciedad.

Una transición sencilla de explicar debía entonces operarse en mí.

Sentí el vacío en mi alrededor y avergonzado de la esterilidad de mi vida, busqué un terreno más fecundo donde poder utilizar mis medios y llevar a la obra del bien común mi contingente de trabajo y de sudor.

Hubo una época entre nosotros en que el título de doctor era un salvo-conducto, una especie de *passe-partout* que hacía a su propietario, aun cuando se llamara D. Inocencio o D. Pánfilo, el hombre preciso, indispensable para el lleno de todas las altas funciones de la vida.

Buscaban Vds. un hombre en política, en las ciencias, en las artes?

Lo encontraban fija e irrevocablemente precedido de la cuarta y de la décima cuarta letra del alfabeto.

Los miembros del gobierno eran doctores, de doctores se componían los parlamentos, las academias científicas y literarias, los clubs políticos y sociales, y cuando sin ellos y, por acaso, llegábase a nombrar una comisión, siquiera fuese con el objeto de hacer producir a la tierra cuatro en lugar de dos, o de propender al mejoramiento de las razas vacunas, caballar o lanar, el público indignado protestaba exclamando:

—A quien se le ocurre nombrar una comisión compuesta de una punta de animales: imagínese Vd. que ni un solo doctor figura en ella!

Como si interpretar un texto, acusar una rebeldía, cortar una pierna o administrar a tiempo un vomitivo, encerrara la omniciencia, fuera la panacea sin la cual las sociedades debieran marchar sin remedio a su desquicio y a su ruina.

Mientras tanto, talentos reales sólidamente preparados, espíritus prácticos y sensatos que habrían podido ser de una ayuda eficaz en la administración de los negocios públicos, vegetaban oscurecidos en el olvido.

Para ser algo en esta bendita tierra, era fatal tener patente de embrollón o de matasanos.

Fué así que vimos las aulas de nuestras facultades de medicina y de derecho repletas de jóvenes que, en provecho propio y extraño, habrían podido

aplicar sus aptitudes a rama más útil del saber humano.

La Universidad sobre todo, nueva boca del infierno, vomitaba por centenares esa verdadera plaga social de diablos con toga y, a continuar invadiéndonos la producción en razón inversa de las necesidades del mercado, nada extraño hubiera sido que hasta el humildísimo empleo de teniente alcalde del más humilde de los pueblos fronterizos, hubiese sido desempeñado por un doctor.

Por fortuna el sentido público ha experimentado una reacción salvadora y hoy podríamos exclamar con Cervantes, haciendo de su dicho una aplicación al caso:

''En esto de achaques de títulos y colgajos, lo mesmo es nada!''

* *

Tenía, pues, siendo doctor, todas las puertas abiertas, el camino llano y despejado.

Ofrecióse a mi vista el ancho campo de la vida pública en cuyas vías me lancé con ánimo ferviente e inspirado en los más sanos y sinceros propósitos.

Ocupé varios puestos públicos sin haberlos mendigado de quienes me levantaron; sin ser hombre de partido, es decir, sin haber celebrado jamás pacto alguno expreso o tácito, que reatara mi libertad personal, me impusiera el sacrificio de mis convicciones y, a título de consecuencia política, me transformara en instrumento ciego de iniquidades más o menos monstruosas.

La independencia misma de mi situación hízome creer un momento que me encontraba llamado a

cooperar en la limitada esfera de mi valor al bienestar y felicidad de mis semejantes.

Pero ay! cuando en hora menguada, al tocar una de esas cuestiones que queman, en presencia de una de las luchas más ardientes que registren los anales de nuestras miserias políticas, alarmado ante la profunda perversión de los partidos, tenté oponer un dique a ese torrente que amenazaba desbordarse para arrasar en su ímpetu la obra paciente del patriotismo y de los tiempos, cuando presintiendo la tremenda perturbación que iba a conmover hasta los cimientos del edificio social, quise cerrar la entrada del Tempo de la Ley a la corrupción que golpeaba sus puertas, la reprobación más unánime fué mi recompensa.

Güelfos y Gibelinos descargaron sobre mí sus formidables iras, y el pueblo soberano que me escuchaba me pegó la más espantosa silbatina que haya resonado jamás en teatro alguno del mundo!

Y, sin embargo, sabe Dios que mi único objetivo era la felicidad de mi país, mi conciencia, el único norte para alcanzarla!

Uno de los bandos, en su sublime amor por la patria, no trepidaba en apelar a los más ruines manejos, en echar mano del fraude, de la violencia, del cohecho, para disputar el triunfo a sus contrarios: "quebrados fraudulentos, vendidos al extranjero, eternos pitancistas del Erario, sanguijuelas de la sangre del pueblo!"

El otro, en su fervoroso patriotismo, esgrimía las mismas armas a la luz del sol, con tal de dar en tierra con su adversario: "canalla vil, reclutada en la hez de la sociedad!"

Unos y otros llevaban su santa abnegación por el bien público hasta consumar la vergüenza de su propia degradación, hasta el sacrificio de la honra, de eso que en mi insensata candidez de joven, creí que el hombre debía esforzarse por salvar intacto, ante todo y por sobre todo, para transmitirlo a sus hijos, como la más preciosa de las herencias!

Cuánta generosidad, cuánta grandeza, cuán noble ejemplo de valor cívico para las generaciones venideras!

Ay de mí! fuerza era conocerlo: no me hallaba, ni con mucho, al nivel moral de los *leaders* políticos de mi época!

Tengo la cobardía de confesarlo: no se anidaba en mi pecho coraje bastante a militar en las filas de tan esforzados campeones!

Me sentí pigmeo en lucha de gigantes.

Una ilusión menos, un desengaño más.

El acceso de la Tribuna y del Capitolio, como las puertas del foro, quedaban para siempre cerrados a mi paso!

Decididamente, no hacía carrera.

* *

Postrado hasta la humillación, con la conciencia más completa de mi inutilidad, a dónde dirigir los ojos? qué nuevo esfuerzo érame dado intentar aún?

Podía, acaso, volverme atrás y, mal abogado y peor político, hacer de mí un ingeniero, un literato, un militar o un médico o un fraile o un estanciero siquiera, para escribir yo también, como el señor Lima, algún tratado de ganadería práctica?

Vana tarea; todo en la vida tiene su época y viejo estaba Pedro para cabrero.

Hubiera sido exponerme a que me sucediera lo del pintor aquel que, queriendo hacer un caballo, hizo algo que, más que caballo, parecía mulo, por lo que, descontento de su obra, pasóle una raya de carbón para empezar de nuevo, consiguiendo al fin pintar un burro.

No hay vuelta que darle por más que chille el amor propio: soy un hombre completamente *raté.*

* *

Chassez le naturel, il revient au galop.

Ah! el teatro, el teatro!

Cátedra universal a cuyas puertas se agolpan las masas y en cuyo recinto, sin sospecharlo siquiera, se instruyen, crecen, se elevan, se transforman y convierten al calor que difunde el fuego inextinguible del arte, abriendo los misterios del alma a las nociones eternas de lo noble y de lo bueno!

Verdadera cátedra de regeneración popular, qué gloria mayor para el ambicioso que aspira a las alturas que dominarte como dueño y absoluto señor!

Ah! el teatro, el teatro!

Cuántas veces, replegado en mí mismo, he acariciado el sueño dorado de toda mi vida!

Transportábame con la imaginación, esa loca que no descansa, al suntuoso recinto inundado de luz y de cabezas humanas.

Encarnaba una de las creaciones sublimes de Shakespeare.

Una chispa del fuego eterno brillaba en mi frente.

Bajo el hechizo de mi palabra, el malo se hacía bueno, el bueno se hacía mejor, y éste y aquél y muchos y todos, la multitud entera subyugada, pendía de mis labios, luchaba con mi coraje, brillaba

con mis glorias, lloraba con mis lágrimas, sufría con mi dolor y, arrastrada por la fuerza de mi genio, salvaba la valla que nos separaba y venía a mí, a vivir de vida real el ideal que yo creaba!

Es la visión de lo bello que el artista revela a los ojos de la muchedumbre, viva, nítida, deslumbrante, que arrebata y conmueve, que se impone con la fuerza de los hechos y penetra hasta herir las fibras más delicadas del corazón!

Si así no fuera, no se levantaría de mil pechos a la vez un grito gigantesco para aclamarla!

Influencia irresistible de la verdad!

Mágico encanto del arte!

Triunfo incomparable de su sacerdocio!

* *

Pero, qué otra cosa es el mundo que un teatro inmenso, con sus primeras partes, de *cartello* las unas, buenas, mediocres o malas las otras, sus comprimarios, bailarines, coristas, comparsas, corifeos y demás canalla?

Qué más la sociedad que un vasto escenario donde se representan sin cesar millones de farsas, a veces sangrientas, grotescas y ridículas casi siempre!

La diferencia entre uno y otro consiste en que el teatro ficticio, aquel cuya entrada se compra con un billete de banco y con ella el derecho de aplaudir o silbar al saltimbanco, al histrión cubierto de oropel, pero capaz, acaso, de dar tres rayas a su juez en achaques de honradez y dignidad, es lo que debe ser, mientras que el teatro real, en el que el vulgo actúa confundido, es lo que es.

Si un plan moral más o menos severo no responde a las reglas prescritas, la pieza se silba en el primero.

La ausencia de toda moralidad se diría requisito exigido en el segundo para alcanzar los favores del público.

En aquél, el éxito se mide por el mérito.

En éste, el mérito depende del éxito.

El desgraciado que escolla recibe del público indignado la más furiosa rechifla.

El bribón que medra arranca del público entusiasmado frenéticos aplausos.

Il s'agit de réussir: tout est là. Y, por mi parte, entre el teatro de Corneille y el de Napoleón, digo que me quedo decididamente con el de Corneille.

Den vuelta la hoja y oirán, en pro y abono de mi dicho, una colección de melodías arregladas para pito, un *potpourri* de chiflidos sacados de oído y a *capriccio,* pero sin *fioriture* ni variantes, de la música colosal del mundo.

I

QUÉ te parece mi novia? me preguntaba Juan rascando un fósforo para enceder un cigarro, al salir a las doce de la noche, víspera de su casamiento, de casa de su futura donde acababa de presentarme oficialmente como a uno de sus mejores amigos.

—Muy bonita, le contesté.

—Y si vieras qué buena! agregó tomándome del brazo y prosiguiendo ambos nuestro camino. Cuánto me quiere la pobrecita!

Si, como dicen, el matrimonio es una lotería, puedo asegurarte que me he sacado la grande.

Casándome con una mujercita como María, tengo noventa y nueve probabilidades contra una de ser el más feliz de los hombres.

—Sí, eh? está muy bueno, repuse tranquilamente.

—Cómo es eso de está muy bueno? Con qué flema y con qué cachaza me contesta su excelencia! Acaso no piensas como yo?

—Sí, mi querido amigo, creo como tú que tu novia es una preciosa criatura, buena, amorosa, que te quiere como es susceptible de querer una mujer de diez y siete años a un hombre joven y buen mozo: con toda la fuerza de la pasión; que no piensa sino en tí; que no sueña sino en hacer la feli-

cidad de tu vida; que se halla animada de los sentimientos más puros, que tu nombre y tu fortuna no han influído para maldita la cosa en ella cuando ha jurado ser tuya y que llegaría hasta creerse la criatura más dichosa si le propusieran pasar el resto de su vida en un rancho comiendo puchero de carnero con fariña y galleta, siempre que tú comieras la mitad.

Ya vez hasta qué punto admito que tu futura encarna para tí un conjunto de perfecciones, pero...

—Ah! hay un pero?

—Un momento... Sabes que no se me ha ocurrido nunca casarme. Mas, que he huído siempre de la tentación como un griego de un inglés o un gato del agua fría: cuestión de temperamento; pero sabes también que acepto, que justifico el matrimonio como una necesidad social y soy el primero en batir palmas cuando los otros se casan.

Permíteme no obstante que, tratándose de tí y dado el cariño que te profeso, yo que no estoy enamorado, no participe de tu entusiasmo, no arremeta la cuestión a *l'emporte pièce,* ni trate de tomar el porvenir a la bayoneta.

El hombre que se casa se embarca, y el que se embarca peligra, agregué en tono sentencioso.

—Sí, pero el que no se embarca no atraviesa el mar.

—Mejor es no atravesarlo, que ahogarse en él.

—Eso no pasa de ser un detestable lugar común.

—Eres un cobarde, un visionario y un descreído.

—No; soy un hombre prudente, y nada más.

—Supongo que tu prudencia no llegará hasta abandonarme cobardemente en la hora suprema del pe-

ligro y que aceptarás gustoso la complicidad del atentado, honrando mi boda con tu presencia.

—Te ayudaré a bien morir, haciendo los más fervientes votos para que todas las bendiciones del cielo se derramen sobre tu cabeza!

Habíamos llegado a la esquina de mi casa.

—Hasta mañana, entonces, me dijo Juan dándome un fuerte apretón de manos.

—Hasta mañana, mi querido Juan.

Pobre muchacho, pensé; el pasado es suyo, el presente de su novia, de quién será su porvenir, de Dios o del diablo?

II

METIDO el cuerpo en un frac y el cuello en una corbata blanca, es decir, aprisionado en el chaleco de fuerza con que la sociedad sujeta aún a los locos que, como yo, huyen la compañía de los otros locos y cuerdos con la pena, aman pasar su invierno largo a largo sobre un sillón frente a la chimenea, saqué el reloj: eran las once y siete segundos de la noche.

Mise en scéne de primer orden.

En presencia de un numeroso público compuesto de parientes, de amigos y principalmente de curiosos, y, previas las formalidades de estilo: dichos, amonestaciones, etc., como quien dice, hecha la *toilette* del condenado, el ejecutor de las altas obras dió principio a su ministerio.

Cuatro minutos y veintiocho segundos después, mi amigo Juan había pasado a mejor vida.

Era cadáver o, lo que es lo mismo, marido.

Quiera el cielo, exclamé *ab imo péctore* en mi amistoso fervor, que el alma del desgraciado no trasmigre malamente, yendo a habitar el cuerpo de algún ejemplar cornudo!

Una edificativa escena de familia ofrecióse luego a mi vista entre telones, donde fuí admitido a título de amigo del beneficiado.

La suegra, sofocada por los sollozos, cubría de besos a su hija, dejándose caer después en los brazos del consorte, del hermano, del primo, en los del padre de Juan y, por último, hasta sobre mi chaleco, donde vino a agotar su último arsenal de lágrimas, exclamando como exclaman todas:

—Pobrecita mi hijita, angel de mis entrañas! Comprendo que es necesario, pero no me puedo conformar.

Y, la verdad: por muy grande y muy merecido que sea el descrédito en que, ante la opinión del mundo, ha caído la respetable falange de las suegras, debe ser dura cosa aun para una suegra, parir, criar y educar a su hija, exponiéndose que el día menos pensado y sin otro sacrificio que el de la modesta suma de doscientos pesos papel, que, al fin, haciendo las cosas con economía, no cuesta más la ceremonia, venga un sátrapa cualquiera... y se case con ella.

Momentos después, los novios se habían hecho humo; efecto de la alta temperatura producida en ellos por la fiebre devorante del amor.

Un tren ligero como las ganas que tenían de llegar, los transportaba a pasar la infalible luna de miel en la infalible estancia de los abuelos.

III

HECHO el gasto de media hora de paciencia delante del espejo, con más, el ítem de un par de guantes, quise *en avoir pour mon argent* y me colé de nuevo en los salones invadidos por *l'élite* de la sociedad.

Tenía lugar en ellos una suntuosa fiesta de baile.

Juzgué prudente borrar de en medio mi individuo, yendo a ocupar un puesto de honor en las filas de la pasiva.

Es decir, me senté en uno de los últimos rincones.

Llevado por mi carácter habitualmente jovial, preparábame a pasar un buen rato encarando a la humanidad por su lado alegre y ridículo, cuando de súbito se produjo en mí uno de esos cambios bruscos que inconcientemente suelen experimentar los hombres que, habiendo agotado la vida, mucho han gozado y también mucho han sufrido.

El recuerdo del placer que empalaga y del dolor que harta, trae aparejado un desencanto profundo y, como consecuencia de él, se despiertan sentimientos de perversidad que espantan y producen el horror de uno mismo, luego que la ofuscación pasa.

Hallábame en uno de esos momentos fatales; el demonio de la murmuración aguijoneaba mi espíritu.

Sentía despertarse en mí, viva, punzante, la índole del mal; hubiera llegado hasta clavar mis dientes para desgarrar con ellos la blanca túnica de la virgen, y, al través de esa verdadera rabia de dañar que me asaltaba, todo me parecía revestir las formas más odiosas.

Pasaba, a la sazón, uno de esos hombres, ni malos ni buenos, como se encuentran diez al volver de cada esquina.

Ni se les puede llamar bribones, ni tampoco honorables en la acepción absoluta de la palabra, porque su honradez es elástica: se estira o se encoge, según la medida del lucro a percibir y también según la luz que, para formar criterio, ofrece un sentido moral falseado por vicios de educación.

El sujeto a que me refiero es comerciante, lo que importa decir que, si le confían en depósito una suma de dinero, se guardará muy bien de tocarla y la devolverá religiosamente intacta, aun después de transcurridos largos años; que será incapaz de introducir materialmente la mano en el bolsillo del prójimo para sustraerle ni un peso ni diez millones, pero que bonitamente le meterá cada clavo como un templo, haciéndole creer que le cuesta mil y venden en cien, lo que no le cuesta diez ni vale uno.

Poco importa que el desgraciado con quien trata pierda hasta la camisa y arrastre en su ruina a una familia entera reducida a la miseria y los horrores que la acompañan.

No crean Vds. que nuestro hombre, por eso, perderá él también ni siquiera un minuto de sueño.

Tiene la conciencia tranquila: ha mentido, ha

engañado, ha falseado, ha hecho tanto mal como el ladrón que rompe una caja de fierro y se roba el tesoro que encerraba; pero a él qué le importa, si no ha salido del terreno lícito y legal?

Ha cometido, es cierto, una iniquidad, pero eso se llama, en el medio donde vive, celebrar una transacción comercial, hacer un buen negocio; estaba en su derecho.

Si la operación ha arruinado a la otra parte, si la fatalidad ha pesado sobre ella, es acaso suya la culpa?

Evidentemente no. Ese es el comercio.

Bien, pues, a ese comerciante, a ese hombre y a los otros de su calaña, que el mundo, donde gozan de una reputación sin mancha, recibe, acata y respeta, yo, en aquel momento, bajo la influencia de la aberración que me dominaba, hubiérales hecho pegar tres mil azotes o cuatro tiros sin mínimo remordimiento de conciencia.

—Qué preciosa pareja! exclamó mi vecino, soldado de la pasiva como yo. No le parece a Vd., señor? agregó, sin duda, aburrido del mutismo en que yacía y queriendo echar conmigo su cuarto a espaldas.

—Muy linda, efectivamente, le contesté, volviéndole a medias la espalda, poco dispuesto como estaba a mantener comercio intelectual alguno con el *premier venu.*

Se refería a dos jóvenes que, entrelazados en las vueltas de un ligero vals, acababan de pasar rozándonos las piernas.

El es lo que se llama un hijo de familia rica.

Su padre, creyendo buenamente que no existía

en su tierra casa alguna de educación superior digna de su ilustre vástago, y soñando para el niño un porvenir brillante en las ciencias, envióle, adolescente, a completar sus estudios en Europa.

Una vez en París, ya bajo pretexto de instalarse decementemente, tal cual conviene a un joven americano de buena familia para dejar bien sentado su nombre, ya con la excusa de las crecidas sumas que se veía formado a invertir en los honorarios de sus profesores, príncipes todos de la ciencia, en las necesidades de la vida diaria tan costosa, en los extraordinarios, imprevistos, etc., llegaban aquí, una tras otras, las cartas en solicitud de nuevas remesas de fondos.

El buen progenitor, orgulloso de los progresos de su hijo, contestaba sus epístolas en letras de cambio, con gran contentamiento del joven y sus íntimas de la sociedad *demi-mondaine* en cuyo centro vivía, las que no cesaban de exclamar transportadas de alegría:

—*Oh! le charmant p'tit pére que t'as lá!*

Con ancho paño en que cortar y libre como las alas de un pájaro, fuera más que cretinada preferir el austero recinto del colegio *Charlemagne* o *Louis-le-Grand,* al *tour du Lac* en *coupé* y las cenas en la *Maison-Dorée* o el Café Inglés, y la palabra nasal y hueca del profesor en una disertación más o menos soporífera, a las voces *calines* de *ces dames,* murmurándole a uno en el oído un *mon ange chéri* o *mon petit bibi adoré!*

Nuestro héroe, pues, y con razón, echóse de bruces en esa vida *interlope* que seca el bolsillo, degrada el cuerpo y corrompe el alma, hasta que un buen

día, agotado el filón de las larguezas paternas y evaporado el último franco, la cara de hereje de la necesidad obligólo a volverse de disparada a su país, donde llegó prestigiado por el *chic épatant* que respiraba toda su persona, aunque en cambio, bastante *dégommé* y mucho más baúl que lo que se fué petaca.

Desesperado su padre al ver desvanecidas, una a una, sus doradas ilusiones y teniendo que rendirse, por fin, a la evidencia, apeló al recurso supremo a que apelan los padres de esta tierra en tales casos: la ganadería, verdadero *refugium pecatorum* de brutos e inservibles.

El pato le salió gallareta, como dicen.

Soñó con un sabio y despertó con un burro.

Y luego, mande Vd. a sus hijos a estudiar en Europa!

Su compañera era una preciosa criatura de quince años, poseyendo toda la gracia chispeante y todo el fuego meridional de la criolla, pero hueca, superficial e ignorante como la inmensa mayoría de las mujeres argentinas, cuya inteligencia es un verdadero matorral, merced a la tierna y ejemplar solicitud de nuestros padres de familia.

A los ocho años, fué puesta en la escuela de una doña Telésfora cualquiera, no porque en dicho respetabilísimo establecimiento pudieran recibir las niñas una educación moral y física proporcionada a la misión que la mujer está llamada a desempeñar en la vida, eran estas cuestiones de poca monta, sino en virtud de altas razones de otro orden, como por ejemplo: la madre de doña Telésfora, se decía, había sido muy amiga de mamá Abuela.

Doña Telésfora estaba muy pobre, era bueno protegerla a la infeliz.

Había abierto su escuela a la vuelta, en la misma manzana.

Convenía que la niñita estuviera cerca por si llegaba a enfermarse; además, no teniendo que atravesar las boca-calles, la mamá se quedaba tranquila y sin cuidado de que la fuera a apretar algún carro, etc., etc.

Poco importaba que para poner escuela, la susodicha doña Telésfora hubiera debido empezar por el principio, es decir, por aprender ella misma lo que pretendía enseñar. Que el tiempo pasara, la niña perdiera lastimosamente sus mejores años y que, a los doce, dragoneando de señorita, saliera bajo la fe de la palabra de doña Telésfora que declaraba su educación concluída, cometiendo en el piano, con grave daño de orejas ajenas, un *mira oh! Norma,* y escribiendo corazón con s y hasta sin h, en las misivas amorosas que se cambiaba en la puerta de calle con uno de los pilletes del barrio, miembro del grupo de pilletes raboneros y pitadores de cigarrillos de papel que estacionaban en el poste de la esquina, frente al almacén de D. Juan el genovés.

Así fué que, a los catorce años, la tenían Vds. ascendida a la categoría de mujer, con la solemne consagración del ardientemente soñado y mil veces ensayado vestido largo, y, a los quince, la encontraban ya lanzada en el torbellino del mundo, leona de la moda del día, reina de la alta sociedad.

Pero, acérquensele con la pretensión de pasar media hora en su amable compañía; o no resisten diez minutos, el fastidio los azonza como un golpe de

maza, o se hallan fatalmente obligados a echar mano de la trivialidad, a darle o recibir de ella lo que se conviene en llamar una broma, a hablar de novios, de que dicen que fulano festeja y se casa con fulanita, la que ha dado bolsa a zutano, o bien, como recurso supremo, a desenvainar las tijeras y a cortar a destajo las carnes del infeliz que cae bajo la afilada herramienta.

Y como si la mujer fuera un cero a la izquierda, algo de poco más o menos y no debiera ejercer maldita la influencia en la familia y, por consecuencia, en la sociedad, en su marcha y perfeccionamiento, es así como tratamos de levantar su nivel moral.

Qué nos importa que en otras partes, en los Estados Unidos, por ejemplo, que tenemos a gala de plagiar, muchas veces sin ton ni son como los monos, la dignifiquen hasta el punto de preocuparse de sus derechos políticos y hacer de ella altos funcionarios públicos, médicos, abogados, etc.?

A nosotros nos acomoda y da la regalada gana tenerla en cuenta de cosa.

Por qué?

Porque sí, porque la rutina es un vicio inveterado en nuestra sangre y porque tal era la antigua usanza de nuestros padres los españoles de marras.

A lo que te criaste grullo, y siga la danza y viva la república a lo año diez!

Entraba en ese momento, nada les importa a Vds. saber del brazo de quién, una mujer amiga mía.

Era ésta, mi buena y querida amiga, lo que vulgarmente se llama una lengua de víbora.

Donde encajaba su colmillo maldito, envenenaba hasta matar.

Ha pasado su vida como los espectos del poeta, urdiendo redes y cavando abismos bajo los pies de la humanidad. Para ella no ha habido nunca hombre honrado ni mujer virtuosa.

Ha explotado la desgracia haciendo delito de las culpas, crímenes de los delitos.

Centinela avanzada de escándalos, cuando la verdad no le ha dado pábulo a encarnizarse sobre su víctima ya zaherida por los otros, ha saciado sus pasiones rastreras en las más monstruosas calumnias.

Ha inventado bajezas, ha mentido infamias, ha forjado atrocidades.

Ni el anciano, ni la matrona, ni la virgen, nadie ha conseguido jamás escapar a su baba ponzoñosa.

Ni aun la paz augusta de los sepulcros ha bastado a poner freno a su furor de profanar y, arrastrada por sus instintos de chacal, ha llegado como él hasta cebarse en los cadáveres que desenterraba.

No les basta?

Agreguen una inteligencia tan rápida de concebir, como su voluntad de dañar; tan abierta a la comprensión, como su índole al mal. Una imaginación fecunda como tierra irrigada con materias cloacales; ese espíritu sutil, incisivo, propio de la mujer, capaz de penetrar y animar una roca, unido al temple rudo y perseverante del hombre, y tendrán ustedes un perfil en boceto de su retrato, un pálido reflejo de la realidad.

La relación de simpatía entre el estado accidental de mi espíritu y la índole de esta maldita, hizo, sin duda, que me sintiera atraído hacia ella por una fuerza irresistible.

Sentéme, pues, a su lado, buscando en ese foco ardiente de perversidad nuevo incentivo a la maledicencia, como los monos buscan el sol y los gatos la estufa.

—Es Vd. mi querido amigo! Cuánto tiempo hace que no tengo el gusto de verlo! Acaso el lobo se ha convertido en cordero y, en expiación de sus pasadas fechorías, le han acometido veleidades de ascetismo, o bien se ha decidido Vd. a profesar con voto solemne en alguna orden y anda el diablo disfrazado de monje?

—Ni una ni otra cosa, señora, le contesté. Creo que el talento del artista está en saber retirarse a tiempo de la escena.

El respetable público me sabía ya de memoria.

Gustados mis medios con el uso y con los años, habríame visto reducido a apelar a esos deplorables *trucs* de la fragilidad humana en la época de la decadencia, en la hora tremenda de la *dégringolade* que, por desgracia, había sonado para mí y queriendo evitar a todo trance la compasión y el ridículo con que el mundo fustiga y con justicia, a los viejos pisa-verdes, he resuelto liquidar mis cuentas con él y pasar el resto de mi vida pacíficamente encerrado entre las cuatro paredes de mi casa.

He hecho bien? He hecho mal?

Seguro estoy de que nadie mejor que Vd., mi amiga y contemporánea, sabrá apreciar la cordura de mi conducta.

—Ha hecho Vd. perfectamente, dijo; y luego, contrariada sin duda por mis últimas palabras y en busca de una revancha: cómo transcurre el tiempo! exclamó, mirándome fijamente con intención

marcada. Está Vd. flaco y de veras muy avejentado, mi querido amigo.

—Si la flacura y la vejez fueran objetos de envidia, le contesté, diría que de puro envidiosa habla Vd. así.

Pero ay de mí! me es fuerza reconocerlo. Sólo los nobles sentimientos de su buena alma pueden haberle inspirado el interés que me dispensa y la compasión que se lee retratada en su semblante.

—Crea Vd. que le quedo profundamente agradecido.

Yo, por el contrario, vea lo que es el mundo, la encuentro siempre linda y siempre joven.

Se diría que el tiempo no deja huellas en Vd. y, no obstante, hace fecha, insistí, que tengo el honor de conocerla y el placer de contarme en el número de sus buenos amigos.

Recuerda Vd. allá por los años cincuenta y no sé cuántos?

Eramos ya ambos de avería...

—He tenido siempre muy mala memoria, me interrumpió visiblemente picada, para acordarme de las fechas.

—No es posible, sin embargo, que la haya perdido del todo, tratándose de Vd., por más que, lo confieso, hable de hechos que empiezan a borrarse en la noche de los tiempos.

Decía, pues, agregué con el propósito decidido de pincharla y hacerla saltar, que hace la friolera de veinte y tantos años (y ya entonces Vd. debía contar otros veinte)...

—Ea! Hasta cuándo, por Dios! exclamó con un

movimiento de impaciencia y una chispa de cólera en los ojos, doble Vd. la hoja y basta.

Permítame que le observe que en su mezquino empeño por vengarse de lo que, adulterando el sentido de mis palabras, ha creído Vd. una maldad y no ha sido otra cosa, pongo a Dios por testigo, que una manifestación brutal si se quiere, pero franca y espontánea del amistoso interés que me inspira, se muestra Vd. poco galante y corre riesgo, si prosigue, de volverse cargoso y hasta impertinente.

Y luego con marcada ironía:

—Si lo he ofendido, pídole mil perdones, agregó, pero no sea cruel; no se cebe en una pobre mujer indefensa y, desde lo alto de su grandeza, hágame la limosna de un poco de paz o, por lo menos, de tregua de bromas de mal gusto!...

—Señora, me deja Vd. confundido. Es a mí a quien toca pedirle humildemente perdón si he podido causarle algún disgusto.

Paz, mi noble amiga, paz; soy yo el primero en implorarla de hinojos y en doblar mis dos rodillas para rendirle el más cumplido homenaje...

—Paz, entonces, dijo, entendiéndome la mano.

Vanitas, vanitatis...

Esa cabeza poderosamente organizada, esa naturaleza superior, dura, implacable, grande en la obra de destrucción a que la fatalidad la empujaba, que hubiérase dicho, por lo mismo, inaccesible en su grandeza infernal a las debilidades humanas, presentábales, no obstante, el flanco abierto y vulnerable; tanto que un simple lugar común, una broma de mal gusto, como ella misma la llamaba, hacíala volverse

sobrecogida de rabia y de dolor como culebra a la que le pisan la cola.

Et omnia vanitas.

Después de un momento de silencio en que pareció recobrar su aplomo habitual:

—No le parece, me dijo sonriendo, que en vez de arañarnos como muchachos mal criados, sería mejor y más entretenido hacer con los muñecos de cuerda que se mueven delante de nosotros lo que hacen ellos con sus juguetes?

Ahí le dolía; la gata no tardaba en mostrar las uñas.

—Rompa Vd., mi querida amiga; rompa y despedace a su antojo.

No puede proporcionarme placer más grande.

Y sin hacérselo decir dos veces:

—Ve Vd., me preguntó, a ese tipo de plácido rostro, con sus largas patillas peinadas a la inglesa y cuyos grandes ojos azules, dulces y apacibles, harían creer en una alma pura, a la vez que la dignidad de su porte y distinción de sus maneras parecen revelar un perfecto *gentleman?*

—Y bien?

—Y bien, eso que a los ojos de muchos pasa por un hombre y, lo que es más, por un hombre decente, se halla muy lejos de serlo.

Si Vd. le raspa un poco la corteza, se encuentra con un hongo, con un apéndice de los que suelen pegarse sin que se sepa cómo; un ingerto de *yuyo* venenoso importado Dios sabe de dónde, que se adhiera a la planta indígena, se confunde con ella y concluye por echar raíces y florecer merced a la espontánea y lujosa feracidad de este suelo de ben-

dición; un presente griego; un aventurero, en fin, o, lo que es lo mismo, un caballero de industria.

Plebeyo como John Bull, la posesión del oro que su audacia y la insensata candidez de la familia en cuyo seno se ha metido, como el vampiro para chuparle la sangre, le brindan a manos llenas, despierta de pronto en él sueños de vanidad y de ambición.

Desaparece, se ausenta por un tiempo y luego vuelve a aparecer de improviso, engalanado con el anexo de un título cualquiera de conde o de marqués, que ha comprado con el procreo de las haciendas del manso y poco advertido suegro, en alguna ropavejería de Italia o de Portugal, donde esas drogas se expenden a vil precio.

Y muy feliz aun cuando el hambriento recogido en media calle se harta con una presa y no lleva su apetito brutal hasta hacer tabla rasa del opíparo festín!

—Hasta cuándo, por Dios! agregó, la nobleza continuará siendo la máscara de la zoncera de los hombres; hasta cuándo soportarán Vds. impasibles que esta canalla explote inícuamente el acceso franco y generoso, la hospitalidad patriarcal que se les ofrece!

—Tiene Vd. razón, me apresuré a contestarle, arrastrado, a pesar mío, por la fuerza de sus palabras.

Es tiempo ya de que los gentiles queden expulsados del templo y se cierren al intruso las puertas del hogar cuya santidad profana!

—El hogar, el hogar... murmuró como arrepen-

tida de un arranque de nobleza extraño a su carácter.

No lo tome en tono tan solemne. Recuerde que hay sólo un paso de lo sublime a lo ridículo y, sobre todo, no olvide que el oropel también relumbra...

Hogar—santuario!... ármese, se lo aconsejo, de una linterna e inspírese previamente en èl ejemplo de Job para poder encontrarlo por los tiempos que corren.

Asómese, sino, al de la mujer que nuestro hombre lleva del brazo, y si resiste dos minutos a la fetidez que despide, quiero que venga y me lo cuente.

—Pero esa mujer, le observé, es, según dicen, una santa, un raro ejemplo de abnegación conyugal, algo como el angel de caridad consagrado a aliviar los sufrimientos de un infeliz, de un hijo desheredado de la naturaleza, contrahecho y repugnante.

—Y, sin embargo, el angel no es otra cosa que un angel caído; una mujer de rara belleza, pero astuta, sin corazón, seca de esa sensibilidad propia de su sexo, exquisita, delicadísima; una hija de mármol, en una palabra, tan empapada en el espíritu de su siglo, dotada de una precocidad tan pasmosa que, niña aun, no trepidó en sacrificar sus hechizos de virgen al becerro de oro, en el lecho de un deforme diez veces millonario.

El espectáculo repelente de ese miserable cuyo físico, del que la vida huye horrorizada, va inclinándose fatalmente, hasta que llegue un día a confundise con la tierra de donde nunca debió salir y, a su lado, la criatura venal, la especuladora, la mujer-cifra, que cuenta los latidos de su pecho y calcula

las horas que aun le restan, espiando el momento en que su cadáver quede tendido en el suelo para redondear el espléndido negocio, para arrebatarle el manto de oro que lo cubre, como los chimangos espían la muerte del cordero para devorarle los ojos.

Ahí tiene Vd. el dulce y apacible cuadro de un hogar, y como éste hay muchos otros: aquél, sin ir más lejos, dijo, en seguida, señalando hacia un punto del salón.

—Conoce Vd. a esa pareja? agregó.

Se refería a un marido y a su mujer que hablando en voz baja atinaban a pasar frente a nosotros.

—Para no conocerla, fuerza sería que cayera de la luna o que viviera en Tébas, le contesté.

—No se jacte, mi amigo, no se jacte; ande despacio.

Mire que todos los días se aprende y, Dios me perdone, me parece que en este caso algo queda a Vd. por aprender.

Quiere que le cuente una peregrina historia? Escuche y la sabrá.

Hace años un hombre rico tendía su mano a una guaranga, y llevado por su carácter noble y generoso, la hacía suya delante del altar cuando nada le impedía habérsela adjudicado detrás.

Vd. sabe que si hay corazas que resisten a los conos de acero, no se han inventado todavía capaces de oponerse a la vieja bala esférica de oro y, mucho menos, la miserable cáscara de nuez que nos ampara a nosotras, pobres y frágiles mujeres.

Del casucho que habitaba con su familia en el barrio del alto, nuestra heroina, apestando a pastillas de zahumar, se trasladó a la espléndida mansión que

su esposo le había destinado en una de las calles aristocráticas del centro.

Cree Vd. acaso que se casó enamorada o, por lo menos, que los beneficios derramados sobre ella y los suyos a manos llenas por la bondad de su marido, el cariño que le profesaba, las consideraciones de que la rodeaba, el *confort,* la riqueza, el empleo lucrativo dado al padre, el colegio pagado a los hermanos, despertaron en ella sentimientos de gratitud, señalándole el camino del deber?

Qué disparate, mi amigo!

Se casó por la plata y sin educación, sin conciencia, sin moral ni religión, instintivamente inclinada al mal y capaz de familiarizarse con él hasta en el crimen, una vez rica, los placeres, la vida disipada, el lujo, el esplendor, absorbieron por completo su tiempo.

No faltó, como no falta nunca uno de esos seres pervertidos que, a título de pariente, de socio o de médico, se cuelan en una casa, toman posesión de ella, ganan poco a poco todas sus avenidas y, cubiertos con la máscara de la amistad, llegan hasta penetrar en el lecho de la esposa, hasta meter una mano ladrona en su regazo, mientras aprietan efusivamente con la otra la del hombre bueno y confiado, incapaz de sospechar el mal, porque es incapaz de cometerlo él mismo, a quien roban su honra de la manera más infame.

Lo de siempre, mi querido amigo, el médico de la casa se convirtió en el querido de la esposa y de esa unión criminal nacieron varios hijos con un apellido honrado y una sangre bastarda.

Un buen día, la sociedad se sintió dolorosamente

impresionada por la muerte del marido que acababa de sucumbir víctima de una larga y penosa enfermedad y, un año después, circulaba por el público la noticia de que la viuda contraía nuevo enlace con el médico en cuestión.

En todo esto nada había que observar miradas las cosas por encima.

Las exigencias del mundo habían sido cumplidas.

Habíase guardado un año de duelo al muerto. Ella, además, era linda y joven todavía; nada más natural, por consiguiente, que aun habiendo adorado a su marido, la resignación cristiana concluyera por llevar la paz a su alma, el tiempo cicatrizara las llagas de su corazón, la naturaleza reaccionara y no viviese voluntariamente condenada a una perpetua viudez.

El enlace, pues, tuvo lugar, y hoy los cónyugues son un matrimonio modelo.

El, un médico distinguido, tiene una numerosa clientela y goza de una reputación envidiable como hombre y como sabio.

A su puerta jamás ha llamado en vano la voz de la desgracia, viéndosele siempre acudir solícito, lo mismo al lujoso lecho del rico que al pobre y desnudo catre del proletario.

Ella, una virtuosísima matrona, socia de cuanta institución filantrópica existe entre nosotros, cuyas pingües rentas no bastan, sin embargo, al inmenso tesoro de caridad de su alma, tales y tan grandes son las obras de beneficencia que practica.

Ambos viven contentos y felices, de esa bienaventurada felicidad de los justos que reposa en la fuerza misma de la virtud.

Esto es lo que universalmente corre como palabra de evangelio, no es así?

Pero, desea Vd. saber hasta dónde dice la verdad o hasta qué punto miente la voz pública; quiere Vd. sondear esas conciencias, registrar ese hogar, descorrer el velo que cubre ese santuario y averiguar qué santos ocupan esos nichos?

Vaya y pregúnteselo al facultativo llamado en consulta por salvar las formas, sin duda, a la cabecera del primer marido moribundo, cuya agonía presenció.

El le dirá al oído, mirando con cautela en su alrededor y pidiéndole reserva, que todo lo que cura, mata, según la medida en que se da y que la fatalidad habiendo tomado cartas en el juego, hizo que se les fuera la mano al médico y a la esposa en una dosis de arsénico.

Un movimiento irreflexivo de sorpresa ante tan negra acción, fué lo primero que experimenté al escuchar estas últimas palabras.

Un momento después, el grito de la conciencia negándose a darles crédito, mi asombro se trocaba en ira contra la que había lanzado la calumnia, forjándola ella misma o haciéndose eco de los calumniadores.

—Esa debe ser una infame mentira! dije bruscamente, sintiendo que la sangre encendía mi rostro.

—Mentira! exclamó con una carcajada seca que, más que risa, fué un sacudimiento nervioso.

Qué atrasado de noticias está mi amigo!

Se diría que es Vd. un angelito que vive en la gloria.

Decididamente, anda muy dejado de la mano de Dios.

Y luego, mirándome con fijeza:

—Qué, agregó, se ha puesto Vd. colorado; el rubor y la cólera han encendido sus mejillas!

Ilustre campeón, digno de más heroicos tiempos!

Por qué no se encaja de una vez la vasija, enristra la lanza y se larga a enderezar entuertos por esos mundos?—agregó con la zorrería más mordaz de que era susceptible.

No encontraría Vd., es cierto, astas de molino a su disposición, los que hoy se gastan no son ya de viento, pero, en cambio, podría Vd. romperse la crisma contra el castillo encantado del ridículo y hacerse golpear la boca hasta por los muchachos de escuela.

—Todo lo que Vd. quiera, repliqué en tono rudo y grosero, resuelto a poner fin a aquella escena que se me iba volviendo insoportablemente odiosa, a medida que se disipaba la nube que había ofuscado mi razón, que recobraba poco a poco la posesión de mi *yo*.

Entre mi papel de viejo ridículo, sin embargo, y el suyo que podría y que no quiero calificar, no necesito agregar que me quedo con el mío, dije después.

—Pero infeliz!—insistió, dejándose caer con rabia sobre esta palabra, de qué pasta lo ha hecho Dios, cuando se escandaliza por tan poco!

Qué, no sabe que cosas mil veces peores son hoy moneda corriente que todo el mundo da y recibe sin que a nadie se le ocurra ni sospechar siquiera que le meten un billete falso?

En qué mundos vive Vd., mi pobre amigo!

Y mire, continuó, el acaso me sirve a las mil maravillas para probarle que tengo razón y no pasa de ser Vd. un pobre creyente de la boca abierta.

Observe a esa criatura que baila allí en un cuadro de lanceros.

No necesito decirle que es rubia, de cabellos dorados como las primeras ilusiones y linda como los ángeles.

Se diría que un exquisito perfume de candor se exhala de sus delicados contornos y satura la atmósfera que respira.

Todo esto Vd. lo ve.

Pero lo que no sabe y quiero que sepa para que no ande dando lástimas y sentando por ahí plaza de... cándido, es cuál fué la causa de que su familia desapareciera de pronto el año pasado.

—El estado de la salud de la señora, a quien el médico ordenaba una temporada de campo.

Es eso lo que he oído, por lo menos.

—Sí, eso fué lo que se dijo, pero era acaso la verdad, o se había buscado sólo un pretexto?

Se hallaba, efectivamente, enferma la madre y de enfermedad tan curiosa que el médico la mandara en el mes de julio a la frontera, o se trataba de la salud de la hija, de algún escandaloso secreto, de encerrar en el silencio un acontecimiento fatal, inevitable, que debía producirse pocos meses después y cuya revelación hubiera cubierto a todos de vergüenza?

El mulato zafio, lameplatos de la casa y protagonista de la fiesta, es el que, mejor que nadie, podría arrojar la luz que rasgara este misterio.

Oh! Hacer de una matrona un ser degradado y

perverso, y de una virgen una impura, era el colmo de la iniquidad!

Todo lo que había en mí sano y honrado se reveló en presencia de maldad tan monstruosa.

Hubiera querido que aquella mujer fuese un hombre para haberle azotado el rostro y haberlo muerto después...

Me sucedió lo que a los borrachos, que se apoderan de la botella e incitados por el dorado líquido que contiene, beben un vaso primero y otro y otro después, hasta que el estómago se subleva en medio de terribles ansias.

Sediento de maledicencia, habíame embriagado yo también en el aliento mortífero de esa mujer, o, más bien, de ese demonio, hasta que el exceso del veneno absorbido llegaba a sublevar mi alma de indignación, haciéndome conservar de aquella escena un recuerdo desagradable y fastidioso.

De entre un grupo de personas que estacionaba hacia el lado opuesto del salón, se destacaba la alta silueta de un joven periodista, con sus grandes ojos chispeantes de maligna travesura y cierta expresión, peculiar en él, de permanente sarcasmo en el rostro.

No se le puede mirar sin un vago asomo de desconfianza y de miedo, a la vez que, aberración inexplicable, se siente uno atraído hacia él en íntima simpatía, por un no sé qué que emana de toda su persona, seduce y cautiva.

Saturado de talento hasta el último rincón de la cabeza, es brillante, afilado y peligroso como una navaja de barba.

Si se le maneja con tino, deja la piel lisa, tersa y suave como un guante de Bertin; pero por poco

que se vaya la mano, roza, hace arder, corta, saca sangre y va hasta penetrar profundamente en las carnes.

Implacable con sus enemigos, sin que ni la desgracia, ni el castigo, ni el tiempo basten a amortiguar sus odios, podría grabar en su pluma:

Qu'y s'y frotte, s'y pique.

Era la única cara conocida que en ese instante ofrecíase a mi vista.

A él me dirigí de pronto y tomándolo del brazo:

--Venga, le dije; acompáñeme a fumar un cigarro; acabo de pasar un mal momento; he sufrido un vértigo y necesito respirar el aire puro de la noche.

IV

TENGO el gusto de presentar a Vds. a don Juan José Taniete, a quien más de una vez encontraremos en lo sucesivo, ilustre descendiente de Palayo, cometido allá en los años de 1821, más o menos, por padres pobres *peru hunradus,* en el pueblo de *Lestemoñu,* patrón San Vicente de *Lajraña, arradadu* siete *lejuas* de la *Cruña.*

Don Juan José Taniete desempeña cerca de mi real persona las delicadas funciones de portero y hombre de confianza, con más la de limpiabotas.

Y digo *Don* Juan porque él así me lo tiene dicho.

El día en que entró a mi servicio y al recibirse de su empleo:

—¿Cómo se llama Vd.? — le pregunté.

—Don Juan *Jusé* Taniete, me contestó, mostrándome una de las cabezas más cuadradas que haya tenido ocasión de admirar hasta la fecha y declinándome, en seguida, los etcéteras susodichos.

—¡Basta, pueblo, basta!—exclamé.

No necesito más, la incógnita queda despejada, el problema resuelto, contestadas *a priori* las tres sacramentales preguntas:

¿Quién eres?

Una bestia.

—¿De dónde vienes?

De Galicia, la tierra de bendición donde esos frutos se cosechan por millones.

¿Adónde vas?

A darte más de un mal rato, a sacarte pelos blancos, a envenenarte la vida, acaso a matarte a disgustos.

En las primeras de cambio, un grave y serio conflicto, una escisión profunda a propósito del *Don,* amenazó turbar la calma de nuestras mutuas relaciones.

—Partamos la diferencia, le dije:

Usted se aferra en el Don
Yo insisto en el Juan o el Pepe:
Le llamaré a Vd. Taniete
Por vía de transacción.

Y quedó así satisfactoriamente resuelta para ambos esta vidriosa cuestión de etiqueta.

Taniete, pues.

¿Quieren Vds. una muestra, una sola, pero típica, característica, del valor inapreciable de mi alhaja?

Nótese que no se trata de un cuento de gallego o, mejor, de uno de esos cuentos que se inventan para colgárselos a los gallegos; éste es perfectamente histórico y en su verdad precisamente está su mérito.

Allá va.

Eran las siete y media de la noche.

Acababa de comer en circunstancias en que Taniete entraba con un número de *El Nacional* en la mano.

—Encienda el gas, le dije, señalando la araña colgada sobre la mesa del comedor.

—¿Mande Vd.?

Taniete es sordo; no acostumbra darse por notificado de las órdenes que recibe, sino a la segunda intimación.

—Que encienda Vd. el gas!—repetí, haciendo temblar los vidrios.

—Nu pierda cuidadu ninjunu.

Sacó flemáticamente un fósforo, lo rascó y, con el aplomo de un hombre que sabe lo que tiene entre manos, lo acercó a uno de los picos, sin haberse previamente tomado la molestia de abrirlo, en cuya actitud se mantuvo firme por lo menos un minuto.

Bien hubiera podido aguantarse impertérrito hasta la consumación de los siglos!

Viendo que la luz no se hacía, puso en prensa la cholla y creyó dar en el quid de la cosa.

Se golpeó la frente con la mano; salió, bajó con paso mesurado la escalera, la subió un momento después, entró de nuevo y se puso a repetir muy orondo lo del fósforo.

Vana tarea; siempre el mismo resultado negativo; siempre las mismas densas tinieblas nos rodeaban!

Decididamente, el gas no se encendía.

Y obsérvese que, lo que es esta vez, no se le quedó en el tintero la medida precaucional de abrir la llave del pico.

Pero cómo había de encenderse si, creyendo cerrado el gasómetro que al contrario se hallaba abierto, en su empeño de abrirlo lo acababa de cerrar, el muy zopenco!

—Señor, estu no camina — dijo por fin desconcertado. Está descumpuestu el reló (vulgo medidor).

Mientras voy a llamar al maquenista megor será que prenda una vela cun este mistu.

—Una gruesa de cohetes en la cola le había de prender yo, so animal, por hacer las cosas al revés!

Basta, ¿no es verdad? Ya conocen Vds. a Taniete.

Hallábame, pues, *en train* de pagarme uno de los más suculentos deleites sensuales que conozca; el único ejercicio gimnástico que tolero y admito, como acomodado a mis gustos.

Acostado de espaldas sobre la cama, con los brazos en forma de O, encuadrando la cabeza hasta juntar por encima de ella las muñecas, los ojos voluptuosamente entreabiertos y el más inefable corrimiento de placer en todo el cuerpo, imprimía un fuerte movimiento de tensión a mi aparato muscular, es decir, me estiraba entre dos bostezos con toda la morronga de un gato, cuando se dibujó, hacia el dintel de la puerta, una mano primero que, por su tamaño, parecía descolgada de la muestra de un guantero; sobre el umbral, después, un pie ancho como cimiento de tres ladrillos y poco a poco, por último, la maciza corpulencia de Taniete que entraba trayéndome una carta.

Rompí el sobre inmediatamente, al reconocer la letra de Juan y me encontré con el suave y dulce idilio, con el agreste botijo de miel que me permito ofrecer a Vds.:

"*Los Tres Médanos, diciembre... de...*

"La bienaventuranza del paraíso de Indra, pro-

metida a los creyentes por el fanatismo oriental, es, te lo juro, mi querido amigo, de un *maigre appat* al lado de la dicha inmensa que inunda las horas de mi vida.

"Vivo transportado al quinto cielo o, lo que es lo mismo, en *Los Tres Médanos* con sus nueve leguas de magnífico campo adquirido por mi abuelo en cambio de un par de estribos de plata, en los tiempos en que esta zona de tierra era uno de los centros del poder de los salvajes y que hoy basta por sí sola a constituir una fortuna respetable.

"Mi mujer es una santa.

"Pura ella misma como el aire que respiro (son las seis de la mañana y te escribo desde el corredor) su contacto divino purifica y limpia de las manchas que el roce con los hombres va dejando sobre la conciencia.

"A su lado es imposible ser malo. El espíritu se siente alentado por la fuerza de la virtud y la expresión de bondad de una sola de sus miradas, arrebatada por Dios mismo a su tesoro de bondad infinita para animar con ella los ojos de mi María, es una fuente bendita de inspiración donde aun el alma envenenada del parricida podría beber el bálsamo regenerador que lo llamara a nuevo ser.

"La quiero hasta donde la mente humana concibe lo posible.

"Alguien puede haber querido como yo; más allá nadie ha llegado, ni aun aquellos que, como los héroes de Shakespeare y Walter Scott, incapaces de soportar el peso de la vida, se matan porque ha muerto la mujer amada.

"Si yo perdiera a la mía, no necesitaría echar mano de un arma: el dolor me mataría!

"Lo que por ella siento es pasión, idolatría, frenesí y en el exceso mismo de mi cariño, en la violencia de mi amor, mi imaginación calenturienta se goza en crear fantasmas, en darles vida, forma y color, para destruirlos después.

"Ayer no más, seducidos por la melancolía que la soledad de la pampa imprime a la última hora de la tarde, nos dejábamos caer sentados sobre el tronco del viejo ombú que tú conoces.

"Su cabeza adorada se apoyaba sobre mis hombros; mi boca se posaba sobre su boca; mis ojos se bañaban en sus ojos, y nuestros corazones apretados se hablaban al través de la valla de carne que los separaba en el lenguaje misterioso de sus latidos cuyas voces confundían en la impotencia de confundirse ellos mismos, cuando en medio a la dulce embriaguez que me dominaba, un grito agrio y destemplado vino a romper la magia de mi encanto:

"Qué he hecho yo, me decía, un cualquiera, para merecer los favores del cielo?

"Por qué el señor no ha elegido a uno de entre los suyos y lo ha colmado de esta felicidad suprema de que me colma a mí?

"Pero si soy indigno de ella y Dios es justo, es mentira entonces lo que me sucede, es un sueño el que embarga mis sentidos, cuyo despertar será tanto más cruel cuanto más bellas son las visiones que ahora me fascinan!

"Sí, sí, esto tiene que concluir: este encanto que me anima y me transporta, tiene que desvanecerse

al soplo de la realidad, como la niebla que baña y da vida a las plantas se desvanece al soplo del pampero!

"Ay de mí! ay de mi porvenir! ay de mi vida!

"Cómo sufría, mi querido amigo, en aquel instante, oh qué horrible padecer!

"Por fortuna, la voz dulcísima de María que, entre un beso y otro beso, murmaraba al través de su aliento tibio y perfumado: cuánto te quiero, cuánto! Sí, sí, soy tuya y tuya para siempre!—llegó entonces a mi oído, como una caricia y un consuelo, a acallar el quimérico rumor de la amenaza que se forjaba mi espíritu asustadizo.

"Imposible!—pensé entonces; ella es mía, soy su esposo; su suerte se halla vinculada eternamente a mi suerte. Si la desgracia se abatiera sobre mí, si el señor me castigara, tendría que caer condenada y envuelta ella también en mi castigo. No, no, no puede ser, sería una blasfemia: mi María en un angel, y Dios en su misericordia infinita no quiere, no debe querer, no puede castigar a los ángeles!

"En fin, mi querido amigo, con decirte que estoy locamente enamorado de mi mujer, te digo todo; no extrañes, pues, que el amor me haga pensar y escribir locuras.

"¿Quieres que te haga la historia de nuestra vida pastoril, cuyas horas se deslizan con una rapidez vertiginosa?

"A las cinco de la mañana nos despierta el primer rayo de sol que penetra por la ventana y llega a reflejarse sobre nuestras almohadas.

"¿Qué es eso de nuestras almohadas?—exclamarás: Es así como D. Juan ha seguido mi consejo,

el consejo *d'un vieux de la vieille,* como dirías tú, de un vividor que sabe dónde le aprieta el zapato?

"Es cierto, confieso humildemente mi pecado, hago acto de contrición y espero de rodillas que me absuelvas.

"Me animaban, tú lo sabes, los propósitos más sanos; tanto que entre los trastos que aquí mandé, no quise, de intento, incluir una cama camera, resuelto como estaba a atenerme a las viejas *cujas* de nuestros abuelos en las que apenas cabe cómodamente un flaco...

"Pero, qué quieres!

"Desde luego, de la primera noche no hay que hablar, y eso por muchas razones: pasémosle una raya.

"En la siguiente, María tuvo miedo de los ladrones, la pobrecita, y yo también... de no poder dormir sin ella.

"Fué ésta una segunda edición de la anterior, que amenazaba repetirse la tercera.

"Era indispensable, sin embargo, poner fin a tan alarmante estado de cosas para evitar que el uso degenerara en abuso y la moral se relajara.

"Adopté, entonces, como un término medio justo y conciliatorio, el siguiente temperamento: juntar nuestras dos camas.

"Así, me decía, haciéndome una dulce violencia, el principio queda a todas luces salvado, no falto a mis compromisos y resuelvo a la vez la delicada cuestión del miedo.

"Pero, ay, hermano; el hombre propone y el diablo dispone!

"A pesar de todo, una de las malditas camas

amanecía viuda y desamparada: la mía por lo regular.

"Insistir era tiempo perdido; como quien dice predicar en desierto o aplicar una cataplasma sobre una pierna de palo.

"A Roma, pues, por todas partes!

"Hice de tripas corazón y puse manos a la obra; atravesé los colchones, suprimiendo así una solución de continuidad incongruente en el sentido longitudinal; corté una de mis corbatas en dos pedazos iguales; con cada uno de estos fragmentos amarré, dos a dos, las patas de las camas para evitar que se abriesen, cavando un abismo entre nosotros y logré de esta manera ver coronados mis esfuerzos por la constitución de un todo compacto, homogéneo y más o menos confortable.

"Hoy el mal no tiene remedio.

"Pedirme que duerma sin mi mujer, es pedir a la uña que viva sin la carne o a las sombras que se alejen de los cuerpos.

"Y, últimamente, para que no me fastidies más, exclamo como *Heléne*: *ce n'est pas ma faute, mon cher Calchas, que veux-tu! C'est la fatalité!*

"En mi debilidad está mi excusa; en mi impotencia, mi justificación.

"Decía, pues, que nos despertamos a las cinco.

"Después de transcurrida una hora que, por supuesto, no pasamos de haraganes, nos bañamos, bebemos ambos una cantidad que fluctúa entre 4 y 8 vasos de leche al pie de la vaca, según las fuerzas más o menos exhaustas reclaman una dosis mayor o menor de reconstituyente y salimos a caballo o en carruaje: la elección depende del estado de can-

sancio o de postración producido por el ejercicio de la víspera.

"Pasamos por el rodeo, recorremos los puestos, recreamos nuestros oídos como un *dilettante* recrearía los suyos en el *spirto gentil* de Aramburo o la *Africana* de Gayarre (de tal manera la dicha predispone a la benevolencia), en el mugido de las vacas, en el relincho de los potros, en el balido de las ovejas, en el grito de los teros y hasta en el ladrido de los perros y el chillido de las crías del puestero que, confundidas con la jauría, medio desnudas y reñidas a muerte con el agua y el jabón, pero sanas, robustas y más redondas que los pambazos sus homónimos en color, salen a recibirnos al palenque y rodean el carruaje o las patas de nuestros caballos con cada ojo como pieza de a dos reales y una expresión de arisca curiosidad que tiene tanto de la bestia como del ser humano.

"Han dado las diez de la mañana y estamos de regreso perseguidos por un apetito voraz.

"Con el maligno intento de aguzar tus instintos carniceros, de que la boca se te vuelva agua, pues sé de que pie cojeas, incluyo a continuación el *menú* de nuestro almuerzo:

Potage
Caldo de vaca.
Entrée
Puchero de vaca.
Légumes
(Suprimidas por inútiles.)
Roti
Vaca al asador.
Entremets sucrés

Mazamorra.
Arroz con leche.

Desserts

Dulce.
Queso mantecoso.
Duraznos del monte.

Hors-d'œuvre

Café con leche.
Chocolate.
Manteca, etc.

"El todo, sabrosamente confeccionado a la criolla por la mulata Jacinta, hija de la negra Marta, esclava de mi abuela, y *cordon bleu* de profesión.

"Después de almorzar, el ardor de la edad y el calor de la estación nos despoja de nuestros vestidos, la cama nos llama a gritos y la siesta nos embarga hasta las cuatro de la tarde.

"A las cinco, nos espera la mesa con una segunda edición del almuerzo corregida y aumentada en algún tradicional pastel de fuente, humitas o carbonada, habiéndose intimado a Jacinta, bajo las penas más severas, la prohibición de echar mano de las conservas del gas: *foie gras,* mortadela, espárragos y compañía, que sólo figuran aquí *ad pompam ed ostentationem;* de los vinos de Bazille, ventajosamente reemplazados por el agua *frappée* del pozo, y de los excelentes jamones de Gerónimo que se envejecen de rabia y se pudren de fastidio, al verse relegados al olvido en el último rincón del aparador.

"Ha sonado la hora de la poesía, los instantes de música celestial consagrados a las moradoras del

según Racine, para zungarse a la susodicha montaña.

"Son las seis de la tarde y se nos ve aparecer como los hermanos Siameses, siempre pegados, ya en las calles del jardín, ya en lo alto de la loma, en el borde de la laguna o a lo largo del arroyo, diciéndonos, por cambiar, lo mismo que nos decimos todos los días, en todos los tonos y semi-tonos de la escala, con acompañamiento de besos y cariños: yo te adoro, y yo también.

"De las ocho a las nueve de la noche, partida de brisca y de burro tiznado y a las nueve a la cama, no sin antes haber apurado hasta las heces el contenido de una jarra de leche reservada a *nótre intention* en la alacena del comedor por la amable y solícita Jacinta.

"*Et voilá.*

"¿No te incita este programa?

"¿No te sientes tentado de tomar parte, tú también, en el concierto?

"¿Serías hombre capaz de sacudir la polilla de tus viejas costumbres de soltero, de abrir ocho días de paréntesis al fastidio de tu vida?

"Si así fuera, oh *Croquefer,* encomienda al ínclito Taniete, ese tu Fortun cuidadoso, las llaves del derruido torreón donde te anidas como ave de mal agüero, bregando por mantener en alto el añejo y desprestigiado pendón del celibato.

"Ven a nosotros, pobre hambriento!

"Hallarás dos almas caritativas, dos corazones cristianos que te arrojarán las miajas del espléndido

"Levántate a las cinco, toma el tren a las seis y llega en el día a caer en los brazos de tu amigo que te esperan abiertos como un ángulo obtuso."

V

TRES cigarrillos caporal encendidos sobre el pucho, en ayunas, acababan de armar un formidable tole-tole en mis entrañas, contribuyendo así a aumentar el humor de perros con que andaba, por haber tenido que despertarme a las cinco de la mañana, educado como estoy a hacerlo entre las once y mediodía.

Tragando por entregas la saliva de que se me llenaba la boca, con los ojos hinchados por el madrugón como huevera de gallina antes de poner, el estómago a una cuarta arriba de su lugar y esa expresión de asco profundo que se obtiene frunciendo el entrecejo, arrugando la nariz y estirando los labios en el sentido de las orejas como bordonas de contrabajo, renegaba de Juan y de sus gustos, de su mujer, de mí, de los malditos ingleses que lo hacen levantarse a uno al alba como las gallinas y los soldados de línea, de un italiano *faturero* que me vino a ofrecer su inmunda mercancía y hasta de Taniete, a quien deploraba no haber roto alguna cosa cuando, cumpliendo su consigna, se permitió entrar a horas intempestivas a arrancarme del profundo sueño en que yacía.

La escena era un vagón del ferrocarril del Sur,

iba a pasar ocho días con mi amigo y su mujer.

¿A asunto de qué, quién me metía en pellejerías, de cuándo acá, comodorro por instinto y convicciones, pegado a mis costumbres como una estaca al suelo, daba al traste con mis principios y me lanzaba en una vida de aventuras?

Ni yo me lo explicaba a punto fijo.

¿Por cariño a Juan y el consiguiente deseo de complacerlo?

Que lo dudo! Nunca me ha dado por amoldarme a la voluntad de los otros.

¿Por un sentimiento de egoísta curiosidad?

Más bien eso: quería tomarle el peso por mí mismo al decantado edén de *Los Tres Médanos.*

Si por lo menos, me decía, tratando de pintar el triste cuadro de mi situación con colores menos sombríos, me dejaran en paz, me fuera dado estar solo, sin que se me cuele algún *guaso* de los que abundan por estas alturas a abrirme los vidrios cuando los quiera cerrados, a cerrármelos cuando me acomoden abiertos, a llenar el suelo de charcos de saliva escupida como latigazos por entre los incisivos, a ponerme las botas en la nariz con tal de estirarse y de ir a sus anchas, o lo que es mil veces peor, bajo pretexto de que le duelen los callos, a sacarse una de ellas o las dos, como la cosa más natural del mundo, o a hacerme alguna otra grosería que me encocore y me cargue y me rompa el forro...

Miré el reloj de la Estación: marcaba las 6 y 13 minutos.

Un instante más y nos poníamos en marcha...

El pito del guarda-tren lanzaba un *mí* sobreagudo,

la locomotora contestaba con un *do* grave, el maquinista empuñaba la manivela, el vapor actuaba ya sobre los émbolos, el tren se movía por fin...

¡Loado sea Dios!—exclamé; la situación se ha salvado!

Nunca lo hubiera dicho!

Una mole de cuero y tras ella otra de carne se precipitaban como avalancha por la puerta del vagón estrepitosamente abierta y hombre y baúl, que tales eran, confundidos en un conjunto informe, iban a parar de bruces contra la pared de enfrente.

—Si no ando tan vivo, me quedo!—exclamó mi hombre con una sonrisa de triunfo, levantándose y sacudiéndose la tierra del porrazo.

—Con un palmo de narices hubiera querido yo que te quedaras, maldito in...truso, pensé con rabia en mis adentros.

¿Se les antoja a Vds. conocer la vida y milagros de este caballero sin que para saberlos haya necesitado preguntárselos?

Es hijo de un antiguo mayordomo, capataz o interesado cualquiera en una punta de vacas de Anchorena, Dorrego o algún otro.

Ha pasado los primeros años de su vida alternando entre el fogón de la cocina y el lomo de un mancarrón probablemente manco del encuentro; es decir, con los pisantes en el suelo o afirmados por entre los dedos en una canilla de oveja colgada de una guasca de cuero crudo a guisa de estribo.

Sabía pialar un potrillo, arrear al tambo una lechera, rastrear un nido de teros, matar una perdiz de un rebencazo, agarrar a mano un animal ma-

cenas de tortas fritas el día del santo de Tatita, pero no sabía más y había llegado a los doce años.

Su padre, inducido por los consejos del patrón, se resolvió entonces a mandarlo dos veces por semana a la escuela del pueblo vecino, la Guardia de *Chascomún* o cualquier otra, *le nom ne fait rien à la chose,* donde aprendió a leer mal y a escribir peor entre guantones y cintarazos: en los tiempos en que acaecía la presente historia la letra *entraba con sangre,* los maestros de escuela eran españoles.

A la vuelta de una docena de años, el puesto del paisano viejo con sus cien vacas y su tropilla de caballos, habíase convertido en una rica y valiosa estancia, de modo que muerto su padre, el sujeto éste por la gracia de Dios y la obra de la reproducción animal, se encontró de la noche a la mañana dueño de una sólida fortuna y elevado al rango de vecino influyente de la localidad, cuyos altos destinos desempeñó sucesivamente con general aplauso de sus administrados.

Juez de Paz, entre la punta de barbaridades que se permitió engendrar vestidas de sentencias, su mayor timbre de gloria, su rastro más luminoso en el noble apostolado de la magistratura, fué exigir la prueba de lo que decía a un pobre diablo que se había tomado la libertad de llamar prostituta a la mujer del boticario, y no obstante tratarse de la esposa de un personaje, absolver al acusado de culpa y cargo por ser, a su juicio, plena y satisfactoria la prueba producida, con lo que vino a quedar de manifiesto ante la conciencia pública la integridad de su carácter y la rectitud de sus procederes como magistrado.

Presidente de la Municipalidad, prestó todo su contingente de estética al embellecimiento de la plaza y de los edificios públicos.

Columnas, pilastras y cornizas de 6 de arena por 1 de cal; chapiteles, molduras, florones y pegotes de yeso; frisos, mochetas y contramarcos de relucientes baldozas de loza blancas y celestes, simbolizando "*el blanco y el celeste de nuestro pabellón*", y sobre los pilares que rodeaban la plaza cruzada por calles de paraísos en forma de *ta-te-tí,* morrudas y rechonchas piñas pintadas de verde y colorado, cuyo detalle permitía adivinar la mano del arquitecto del pueblo (vulgo, media cuchara), hijo de la *bella Italia* y fanático, él también, del "*bianco, rosso e verde della nostra bandiera*".

Presidente del Club Social, corren aún en boca de las gentes del pueblo *las mentas* de la espléndida fiesta que organizó con motivo del día del Santo Patrono de la localidad e inauguración del nuevo edificio del Templo.

Todo el adorno de los salones: papeles, muebles, cortinados, etc., fué elegido, comprado y mandado por él mismo desde Buenos Aires, donde se costeó única y exclusivamente con el objeto de hacer en persona y a su gusto la adquisición, en la que invirtió la suma de 12.350 $ m|n., producto de las rifas de cedulitas expendidas al vecindario en los días 25 de Mayo y 9 de Julio.

Una alfombra de tripe inglés, doble ancho, comprada en el bazar de Pereda y pintada, en fondo blanco, de regios balaustres habana confundidos bajo el lujuriento follaje de guirnaldas de siete mil colores que vivían entre sí perpétuamente peleadas

a muerte, y cuyo solo asomo, aun vistas de refilón al pasar por frente a una puerta entreabierta, eran un guantón al buen gusto, capaz de dejarlo *vizco.*

Papel dorado de cuernos de abundancia sobre campo rojo, con guarda verde y cuatro figurones alegóricos, también de papel, pegados en los ángulos, imitación de mármol blanco: la República, la Libertad, la Industria y el Comercio, adquisición hecha en la "Pinturería del Sur", calle de Buen Orden.

Amasijo al pastel en el techo transformado en *croute* por el genio del artista, joven piamontés compatriota y protegido del arquitecto en cuestión, representando un cielo refulgente salpicado hacia el cénit de grupos de monstruos, cadetes de angelitos, que se destacaban en un claro hábilmente *ménagé* por un armazón de glorieta cubierto de ramas y de flores.

Muebles de damasco de lana solferino salidos de los almacenes de Shaw, cortinas blancas de a doscientos pesos el par con sus correspondientes galerías de latón amarillo, y por último, dos trofeos de banderas de la patria completaban el ornato del salón.

En cuanto a la cuadra de los soldados de la partida, transformada en comedor con ocasión de la fiesta, si bien no brillaba por el lujo de su mobiliario (el tabaco no daba para tanto), en cambio la bucólica mandaba fuerza.

Lechones y pavos asados, matambres arrollados, carne con cuero fiambre, una pirámide de almendrado en el centro de la mesa, dos de naranjas carameladas en los extremos, fuentes de yemas a granel, surtido de masas y dulces abrillantados, Chateau-

Birér, Carlón a pasto, etc., etc., el todo preparado y servido por el dueño del hotel y el confitero en comandita, con circulación de mate y licor de rosa.

El resto, a *l'avenant.*

La orquesta compuesta de un clavicordio-marimba, formidable herramienta de romper tímpanos, que al sólo amago de las mazurcas del mulato alquilado *ad hoc* en Buenos Aires, era capaz de hacerlo a uno volverse de la esquina y dar vuelta la manzana, aunque llevara zapatos patrios, lanzaba a *toute volée* sus raudales de armonía.

Imagínese el golpe de vista que ofrecería el magnífico local invadido por los melenudos *dandys* del pueblo, entre los que se destacaba la figura de nuestro hombre como la de un general en el día de la batalla y por la flor y nata de las muchachas hediendo a agua florida y vestidas de verde y celeste las negras, de colorado y amarillo las rubias, con cargazón de flores de trapo en la cabeza, con aros de hueso colorado, prendedores de *doublé,* guantes de carnero a media mano y botines elásticos de prunela!

En esa noche mi compañero echó el resto.

Nombrado bastonero por aclamación, se empeñaba en contentar a todo el mundo, haciendo que el mulato se le afirmara ya a una habanera, ya a un *chotis,* según se lo pedía algún amigo interesado en *agachársele* con la *churleta* a quien andaba festejando.

Veíasele multiplicarse, atendiendo a todo y a todos, con el aire de soberana protección y el agasajo especial del magnate de pueblo de campo, lo que no le impedía echar de vez en cuando sus pi-

tadas de sabroso negro y tener temporada con la hija del comandante, una flor de tuna a la que pocos meses después entregaba su blanca mano.

Bien sabía Bonaparte lo que dijo, cuando dijo que la ambición es na de las pasiones más vehementes del corazón humano!

Elevado de la nada al pináculo de la grandeza, hubiérase creído que nuestro héroe no tenía más que pedir ni que hacer, que descansar a la sombra de sus laureles o, lo que es lo mismo, sobre la vereda de su casa saboreando un amargo en mangas de camisa, y, sin embargo, un buen día se le ocurrió pensar que su pueblo, su país, como diría un diputado de las provincias, no era sino un rincón y, lo que es más, el último rincón del mundo.

El aspecto de la calle real, el atrio de la iglesia, la plaza, la sociedad de su suegro el comandante, de sus amigos el médico y el cura, el ascendiente que ejercía sobre sus convecinos, la consideración que le tenían, todo lo que, en una palabra, constituye la vida del *as* de esa baraja que se llama vecindario de pueblo de campo, fué insuficiente a colmar la medida de sus aspiraciones, y, cómico de provincia, ambicionó las escenas de la capital.

Su esposa, por otra parte, soñaba con una casa en el barrio de la Concepción, un coche para ir a Palermo y un palco en la Alegría; no porque se sintiera intimidada ante la perspectiva de lucir sus pesos y sus formas en un balcón de Colón, sino porque, ¿qué le imoprtaba a ella, ni qué tenía que hacer en una representación de Hugonotes si no entendía el italiano?

"Los Madgiares" o "Los siete grados del cri-

men" *á la bonne heure,* eso sí que era divertido!

Con la bolsa gorda, ambos se decidieron, pues, a cambiar de barrio y a transportar sus penates a las alturas de la calle de Independencia o Estados Unidos, entre Chacabuco y Lima.

Allí se establecieron, allí empezaron a tener familia y allí viven desde entonces.

Ella, caminando con pasos de gigante hacia la obesidad, de puro contenta y satisfecha al ver realizado su sueño: tiene su casa, su coche, su palco y además relación con las familias decentes del barrio, a las que, meses más, meses menos, todos los años pasa recado comunicándoles que cuenten con un servidorcito más a quien mandar.

El, hombre de influencia en la ciudad y campaña, donde dispone de amigos prontos a servirlo, miembro de la Sociedad Rural, de la Comisión de Higiene de la parroquia y de un club político cualquiera, en cuyas filas milita a título y en su calidad de republicano de corazón.

VI

REPUBLICANO he dicho?

Sí, pero entendámonos; republicano a lo hijo del país, para quien el republicanismo consiste en que esta pobre tierra se llame República Argentina, el Poder Ejecutivo Gobierno, el Jefe de Gobierno Presidente, y en la representación periódica de la siguiente farsa política en cuatro actos, que condensa el ideal de nuestra republicana existencia.

Acto primero.

Escándalo mayúsculo disfrazado de elección popular en que vota todo el mundo, es decir, todos los criollos habidos y por haber, aun los difuntos que, desde el hoyo donde se pudren en la Recoleta o en la Chacarita, suelen *mojar* prestando el contingente de su nombre y de su voto.

Para ello, basta que el bolsillo del jefe del grupo o caudillo de parroquia se halle provisto de una boleta de inscripción en el Registro Cívico a nombre del postulante y que éste tenga papeleta de Guardia Nacional, aunque no tenga en que caerse muerto y haya pasado su vida alternando entre la Penitenciaría, donde se paga el lujo de sus vicios tendido a la bartola por cuenta del país en un cuarto cómodo

y ventilado, con sus horas de recreo en los jardines y sus buenas raciones de puchero, asado y pan amasado expresamente para él; los batallones de línea, de donde se alza con el santo y la limosna, cómo y cuando se le antoja, si no le cuadra el papel de defensor de la honra y de la dignidad nacional; los lupanares y las pulperías, en los que concluye de perfeccionar su educación republicana.

Durante el mes anterior al *bochinche,* vive en familia con los otros de su calaña, a rancho y puerta cerrada (por las dudas), racionado con los *á compte* de los sueldos y pitanzas de los candidatos. Del cuero salen las correas.

Suena la hora, llega el instante solemne y el maestro de ceremonias, alguno de los que maneja los títeres, lo endereza entonces a ejercer sus funciones soberanas, es decir, a votar por cinco pesos sin saber para qué ni por quién, una, dos y hasta tres veces si cuela, llamándose primero Juan, luego Pedro y después Diego, ya barbudo, ya afeitado, con un gorro de vasco en la cabeza o un sombrero de panza de burro encanquestado hasta los ojos y, si acaso, a armar también la de Dios es Cristo, alguna de tiros y puñaladas, robándose los registros de la mesa a una seña del caudillo que ve el negocio mal parado.

Acto segundo.

El republicano cuadro o, lo que es lo mismo, la sangrienta y vergonzosa farsa, sale luego de manos de los comparsas, cambia de escena y va a reproducirse en el encumbrado teatro de las Cámaras.

Aquí, los saltimbanquis o sea los histriones o, si se quiere, los padres de la patria, hablando con reverencia, antes de abrir sus puertas al público, con el teatro en tinieblas y entre gallos y media noche, tienen sus sesiones artísticas de alta escuela, sus correspondientes ensayos en que, bajo la forma de gatuperios y escamoteos, despedazan el libreto de la pieza, rayan la colaboración de los necios que, representando la honradez política y la pureza del sufragio, han hecho por imprimirle un sello de legalidad y de justicia, suman acá, restan allá, cortan y tajean acullá, hasta transformarlo de malo que era, en peor, en un pastel indigesto amasado por el patriotismo, en un asqueroso bodrio al gusto de galgos o podencos, según sean sus adversarios podencos o galgos y galgos o podencos ellos mismos.

Llega el anhelado día de la *premiere* y, tomadas todas las precauciones del caso por si se arma alguna grande, prevenida la policía y un par de compañías de línea por si se enreda el pandero, el templo augusto de las leyes se ve invadido por una concurrencia inmensa y elegida... entre las últimas capas de la sociedad: asesinos y ladrones, vagos, borrachos y compadres; *ternes* de pelo en pecho, revólver en la cintura y cuchillo en la liga, reclutados y arreados *ad hoc* para solemnizar el acto con su presencia, simbolizando la majestad del pueblo soberano.

La escena se inicia con la aparición de un farsante de *cartello;* del primer galán, por ejemplo, bajo el ropaje de un joven demócrata, adalid de las libertades públicas, de profesión: diputado, bajo pe-

na de morirse de hambre, moreno, de fruncido entrecejo, mirada torva, melena tras de la oreja y traje de su empleo, es decir, rigurosamente vestido de casimir negro.

Asume una actitud decorosa y digna, vuelve los amenazantes ojos en su alrededor, se incorpora, se entona y recita después el siguiente monólogo que dura tres cuartos de hora:

"Sufragio,, libertad, justicia, verdad, derecho constitución, soberanía, antorcha, ley, independencia, epopeya, patria, pueblo! (Ruidosos aplausos en el público, mezclados de ruidosos silbos).

"Democracia, honradez, fuego, patriotismo, luz, espada, abnegación, república, apostolado, gloria, paz, honor, propiedad, vida: nosotros!"

—Bien, muy bien, bravo, bravísimo! (A la derecha en el público).

—*Andá* que te *lamba un guay!* (A la izquierda).

—Silencio, bárbaros! (El *barba* disfrazado de *Papa Jupin,* a título de ser el más viejo y, precisamente, el más inútil de todos, desde el fondo de la escena que figura el Olimpo.)

—*Cayate,* mascarón! (Una voz en falsete).

"Violencia, prosigue el artista, robo, mala fe, fraude, soborno conciencia pueblo, cohecho, rémora, falsificación, oscurantismo, desquicio, ruina, tinieblas, abismo, muerte: ellos!" (Prolongados y estrepitosos aplausos a la derecha, rechifla más prolongada y estrepitosa aún a la izquierda).

—Si no se callan la boca, (el barba) los voy a hacer echar como a perros por los vigilantes.

Yo tengo las llaves del cielo.

vestido de secretario).

El comparsa lee.

—No te *arrimés* a la pared que hay chinches! (Una voz).

—Dejá de cantar jilguero, no me estés atormentando! (Otra).

—Que nos devuelvan la plata! (Otra).

—Miau! miau! guau! guau! guau! (Otras más).

El artista se mete muy orondo entre bastidores, donde es calurosamente felicitado por sus colegas.

Reproducir la escena que se sucede, encomendada a algún otro primer *bagatelliere* de la compañía, sería tiempo perdido.

Es una repetición al pie de la letra, una segunda edición de la anterior, la oración que acaban Vds. de oir, pero vuelta por pasiva y que puede traducirse con los siguientes refranes: se ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio, lo tuyo me dices ladrón de perdices, u otro semejante que la decencia impide estampar en letras de molde.

Los mismos aplausos, la misma rechifla, la misma intervención irrespetuosa del respetable público y las mismas eternas amenazas de *Jupin* que se guarda muy bien de hacerlas efectivas como de cierta cosa, por temor de que le rompan sus olímpicas costillas.

Toca, por último, el turno al encargado de la parte musical del programa, al cantor, al lírico o, lo que es igual, al zonzo, artista que suele no faltar en nuestros teatros políticos, el que ojeroso y pálido el semblante, empieza por entonar tiernas endechas en tono lastimero y quejumbrosa voz, deplorando el extravío de los espíritus, la corrupción de las pasio-

nes y los profundos males que afligen a la sociedad; va dejándose arrastrar, a pesar suyo, por el hechizo magnético de su canto, como el chingolo por la víbora, hasta que, ebrio de melodía, concluye por lanzar entusiasmado el siguiente *do* de pecho, en forma de verdades de a puño:

"República, no; anarquía, sí; republicanos y honrados, ninguno; demagogos y pillos, todos"; llamando, como se ve, las cosas por su nombre y a los hombres por sus cosas, hasta que las furias populares se descargan sobre su cabeza y el ruido atronador de dos mil pitos zumbándole en los oídos, le ahogan la voz en la garganta, le hacen meter violín en bolsa y lo aventan con su música a otra parte, al abismo del ridículo donde queda sepultado para siempre.

En resumen, los galgos se quedan con el disputado zoquete y el acto concluye naturalmente a capazos, con intervención de los gendarmes y 24 horas de *cafúa* a las últimas cartas de la baraja.

Los ases y figurones, autores y promotores del republicano alboroto, esos son como *Jupin,* tienen las llaves del cielo y lo que en ese momento quieren y hacen, es ganar tranquilamente sus domicilios satisfechos de la jornada y orgullosos de haber podido ofrecer a las miradas curiosas de los pueblos que nos contemplan, un cuadro de familia, una escena de costumbres, un riquísimo ejemplar lujosamente encuadernado del libro que enseña al mundo cómo entendemos y practicamos la república nos-

Acto tercero.

La escena representa la Pampa y en ella un campamento: el de las huestes de los defensores de la ley, ínclitos regeneradores del sufragio.

Simbolizan la verdad escarnecida, la justicia conculcada, las garantías del hombre pisoteadas y, celosos de la sangrienta ofensa inferida a dama constitución, nueva señora de sus pensamientos, inspirados en la austera rigidez de sus principios, rebosando de santa indignación, revisten la coraza, empuñan la tizona y se lanzan a correr el azar de las batallas, declarando guerra a muerte y sin cuartel a los gobiernos de hecho, a la chusma infame encaramada en el poder por el más inicuo de los atentados, para mengua de la patria y baldón de los hijos de esta tierra!

Pero levántenles la vicera y rían por la humanidad y lloren por la patria!

Se encontrarán con la cara bastarda del traficante político que, a trueque de saciar sus ambiciones rastreras y al ver que se le escapa el mendrugo, no trepida en enarbolar el trapo rojo de la rebelión, envolviendo al país en los horrores sin cuento de una guerra fratricida.

¿A quiénes comandan?

A un puñado de soldados revoltosos, a unos cuantos miles de gauchos infelices, carne de cañón arrebatada al trabajo y al hogar y a una banda de salvajes, ávidos de saqueo y de matanza, pero ínclitos regeneradores del sufragio, ellos también.

El eco de una voz divina repercute en las filas

"Póngome a vuestro frente, dice, con el propósito de dar a este grande y hermoso movimiento democrático cohesión y significado nacional (*sic*).

"La República entera se alza en armas contra el gobierno espúreo que ha usurpado la dirección suprema de los destinos de la patria: me mantendré firme hasta lo último con el último de vosotros que me acompañare y venceré o moriré con él."

¿Venció?

Si vieillesse pouvait!

¿Murió?

Pas si bête!

Ni una ni otra cosa.

Cierto es también que maldita la gracia que le hacía tirarla de falso profeta y de rey guerrero en una asonada escandalosa contra las autoridades constituídas de su país.

Voluntario codo con codo, como dicen, fué arrastrado por los otros.

¿Culpa o delito?

Culpa o delito para el común de los mortales.

Crimen y crimen de lesa patria para aquel cuya palabra fué siempre escuchada de rodillas por su séquito, no como la del hombre que dirige, sino como la del oráculo que impone.

Continúo.

Al mando de un ejército, se hizo derrotar lastimosamente por cuatro gatos; horas después se daba preso y entregaba con él a tres mil argentinos como quien entrega una tropa de capones, consintiendo en llamar con mansedumbre verdaderamente evangélica *gobierno de decho* al *gobierno de hecho* contra

meses más tarde, los prohombres del gran partido de los principios, los puros, los honrados, los patriotas, los intransigentes, eran miembros *de derecho* de ese gobierno *de hecho,* canalla, espúreo y usurpador.

Proh pudor!

Y si no son Vds. afectos a las escenas pastoriles, si el paladar empalagado rechaza el dulce jugo de las abejas, la repugnante miel de Arcadia, no tienen más que abrir la boca y pedir.

El museo nacional de anatomía política posee una riquísima colección de este género de abortos.

Al gusto del consumidor!

Puedo servirles una de barricadas, un sainetón representado en media calle, que, a pesar de la sangre derramada, no merece otro nombre lo que tiene por cabeza a un payaso torpe y necio.

Imagínese la obra de un *bachicha* de la Boca.

Un figurón, hecho a patadas, de un pedazo de pino blanco, la más ordinaria de las maderas, embadurnado con tres manos de pintura, armado de un tridente y de una corona de conde, bajo el bauprés de una lancha de cabotaje, la *Cóvine Carlotta,* por ejemplo, y se tendrá un mamarracho calafateado de *Nettuno,* lo que se llama un mascarón de proa.

Ese es mi hombre.

La misma cara de palo, dura, tiesa, tosca y grosera, sin ningún toque delicado en los lineamentos, de esos que revelan la mano del artista supremo: o un rasgo de nobleza en el alma, o una fibra generosa en el corazón; el mismo ceño empacado y grotescamente adusto que Stein traduce con tanta fuerza de parecido en sus caricaturas de *El Mo-*

quito; la misma cabeza monstruosamente frentona, hija legítima de la del célebre idiota de Amsterdam; la misma figura terca y repelente que, sin querer, trae a los labios, o una maldición contra el autor, cuando se la mira en la proa de la lancha mencionada, o un terno de cebollas contra el hombre, cuando se la encuentra al volver de una esquina sobre los hombros del individuo en cuestión.

Incapaz de engendrar una idea, abogado adocenado y recopilador de tres al cuarto, los pocos libros que ha tenido la audacia de publicar bajo su nombre son un plagio servil, un robo escandaloso de ajenas cosechas.—Tienen todo de los otros, nada de él, con excepción del estilo que es sencillamente atroz.

Después de dolorosos pujos de alumbramiento, las palabras salen a empujones, en grupos informes de ocho o diez, mirándose las caras o dándose la espalda, de pie, de costillas o de cabeza, nada importa, y al poco andar, ahí no más, se paran empacadas como petizo de muchacho mal criado, pidiendo a gritos una picana.

Me hace acordar a los chorros del limón cuando cae sobre una ostra viva.

Como él es acre, áspero, agrio y produce en el cerebro lo que el ácido cítrico en el desgraciado molusco: se encoge, se frunce y se retuerce por librarse del pestífero contagio y resistir la infección de tan asqueroso virus literario.

Boyante en la superficie por obra y gracia del azar, esa divinidad de los necios, no ha dejado una sola huella de su paso, su país no le debe ni un servicio en cambio de los males que causó y de las

torpezas sin cuento que como hombre público no cesó de cometer: la intriga, entre otras, santificada por él en pleno parlamento y la amenaza de una guerra con el extranjero en que hubo de envolvernos su innata guaranguería, una coz brutal que pegó empujado por sus instintos.

El sentido público parecía haber hecho, por fin, justicia de tan triste *sire* relegándolo al olvido, cuando una combinación de sabia política en la forma, un indecente enjuague en el fondo, hijo de la cobardía de quien no tuvo... calzones para ser hombre y gobernar, volviólo a sacar, en mala hora, del ostracismo en que vivía.

Curiosas aberraciones de la naturaleza humana!

Un ente aborrecido, sin valor, sin talento, sin corazón, ni virtud, dotes que son la tela de los caudillos, rasgos que exaltan a un hombre porque arrastran a los demás, llegó a encarnar, sin embargo, las aspiraciones de una multitud fanatizada en que el sentimiento ahogaba la voz de la razón, en que heridas las fibras generosas del patriotismo con la explotación de la más ruin de las banderas, el localismo egoísta, los ojos no veían, la cabeza no pensaba, el corazón sólo sentía y sentía delirando que ultrajaban a la persona sagrada de la madre, que manoseaban su honra, que encadenaban su libertad, que atentaban a su vida.

Dos mil hombres muertos, dos mil vacíos en el hogar, dos mil vidas robadas a la patria y al trabajo, la sangre de dos mil argentinos derramada en el altar de un ídolo deforme, en obsequio al más cínico y al más vulgar de los demagogos, amén de los millones despilfarrados y del vergonzoso es-

pectáculo ofrecido a la América y al mundo, he ahí el precio del elixir del nuevo Dulcamara, presente griego de una mentida conciliación entre hermanos, de un falso acuerdo de paz y de concordia!

¿Y bien?

Y bien, vive tranquilamente en su casa amparado por las leyes que falseó y la constitución que pisoteó; goza de las garantías acordadas al ciudadano inocente y honrado; va y viene sin que nadie lo incomode; come, bebe, duerme a calzón quitado y libre de remordimientos, porque no los tiene ni los puede tener el que no tiene conciencia, y no falta quien le apriete la mano y quien le saque el sombrero.

Ah! si dos mil veces hubiera podido vivir y dos mil veces lo hubiesen muerto, la cuenta habría arrojado aún un saldo en su contra.

La vida del último de los últimos sacrificada por él, vale infinitamente más que la suya.

"¡Y llamas no hay en el cielo! ¡Para qué entonces los rayos!"

Justicia, vieja inservible, qué hace esa espada en tu mano!

Basta.

En presencia de ciertos hechos que sublevan y de ciertos tipos que calientan, la sangre fluye enardecida al cerebro y se pierde el humor de escribir locuras y pamplinas.

Pasemos de una vez.

En suma, el tercer acto concluye con la conclusión de la riña y el triunfo de los galgos que siguen dueños del zoquete.

Acto cuarto.

La calma más apacible reina en la naturaleza.

El sol de la victoria luce sus rayos, envolviendo a la ciudad señora en el ambiente reparador de la paz.

El ánimo se siente alentado y aspira con avidez y con delicia la fresca brisa de una mañana de promesas.

"Alcemos los ojos al Eterno; despleguemos nuestros labios en fervorosa plegaria; imploremos su asistencia y encorvemos en seguida nuestros hombros.

"Ha llegado la hora de la labor honrada, la hora del trabajo de hoy, del trabajo de mañana y de siempre, hasta que el sudor de nuestras frentes y el cansancio de nuestros miembros doloridos, se hallen pagados con usura en la obra inmortal de la patria opulenta de riqueza y gigantesca de poder!"

Así exclama, soñando, la voz del patriotismo; pero ¡ay! el grito destemplado de la demagogia, el ladrido de la jauría no tarda en sofocarla, atronando los espacios; el sueño se disipa y la imagen ofendida de la República huye a refugiarse entre los suyos, abandonando el disputado campo a la hidra de la anarquía.

"¡Trabajar!

"Sí, sea en hora buena; pero trabajemos con provecho, aunque trabajemos en destruir, siempre que de entre las ruinas se salve incólume una personalidad: la mía.

"¿Qué es la patria?

"Un pedazo cualquiera de tierra.

"¿Qué los hombres que la habitan?

"Una fracción abyecta de la abyecta humanidad.

"Mina de oro, la primera, explotada por bestias de carga, los segundos, que compra en el mercado de la vida el que tiene repleto su bolsillo.

"Llenarlo, pues, he ahí el fin; el medio poco importa.

"¿Conciencia, deber, moral?

"Palabras huecas inventadas por los necios. Buscad el móvil en el interés que es la única moral porque es la única verdad."

Eso dice el traficante, el explotador ruin que hace profesión del robo a las arcas populares escudado en un contrato y amparado por la indolencia de los unos y la corrupción de los demás.

Plaga de langostas que se incuba en el terreno de la política, revienta al calor de sus ardientes luchas y cae hambrienta sobre el campo de la riqueza pública que tala y devasta hasta convertirlo en un estéril yermo.

Permítanme Vds. que, con el taco de la bota, le haga levantar como a los cerdos de la podredumbre en que se revuelca.

Acercarle la mano, tocarlo aún con la punta de los dedos, darlo vuelta y exhibirlo en toda su espantosa deformidad, eso no puedo; su contacto produce en mí la más invencible repugnancia y tengo los gustos delicados: es cuestión de estómago.

Capaz de vender su alma al diablo, no como Fausto inspirado en el ardiente anhelo de su naturaleza hacia lo bello, sino como Judas vendió al Cristo, no profesa otra fe que la mala con que sella todos los actos de su vida.

Su conciencia es un saco de cautchú; cabe dentro todo lo que se le quiera echar; se estira y no se rompe.

Muy conocido en el mercado, tiene, por otra parte, su reputación bien sentada; es la de un completo bribón.

Sin más bagaje que el de su cinismo, ni más capital que el de sus trampas y el título de hombre del partido, que le ha metido hombro al candidato falsificando unos cuantos centenares de votos, se hace nombrar cualquier cosa, diputado, por ejemplo, del último partido de campaña, por media docena de pillos como él, compadres o compañeros suyos, y munido de este *bill* de indemnidad, se larga a tentar fortuna con los ojos clavados como los de un hambriento delante de las vidrieras del Gas, en el rico y bien provisto arsenal del Erario, ese huevo guacho que nadie empolla y que vacía el afilado pico del carancho o el hocico astuto del zorro.

Se le ve ganar las avenidas de la Casa Rosada, meterse en las antecámaras y sentar allí sus reales valido de la posición que la asegura su empleo, o del parentesco o amistad que lo liga a algún magnate, ministro o cosa que lo valga.

Anda a la pesca de lo que se llama un negocio con el Gobierno, limpio o sucio, no hace al caso; lo que se quiere es plata y para forrarse uno el riñón y hacer su agosto, nada hay tan lucrativo como esta raza de industria.

Tiene más agallas que un pescado y como no va nada en la parada, como nada puede perder porque nada posee, ni decoro, ni honradez, ni vergüenza, ni dinero, ni aun recelo de que lo metan a la

cárcel, la cárcel no ha sido hecha para los amigos, acepta todo lo que cae en todos los ramos del inicuo comercio.

Y aquí del manoteo!

Resuélvese explorar tal o cual río, hacer el servicio de las costas, organizar una expedición de interés científico o comercial?

En el Tigre o en la Boca se pudre, desde hace años, cierto cascajo viejo abandonado por inservible.

Se compra por cuatro reales, por lo que vale la leña, se llama al calafate que lo rellena de estopa, al pintor que le pasa un mano de negro o de albayalde destinada a ocultar de las miradas profanas del vulgo la carcoma de la polilla, se le deja como nuevo y se le ofrece en venta al Gobierno.

El Gobierno nombra una comisión de *peritos* para que lo examine; la comisión de peritos lo declara un Leviathán capaz de luchar impávido con las furias de los elementos desencadenados y el Gobierno se apresura, naturalmente, a aprovechar de la *pichincha* y lo compra en 50.000 pesos.

¿Y después? Después, nada: en el primer banco de arena donde toca se abre como un carozo de durazno prisco, se sumerge muellemente bajo las mansas aguas y queda sepultado en ellas junto con los 50.000 pesos que costó.

Tableau.

Allá, en la zona más desierta de la Pampa, arrastra una existencia miserable el noble y desgraciado soldado argentino, ese tipo estoico, encarnación admirable de la resistencia de la bestia unida a la resignación del cristiano.

La patria le exige todo y todo se lo da a la patria.

Su hogar y su familia que abandona, su patrimonio que pierde, su vida que incesantemente expone a las rudas asechanzas del salvaje en una guerra sin tregua y sin cuartel.

¿Qué es lo que recibe en cambio, qué premio, qué recompensa en la desesperante soledad donde sufre y muere por los otros?

¿Se le acuerda, acaso, una mirada de compasión ya que no de gratitud, se atiende a las necesidades más premiosas de su vida, se le arroja una manta con que cubrir sus miembros engarrotados por el viento glacial de la Cordillera, se le concede siquiera el miserable rancho del soldado, un pedazo de carne, un puñado de yerba y un cigarrillo de papel, ya que no pide ni necesita otra cosa?

Así lo quiere la patria y así lo paga el Erario, pero así no lo entiende la codicia humana encarnada en el ente degradado que especula hasta con el hambre y la sed de sus hermanos.

¿Trátase de algún vasto proyecto, de dotar al país de las grandes obras que reclama con imperio?

Nuestro hombre aguza el filo de su ingenio, se pone en campaña y toca todos los resortes de sus cábulas. Inquiere cuál es el lado flaco de los que han de intervenir en el asunto, miembros de las cámaras, empleados, representantes del Gobierno, etc., y según el resultado de sus pesquisas, tiende sus redes y combina su plan.

Si el candidato tiene sensible la epidermis y no es hombre de tolerar impasible que lo anden mano-

seando, se hace chiquito y echa mano de los empeños; apela al sempiterno estribillo de la carta de recomendación que solicita de algún allegado, con el sombrero en la mano y en la que suplica se encarezca la necesidad de proteger a los amigos, miembros leales y consecuentes del partido, etc., etc.

Si, por el contrario, el sujeto en cuestión es hecho de una pieza, tipo de esos que no se paran en pelos ni saben lo que son escrúpulos, ¡oh! entonces no se anda con cumplimientos; agarra el camino derecho y le hace un tiro a fondo, dejándosele caer llana y sencillamente con el brulote de tantos mil patacones porque le despache el negocio o con la risueña perspectiva de un pingüe beneficio en las utilidades de la empresa.

La cuenta es clara: el Erario paga 100; lo que se le entrega vale 10; el 90 restante se reparte entre los socios que pueden ser dos o muchos, recibir por mitades a tanto por barba, con arreglo a los riesgos que cada cual ha corrido, al contingente que ha llevado, o la importancia del capital pecuniario o industrial que ha introducido, todo lo que, traducido al lenguaje vulgar, quiere decir en plata: según la complicidad más o menos criminal de los confabulados en el robo.

¡Ah! Ustedes los de arriba, los que se mantienen puros en medio de la escandalosa perversión moral que nos invade, reflexionen un momento, piensen en la tremenda responsabilidad que los está hundiendo con su peso.

El país les va a exigir estrecha cuenta del uso que hacen del poder que con tanto ardor han perseguido.

La calumnia va a manchar de negro el nombre que llevan y, confundidos con los réprobos en el cuadro de la historia, llegarán a ser justamente maldecidos por los que vengan después.

Aun es tiempo, armen su brazo de energía, hagan un *gobierno de mano de fierro con guante blanco,* pero háganlo de una vez.

Tirios o troyanos, que caigan los que deban caer y que eso que anda escrito por ahí de la igualdad ante la ley y ante los jueces, deje de ser por fin una insolente mentira. .. ..

.. ..

Y aquí concluye el cuarto y último acto de la función representada con el nombre del señor Pueblo y a la que ese señor Pueblo no hace otra cosa que asistir desde los balcones de su casa, protestando escandalizado de que le adjudiquen la paternidad de tan detestable farsa, como protestaba el señor Rossini desde un palco de los *Italiens,* al desconocer a su hijo predilecto transformado por la Patti en un curso de vocalización.

Salvos, por supuesto, los respetos debidos al arte y al talento de la artista: la Patti es una *diva,* mientras que nuestros cómicos políticos no pasan de ser una *massa di cani,* a pesar de las ingentes sumas tiradas a la calle en la subvención del teatro.

VII

VOLVAMOS a mi viaje y a mi compañero.

Decía, pues, que era republicano de corazón. Pero como, desgraciadamente, todo lo que es humano es creado y todo lo creado es imperfecto, mi hombre no podía dejar de caer bajo el imperio de esta ley fatal, pagando él también su tributo a las flaquezas de este valle de lágrimas.

Feas manchas aristocráticas empañaban el puro crisol de su democrático credo.

Varón y fuerte, tenía sus debilidades, engendradas las unas por añejas preocupaciones godas v consecuencias las otras del bendito procreo de las haciendas del *viejo*.

Un par de casos al caso:

No comería en la misma mesa, ni diría señor, ni sacaría el sombrero, ni daría la mano a un hombre de color, negro, mulato o chino, siempre que a las claras pasara por tal.

Hago esta última, prudente salvedad, porque muchos habemos cuyas venas, más que venas, parecen cloacas, tal es de mezclado el líquido que por ellas corre, y no obstante, el hábito de verlos siempre confundidos con los *sujetos* en el primer plan del cuadro social aleja inconcientemente de nosotros toda idea de análisis, hasta el punto de quedarnos

con la boca abierta cuando algún *amateur,* viejo comadrón de esos que hacen oficio de conocer cuanta inmundicia Dios crió en la vida privada desde el año diez hasta la fecha, nos señala con el dedo la impura media tinta, el bastardo claro-oscuro velado a nuestras miradas miopes.

Se habla de fulano de tal en un corrillo alrededor de la estufa, o en un balcón del Club del Progreso en verano.

—¿Fulano de tal? ¡Si es mulato!—se apresura a exclamar el comadrón con aire de mozo diablo y zorro viejo, muerto de gusto al poder espulgar la porquería y sacar el cuero al prójimo.

—Aquí, para entre nosotros, agrega en tono confidencial, de la madre de este caballerito las malas lenguas aseguraban esto y esto otro.

De su abuela, no les digo nada; era público y notorio aquello y lo de más allá.

La cosa data de la época en que la catedral tenía techo de paja...

¡Y lengua para que te quiero! tajo arriba y tajo abajo, una de ingertos al pobre árbol genealógico, que queda de mutilado y de overo como si diez mangas de piedras le hubieran caído encima.

Consecuencia: el individuo es irremediablemente mulato.

—¡Pero, hombre!—exclamamos a nuestro turno como si cayéramos de arriba. ¿Sabe que nunca me había apercibido de la cosa?

Y sólo entonces empezamos a notar ciertos indicios que no marran: los labios en forma de riñón, la nariz de pera parda, el bruno y ensortijado cabello, el aceitunado matiz, etc., etc.

El mulato este no entra, sin embargo, en el número de los que nuestro republicano mira desde lo alto de su grandeza.

Acaso él mismo es de la familia.

Pero si se trata de un mulato neto, indudable, universalmente reconocido como tal, la cosa varía de aspecto.

Lo tutea por lo pronto, mucho más si es de condición humilde, y le tira a renglón seguido con el barro de su color a la cara, por poco que se amostace y el villano haya cometido el desacato de provocar sus nobles iras.

Compra coche y en lugar de vestir al cochero de saco y sombrero de panza de burro para que arreglado al gaucho sean las prendas o, ya que quiere lujo, sencillamente de levita, pantalón negro y sombrero alto, como cuadraría al puritanismo de que hace gala, le encaja un mamarracho, una payasada carnavalesca bautizda pomposamente de libiea.

El equipaje aguarda en la puerta de la casa.

¿Quieren Vds. hacer de él un examen pericial?

Landó, industria nacional: (Delanoux) montaje de armón y forro que llora a gritos.

Los arneses son espléndidos: *plaqué*, mucho *plaqué*, *plaqué* por todas partes.

Hacen el *pendant* del chapeado de marras, el de los buenos tiempos en que usaban apero y corrían sortija en Palermo, *faisant leur cour* a Manuelita, con chiripá, divisa colorada y el caballo cargado de prendas de plata, muchos de los que hoy vemos en *grande tenue* en los balcones de Colón.

Para hacerse de los referidos arneses, se ha ocu-

rrido a lo de Astoul y se ha comprado la más *clinquante camelote,* la más infame de las drogas confeccionadas en Francia o Alemania, expresamente para la exportación americana, la más cara y por consecuencia la más chabacana.

Sobre el pescante, el cochero: melena *porruda,* bigote, pera y un cigarro hamburgués en la boca.

El traje ahora: botas color de rata a fuerza de no ver betún; pantalón a cuadros metido dentro de las botas; casacón hasta media pantorrilla excesivamente bolsudo y mal *fichu;* corbata blanca de un dedo de ancho, de las que usa el patrón en los banquetes políticos a los que asiste de frac; guantes de hilo también blancos, pero muy sucios y zurcidos en las puntas, de cuyos guantes arrancan y corren hasta rematar en unas cabezadas *aux couleurs de la patria,* un par de riendas coloradas y, por último, sombrero *galera,* de forma absolutamente imposible, transmitido como la corbata, por herencia, empapado en una capa mugrienta de aceite y de sudor y al que previamente se le ha aplicado una brava escarapela con borlas.

El auriga, sin soltar por supuesto el hamburgués de la boca, hace chasquear su instrumento a la moda de coche de plaza, arranca la yunta de overos negros, flamean al viento los pompones patrios y los faldones del levitón pendientes en libertad hacia la parte posterior del pescante, y mi hombre acompañado de su abundante esposa se larga a lucirse muy orondo por la calle de la Florida y el *tour* de la Avenida Sarmiento.

De aquí están Vds. viendo el cuadro: es de un *chic ébouriffant.*

Ya se saben de memoria al compañero que la suerte impía me había deparado.

Prosigamos.

Declaro que no me place abrir los brazos a las primeras de cambio.

Soy de gustos difíciles en materia de amistad, el único sentimiento en que creo con la fuerza ciega del fanatismo; el único que, siempre a mi paso por la vida, he encontrado arriba de todas las miserias que el torbellino humano levanta del egoísmo corrompiendo el corazón, como corrompe las aguas de un lago cristalino el torrente que las agita y revuelve el lodo que reposaba en su fondo.

El amor, por ejemplo, apetito material esencialmente interesado como lo son todos los apetitos materiales: quiere saciarse.

Quítenle el sensualismo y lo matan.

Hijo espúreo, los que cantan sus virtudes cometen un robo; desponjan a su hermana legítima.

Cuando alcanza a lo generoso, a lo grande, a lo sublime, ya no se llama amor, es amistad.

Se ha transformado en la huella del tiempo como se transforma en pródigo el avaro que al morir distribuye sus riquezas.

Poseído por ella de un religioso respeto, habiéndole consagrado desde niño el más fervoroso culto, no permito que nadie la profane en mi presencia.

Por eso es que, viejo ya, cuento apenas un puñado de amigos y un estrechísimo círculo de relaciones que entiendo no ensanchar más allá de la política, que es sinónimo de urbanidad.

Consecuente, pues, con estos principios eficazmente secundados por mi mal talante, me arrellané en

un ángulo del coche, me encerré en mi mismo con llave y pasadores y recurrí por vía de mata-tiempo a una colección de los periódicos del día habidos, momentos antes, de un *news-boy* en la estación.

Abrí el primero que me cayó a la mano y dí con el siguiente letrero:

"Entendámosnos", que encabezaba un editorial de tres columnas de menudo *breviario,* sumando la respetable cifra de veintitres mil quinientas y pico de letras.

Miré tres veces de punta a rabo el selecto trozo de militante literatura, con el mismo gesto con que se mira una purga de aceite de castor después de una indigestión de ensalada de pepinos o, si Vds. lo prefieren, la misma ensalada después de la indigestión.

Tres ¡uf! consecutivos se exhalaron de mi pecho y, haciendo de tripas corazón, acerqué el político brevaje a los ojos, esa boca de la inteligencia, y me resigné al amargo trago.

"Cuando la constitución en sus artículos..." primer párrafo, treinta y tantos renglones, teoría pensé: pasemos.

"La sana doctrina de acuerdo con los preceptos constitucionales establece claramente que..." segundo párrafo, sigue la teoría, me repetí: adelante.

"Los tratadistas de derecho público desde el Federalista hasta nuestros días..." párrafo tercero, mismo tenor y mismo tamaño, idem el cuarto y el quinto y el sexto y así sucesivamente, hasta que allá, perdida en lontananza, como un punto matemático, por las remotas alturas de las dos columnas y quatro quintos, más o menos, dejábase per-

cibir confusamente una microscópica aplicación a un microscópico caso, de tan estupenda tirada de principismo: un empleadillo de tres al cuarto se había robado veinte pesos papel en la Receptoría de Ajó, si mal no recuerdo y en desagravio de la moral pública ofendida y ejemplo y escarmiento de los malos, se exigía que todo el tremendo peso de la ley cayese sobre el funcionario prevaricador.

Pues amigo, exclamé, quiere irse a los infiernos!

¿Por qué no avisa con tiempo que se empiece por el fin, que ande uno como el cangrejo?

Dice en imperativo que nos vamos a entender; con tal de entenderme con él agacho la cabeza, paso por las horcas caudinas de sus tres abrumadoras columnas con veinte arrobas de derecho constitucional sobre los lomos, me hace trabajar como buey uñido a carreta encajada, y cuando ya he mordido el anzuelo creyendo ver montes y maravillas, se me descuelga al fin, *pour tout bien tout potage,* con el ridículo parto del ruin y raquítico ratón!

¡Pero, canastos! el negocio es que así vamos a estar a mil leguas de entendernos.

Niente affatto eso se llama en claro español, robarle a uno la plata y me apresuro a protestar.

¿Pretende, acaso, convertir su papel en una indigesta cátedra de cosas aburridas y exigir por aditamento el sacrificio de una suma de dinero en pago del narcótico que entrega?

Decididamente, si quiere que nos entendamos, ha de comenzar por entender una vez por todas, él y sus colegas, ya que *tutti quanti* cojean del mismo pie, que cuando al despertarse uno por la mañana, con un ojo abierto y otro cerrado, o a la tarde,

después de haber comido bien y en plena elaboración de los órganos digestivos, agarra un diario, no es con el propósito muy laudable sin duda, pero nada divertido, de instruirse asistiendo a una función de sus muecas y piruetas en la cuerda floja de la ciencia política.

Para eso están Kant, Stuart Mill y demás canalla que, a trueque de romperse la crisma como Blondin sobre el Niágara, han tirado la maroma de cumbre a cumbre en las eminencias científicas.

Basta con ellos *ou jamais*.

Lo que se pretende es ver y no aprender que, para eso, el que puede va a la escuela cuando chico y tiene sus libros cuando grande y en cuanto al que no puede, ni de chico, ni de grande, ese se *fiche* tanto del señor redactor y de sus gustos como del año cuarenta; no los conoce ni de vista y hace bien; ¿qué le importan a él ni el griego ni el sanscrito?

Lo que se quiere es estar al corriente de lo que pasa dentro y fuera, de las novedades políticas, sociales, comerciales, etc., tolerándose, cuando mucho y por excepcion, el uso moderado de tal o cual discreta plumada de docto comentario, en asuntos de carácter serio que tal admiten dada su índole. Saber, en una palabra, las noticias del día y eso, depuradas de fiambres, disparates y patochadas, como las que con frecuencia nos vemos obligados a soportar en letras de molde.

Ejemplos:

EXTERIOR

"Traducido expresamente para El o La..." (aquí el nombre del papel).

Y se encuentra Vd. con un lote de *viejerías* que ha leído no sabe dónde, pero sí cuándo: hace quince o veinte días.

SERVICIO TELEGRAFICO

De nuestro corresponsal especial

Y sigue una cáfila de despachos que no dicen nada, y que, a pesar de ser transmitidos por el susodicho especial corresponsal, todo el mundo ha podido ver al pie de la letra en los diarios de la víspera.

NOTICIAS DEL DIA

Punga. — El súbdito napolitano Giácomo Piazzetta se *punqueó* dos naranjas de un puesto del Mercado del Centro.

El punguista fué metido entre rejas por un gendarme que pasaba a la sazón.

Por ebriedad — Ha recibido alojamiento gratis en el Hotel del Gallo el individuo Juan Pérez, por haber sido encontrado en estado de ebriedad sobre una vereda de la Sección 7.a de Policía.

Movimiento militar. — Ha sido dado de alta en el batallón 8 de infantería de línea el cabo Agapito Contreras, que prestaba servicios en el presidio de Patagones.

Observaciones metereológicas!...

Nombramiento. — El inteligente joven D. Juan Lanas ha sido nombrado portero del Ministerio A o B).

En libre plática. — La barca española *Inmaculada Concepción de María Santísima* ha sido puesta en libre *plática* por haber cumplido la cuarentena de rigor a que fué sometida.

No le faltó sino agregar: sabrosa.

Y sería cuestión de nunca acabar.

El contenido de un diario, hoja esencialmente volante, debe ser ligero, *au jour le jour;* bastar a la satisfacción de la curiosidad cotidiana y desaparecer después como el papel en que se imprime, destinado a vivir el corto lapso de tiempo que le acuerdan las exigencias de los usos domésticos.

Nace y muere hoy, para volver a nacer y morir mañana.

Sus materiales han de ser de barro; no se empeñen Vds. en levantar monumentos de cal y canto; pierden su tiempo, su trabajo y su dinero; nadie les agradece el gasto, al contrario. Ofrezcan a la inmensa mayoría del respetable público de la capital un liviano pastel de hojaldre y lo pagará a peso de oro; no recibirá ni con plata encima, no le meterán ni a martillo, el pesado y tradicional chorizo con huevos; eso hizo su época el año 52 con la Fonda Catalana y hoy apenas se come en los bodegones de pueblo de campo.

Hacía para mi capote estas reflexiones, cuando llegué a notar de reojo que mi vecino no me perdía pisada, examinándome de hito en hirto y *pirrándose* de ganas de hacerme una entrada, sobre todo en los momentos en que, como le sucede a uno cuando está leyendo, se interrumpe para arrancarse una pestaña atravesada en un ojo, para mirar afuera, cambiar de posición o rascarse la nariz.

El tipo de que me vengo ocupando es, por naturaleza, curioso, *confianzudo* y entremetido.

No puede pasar media hora cerca de otro hombre, sin fastidiarlo en esas quinientas preguntas banales e indiscretas que cargan más o menos según el genio que uno tiene y ante las que un grosero y rabioso "qué le importa!" puja por salirse de lo hondo rompiendo los miramientos, como perro atado a la cadena cuando algún intruso pega, desde el zaguán, el grito de: Ave María purísima!

Mientras recorrí los diarios, las cosas marcharon bien.

Me mantuve en una guardia cerrada que burlaba por completo la expectativa de mi adversario. Pero así que hube concluído hasta con los avisos del último (la sección más decente de nuestra prensa periódica, díganlo sino ciertos *reclames* que parecen mandados hacer para edificar a las tiernas y candorosas doncellas, iniciándolas en los arcanos de la medicina íntima) vime obligado a descubrirle el flanco, por donde no tardó en colárseme con un veloz a fondo.

—¿Quiere leer éste, señor?—me dijo, alargándome un número de *El Diario*.

La oferta no dejaba de tentarme fuertemente; faltaba en mi colección y es *El Diario*, a mi juicio, el papel más cristianamente entendido de todos los que se publican en esta tierra.

Apartar los ojos de los demás para fijarlos sobre él en un viaje de la inteligencia al país de lo divertido, es lo mismo, *verbigracia* que salir del empedrado de la calle de Santa Fe para entrar al *macadam* de la avenida Sarmiento en un paseo a Palermo.

A pesar de lo mucho que me cuadra su lectura, un seco y lacónico:

—Gracias, fué mi única contestación, dándome vuelta en seguida hacia el lado opuesto.

¿Se figuran Vds., por ventura, que con este primer trancazo mi adversario se dió por satisfecho?

Nada de eso, volvió por repetidas veces a la carga con la excusa del calor que lo hacía sudar, decía, como a un caballo, del polvo que nos ahogaba, de la seca que lo estaba jorobando, del tren que andaba como carreta, del nombre de las estaciones, etc., y las mismas repetidas veces se rompió las narices y se peló la frente contra la reserva absoluta en que, por mi parte, me mantenía firmemente atrincherado.

Daban las once y cuarto cuando llegamos por fin a "Altamirano", estación donde dicen que se almuerza.

Aguijoneado por un hambre que tenía calzadas las espuelas, bajé de un salto, enderecé a la fonda y tomé asiento delante de un mantel sucio y al costado de gente que, uniformemente y sin excepción, usan los codos sobre la mesa, comen con el cuchillo; cortan con él el pan y se lo meten a la boca sin soltar por eso de la mano el filoso instrumento, no necesitan servilleta porque echan mano del referido mantel cuyos bordes son un mosaico de manchas de grasa y yema de huevo, interpelan a gritos al mozo pidiéndole un *bife* con dos a caballo, su plato favorito, y aderezan su comida con una ensalada de ajos que a cada paso intercalan en su conversación con los otros comensales.

Encomendando mi alma a Dios y mi estómago a las brisas de la Pampa, hice tres cruces y esperé.

Inicióse el *menú* con una sopa de coles y garbanzos apestando a carnero padre, que era una dicha y un consuelo.

Afirmativa general con visibles muestras de satisfacción, contra un solo voto por la negativa: el mío.

Siguiéronle un zoquete de carne hervida y un guisote con papas, de la misma bestia.

Segunda negativa, a pesar de todas mis mejores disposiciones.

Circularon después unas costillas flacas carbonizadas a la parrilla.

Negativa por tercera vez y *pour cause.*

"A buena hambre no hay pan duro", dice el refrán, pero, lo que es esta vez, *nequaquam.* Mi hambre era excelente y el pan tan duro, que no pude meterle los colmillos.

Apercibiéndome de que el mozo procedía, sin más ni más, a repartir los platos de postre:

—¿Qué, no hay otra cosa que comer?—le pregunté alarmado.

—Sí, señor; el postre: carne de membrillo y queso, me contestó, mostrándome una masa infecta y revenida que, más que carne de membrillo, parecía carne gangrenada y un fragmento viejo y pestilente de *gruyére contrefaçon.*

—No le hablo a Vd. de postres; algo que comer que no sea postre, es lo que yo quiero.

—Ah! eso no, señor; se acabó la lista.

—¿Y nada se puede hacer?

—No hay tiempo; el tren ha llegado atrasado y sale dentro de cuatro minutos.

—¿Ni tampoco algún fiambre, un pedazo de pollo o de jamón me puede dar Vd.?

—Tampoco, señor; los fiambres se nos han concluído.

—La cuenta, entonces.

—Son veinticinco pesos.

—Ahí los tiene.

Veinticinco pesos por almorzar y levantarse uno en ayunas, con un concierto de gorgoritos en las tripas...

A robar a los caminos, salteadores!—vociferé en mis adentros, echando una maldición y dirigiéndome al tren.

Y a esto le dicen estación *buffet!*

Estación *gargotte* o chiquero debieran más bien decirle, con todos los demonios!

¿Qué hacer?

"El sueño doma hasta el más grande de los dolores: el hambre", repetí maquinalmente, recordando el texto de la máxima árabe. Durmamos.

Sí, pero y cómo, sobre el duro lomo de ese potro que se llama asiento de primera del Ferrocarril del Sur?

Después de un ligero debate conmigo mismo y de algunas consideraciones morales y filosóficas sobre la indecente usura de los capitales ingleses, opté por la posición horizontal, hice por no pensar en nada, como quien dice, eché los perros a las ideas, recurso eficacísimo que recomiendo a la consideración de Vds. para cuando se les ofrezca, y traté de conciliar el sueño al zumbido del tren en marcha.

Había ya conseguido a medias mi objeto, llegando a ese estado soporífero en que empieza uno a perder la conciencia de sí propio, cuando gratas y perfumadas emanaciones vinieron a conmover agradablemente mis sentidos.

Abrí los ojos: un cuadro encantador ofrecióse a mi vista.

¿Se figuran Vds. por ventura, que voy a meterme a cantor, empuñando cualquier aparato musical para decir, con melódica voz y en poético metro, el imponente panorama de la pampa, las verdes y dilatadas campiñas, el balsámico ambiente de las agrestes flores, los cielos azulados, las frescas y juguetonas brisas, las avecillas urañas y canoras, los mansos y caprichosos arroyuelos, o "el gallardo flamenco posado en la laguna entre el verde juncal?"

Se equivocan de medio a medio; no he nacido con cholla de poeta ni cosa que lo valga.

No soy ni Guido, ni Andrade, ni Encina, ni Gutiérrez.

Dame nature tiene, según yo, la cara vieja y arrugada; la pampa me hace el efecto de ser el pedazo de tierra más bestialmente monótono que haya inventado Dios; aborrezco el olor de todas las flores, yerbas y vegetales sin excepción; la intemperie me quema en verano y me hiela en invierno; las corrientes de aire me resfrían; el silbido de los pájaros es el ruido más *agaçant* que me haya roto el tímpano hasta la fecha, después del pito de los vigilantes; reputo los arroyos, accidentes del terreno, depósitos o corrientes de aguas más o menos turbias y fangosas y, por último, se me da tanto de la laguna, del juncal y del flamenco, pajarraco desai-

rado y con cara de zonzo si los hay, como del rey de Prusia.

Otro y muy otro era el espectáculo que me seducía.

El enemigo había avanzado su ejército de reserva con la intención de tomarme por asalto y formaba en línea de batalla sobre el asiento del vagon, la artillería gruesa: un matambre arrollado; la infantería una gallina salcochada; con más, sus correspondientes cuerpos de caballería ligera, con arreglo a lo que prescribe la ordenanza: dulces y golosinas salidos de los arsenales culinarios de su previsora y excelente esposa.

—¿Gusta Vd. acompañarme, caballero?—dijo, y notándome, sin duda, con cara de hombre dispuesto a capitular: en la estación no puede uno almorzar, agregó, los *nápoles* de la fonda (para el sujeto éste, todos los italianos son napolitanos), cocinan muy mal; a mí me embromaron una vez, pero juré que no me habían de pescar dos, y, como viajo mucho por mis antiguos pagos, traigo siempre, a prevención, algo con que entretener el diente.

—Qué bien hace Vd., señor; es un sabio—exclamé con exquisita urbanidad y en tono muy diferente del que había gastado hasta entonces.

Lo que es yo, no he podido probar bocado; todo lo que me han servido era detestable.

—No ande con cumplimientos, entonces; acérquese y me ayudará a hacer penitencia.

Aunque poca cosa, lo que le puedo ofrecer es aseado y hecho en mi casa por mi señora. Quién sabe si será de su gusto... agregó, mojándome la oreja con una compadrada.

—Acepto de mil amores su amable ofrecimiento. Y adiós con los diablos!

Me entregué a discreción, atado de pies y manos.

Algo como la vergüenza de una mala acción, vino a turbar, sin embargo, el reposo de mi conciencia, después de pronunciadas las últimas palabras.

Me sentía humillado por la derrota que mi amor propio acababa de sufrir, abochornado de mí mismo, casi arrepentido de mi papel de *hote obligé*.

Era el último grito del orgullo expirante combatido por las flaquezas de la carne.

Pequé, pero, qué quieren Vds.!

El hombre es como la mujer: "resiste la primera vez porque es fuerte y sucumbe la segunda porque es débil".

Todos en la vida tenemos nuestro cuarto de hora de Rabelais y el mío acababa de sonar: me sitiaron por hambre y me rendí!

¿No hizo algo peor Esaú vendiendo miserablemente su derecho de mayorazgo y no es Esaú todo un personaje y no figura en la historia?

Qué mucho entonces que yo que no paso de ser un poble diablo y que maldito si se ve mi nombre ni en las comisiones de los conciertos de aficionados, vendiera un poco de vanidad y de amor propio por cosas infinitamente más sólidas que un plato de lentejas!

Decididamente, me dije, "*l'idea é bella, e il peccato* se halla lejos de ser *grosso*".

Puedo comer tranquilo sin que insecto alguno turbe mi digestión, ni me roa absolutamente nada.

¿Por qué, muerto Juan María Gutiérrez, Pedro Goyena es el *causer* más agradable de su país?

Voy a revelar a Vds. el secreto.

En cualquiera parte donde Goyena esté, hace lo que la temperatura: se equilibra según el grado de calor intelectual que encuentra, estudia a su público, lo cala, le toma el peso, busca la dominante y afina su órgano al diapasón común.

De ahí que no desentone jamás y que dado su talento que seduce a los hombres como los diamantes a las mujeres, por el brillo, fuera de cuyo requisito el procedimiento no pasaría de un grosero *truc* de bastidores, su voz cautive como la de la sirena, sin encerrar, bien entendido, otro peligro que el de quedarse uno boquiabierto al escucharlo, ni caer en otro abismo que el del olvido de su tiempo, sacando el reloj a las cuatro, en la creencia de que son las dos y habiendo tenido que apestillar a un deudor recalcitrante a las tres.

Conversa del pasaje de Venus entre sabios o del Apolo del Belvedere y la Virgen de la Silla entre artistas, tan a sus anchas como habla de la cosa pública en los círculos políticos, de compras y ventas entre comerciantes, o de vacas y ovejas entre estancieros.

Juega con el tópico como Robert Houdin con los cubiletes. Tiene al auditorio pendiente de sus labios. Divierte siempre como nadie y, Dios me perdone el mal juicio! sospecho que hasta llega a divertirse él mismo platicando sabrosamente de modas con un *dandy*.

Todos Vds. lo conocen, sin embargo, y al verlo cruzar una boca-calle con su infaltable levita de profesor de *quatriéme* y el sombrero descansando patriarcalmente sobre las orejas, pueden tomarle los

puntos y hacerse cargo de hasta dónde le importará a Goyena un *jaquette* salido de las manos de Frank, o un pantalón cortado por Alfred.

Elegir bien es inventar, dicen, en tono de aforismo, los que me hacen acordar a las fuentes de la plaza de la Victoria, que, si dan agua, es porque las bombas de la Recoleta se la alcanzan y, como yo, por mi parte, pertenezco al número de los *fruits-secs*, claro está que no puedo tener mínimo inconveniente en aceptar la cosa. Al contrario, ¿cuál de Vds. no aprovecharía la bolada de sacar patente de inventor a tan vil precio?

Inventé, pues, la cábula de Goyena, y emperrado al principio como borracho que enderezan a la comisaría, acabé por tomar el trote y tirar tan parejo con el otro, que no parecía sino que nos habíamos criado juntos.

Hablé guazo durante dos horas, esto es, hasta Chascomús, donde nos separamos con mi compañero asegurándonos mútuamente que habíamos tenido mucho gusto en conocernos, dándonos las señas de nuestras casas, protestando que queríamos ser amigos y deseándonos feliz viaje.

Una vez solo, ni a Vds. ni a nadie le importa mayormente saber que no me sucedió nada y que llegué bueno y sano hasta los brazos de Juan, abiertos de par en par para recibirme, según lo convenido.

VIII

SOBRE una cama, un hombre acostado: yo; al frente, otro amacándose en un sillón: Juan.

—Eres quinientas veces peor que Santo Tomás, me decía; él necesitó ver para creer, pero creyó al fin, mientras que tú estás viendo, oyendo, palpando, la evidencia se te cuela como Pedro por su casa y nada, tieso que tieso, no das tu brazo a torcer!

—¿Volvemos a las andadas?

Tieso o blando, si no doy mi brazo a torcer, como dices, es sólo de cuenta mía; guardo mis convenientes reservas; los otros pueden hacer de su capa un sayo, pero ¡canejo! me parece que, por lo que a mí se refiere, tengo a lo menos derecho a ser la excepción de una regla.

No me caso porque estoy perfectamente convencido de que no hay mujer alguna capaz de hacerme feliz, siendo yo mismo incapaz de hacer feliz a bicho alguno viviente en forma de mujer.

El matrimonio, amigo Juan, como todo en la vida, tiene su tiempo.

El hombre debe casarse cuando aún conserva en el alma un hueco virgen, un resago de ilusiones que le muestren el mundo tal cual puede no ser.

La corriente no lo ha empujado aún en una di-

rección dada; pronto a zarpar en cualquier rumbo, con la caña del timón en la mano, es un barco que se fleta; cree en la mujer como el marino joven en la mar y, detrás de la fe que le ciega, le espera acaso la felicidad: ojos que no ven, corazón no siente y los ojos de los ilusos no ven, sobre todo cuando son ojos de marido.

Pero si ha llegado solo esa etapa de su viaje que se llama los cuarenta años, y bajo pena de ser un zampa-tortas, sabe lo que sabe, entonces no le queda otra remedio que seguir de vacío.

Virar de bordo en busca de carga y de carga tan pesada como la mujer, con buque viejo, es presentar el bordo a la marejada, exponerse a naufragar miserablemente o, por lo menos, a tener que echar la carga al mar. De vacío se cala menos, no se mete en honduras y fácilmente pasa por sobre los escollos de la vida.

Convéncete: la "segunda barbaridad del hombre" no es cuestión de razón sino de sentimientos, y eso, de los sentimientos torcidos y violentados por la organización estúpida de la sociedad.

Si me discutes el matrimonio con todas sus *arretrancas,* te lo rechazo por absurdo.

Pregúntaselo sino a las tendencias de la bestia que habla en ti y sobre todo en la mujer, verdadero camaleón doméstico, y díme si hay sentido común en pretender sujetarla a que sacie sus instintos siempre en el mismo plato, a que acerque siquiera sus labios hoy a la misma copa en que ayer bebía con avidez.

Pero ya que la violencia existe y el atentado se comete contra el texto expreso y terminante de la ley natural, consulta, por lo menos, a tu paladar,

mientras no esté gastado por el uso o estragado por el abuso; así será más fácil que lo eduques a saborear perdiz todos los días; matrimonia a tu corazón, no a tu cabeza.

Los negocios bautizados con el nombre de casamientos de razón, esos que suscriben los cuarentones cuyo corazón, como los canarios viejos, hace fecha que no trina y, si aun abre la boca, es para hablar en ridículo, como quien dice, para bailar de coleta un minué federal en un cuadro de lanceros, son disparates mayúsculos que cuestan caro, especulaciones en que el zonzo que se mete a diablo, jugando la paz de sus últimos años en plaza tan tirante, pierde, con el modo de andar, hasta las ganas de vivir.

¿No te basta con lo dicho? Otra te pego:

Dónde me dejas la fuerza de la costumbre, esa moral del pueblo, según Juan Jacobo, esa moral del viejo según yo, que golpea primero tímidamente a tu puerta, se cuela poco a poco en tu interior, toma posesión de tu casa, concluye por declararse dueña de ella y, si te pesca solo, se apodera de ti, te atrapa, te monopoliza, te absorbe, modifica tu carácter y transforma tus humores, hasta que el día menos pensado te encuentras convertido, por obra y gracia de la referida señora, en una especie de puerco espín.

Aquí me tienes, sino.

Hay ratos en que estoy dado a los diablos; todo me carga y me revienta.

¿Los amigos?

Quisiera verlos a mil leguas de distancia.

¿Las amigas?

Media docena de contemporáneas, viejas cotorronas, cuyo aspecto me encocora de tal modo que, por no verlas ni pintadas, agarro sus retratos, los doy vuelta, les aplico un puñetazo como para que no se muevan y los dejo así semanas enteras con la cara pegada contra la pared.

Los sobrinos, una monada de muchachos.

Me hacen el efecto de otros tantos *cocós;* no los sufro ni un minuto.

Por supuesto, de Taniete no hay que hablar; me parece más cuadrúpedamente bestia que nunca, si es posible, y lo que es él, ya sabe cómo se aguanta un chubasco: cierra la puerta de calle, se sienta pacíficamente detrás de ella sobre una silla coja, por más señas, y bien pueden echar la puerta abajo ¡no abre ni a Dios!

¿Lo creerás? Cuando anda la pajarera alborotada es este uno de mis pasatiempos predilectos. El que llega, sea quien fuere, de golpear una, dos, tres y cuatro veces y yo, como sé que no me ha de venir a dar sino a pedir, de exclamar, otras tantas, bañándome en agua de rosas y paseándome en mi escritorio.

Sacúdele hasta mañana si te empeñas; jeróbate y pierde tu tiempo y tu paciencia!

Es un gusto como cualquier otro. ¿Napoleón no tenía el de pintar zonceras sobre los papeles que le caían bajo la mano?

A mí me da por divertirme que el prójimo se rompa los hocicos contra el llamador de mi casa.

Ahora bien, querido Juan: ¿cómo te imaginas que un individuo que no puede aguantarse ni a él mismo, pueda soportar a dos?

¡Bonito andaría yo con la cruz a cuestas!

Introducir en mi domicilio a un ente extraño, a una Juana de los Palotes que compartiera mis cosas, mi mesa, mi baño y, lo que es mucho más serio, mi cama, donde fuerte con su título de legítima, pretendería tener derecho a acostarse de día y de noche, sin que por mi parte pudiera reservarme el recurso de ponerla de patitas en el suelo a la hora que se me antojase y no me cuadrada el contacto.

Y todo esto, fuera de la dedicación de mi tiempo, del cariño y consideraciones del caso, de los miramientos que le debiera, del sacrificio de mi independencia, de la humillante esclavitud moral y física, en una palabra, a que habría yo de condenarme voluntariamente y porque sí, en obsequio a una necesidad que no siento, a una mujer que no quiero y a un género de vida cuya sola amenaza me hace doblar las piernas?...

¡No, mil veces no!

Cada loco con su tema; tú tienes el tuyo, te has casado y has hecho muy bien; yo tengo el mío, no me caso y hago perfectamente...

—¿Cuándo llegaste? Ayer, ¿no es verdad? — me interrumpió Juan, poniéndose de pie. Parece que veinticuatro horas de sermón predicado con el más puro de los ejemplos no han bastado, sin embargo, a convertirte.

Voy hasta darte los ocho días que permanezcas con nosotros, y si no sales de aquí derecho a buscar mujer, te declaro solemnemente el más acabado de los mandrias que existen bajo la bóveda celeste.

Es esta mi única contestación a tu tirada filosófico-social.

¡Levántate haragán! — agregó; — tienes una hora para bañarte; son las cuatro y comemos a las cinco.

Con lo que cayó el telón y mi amigo Juan me dejó solo en la escena para meterse en el camarín de su mujer.

IX

FUERA las hipérboles, metáforas y figurones. Nada de ébanos, alabastros, perlas, corales, sílfides, soles y demás pavadas que todo el que empuña una pluma, en prosa o en verso, se cree con derecho a arrastrar de los cabellos en obsequio a las heroínas de sus enjendros espirituales.

No hay mujer que sea sujeta de mostrar un pelo como ébano, un cutis como alabastro, unos dientes como perlas, unos labios como corales, un cuerpo como sílfide, ni unos ojos como sol; cuando mucho, se podría decir de los más lustrosos que alumbran como una vela de sebo y gracias...

La que más, la que menos, todas tienen sus cosas feas, a la vista o escondidas.

Pregúntenle, sino, a cualquier pintor si alguna vez le ha tocado la bolada de un modelo a *poser pour tout,* y se reirá de ustedes.

Una lo hace por el brazo, otra por el pie, ésta por la cabeza, aquélla por el torso; pero la que luce el palmito, gasta calzones para que no le vean las piernas, y la que, sin querer adrede, como dicen, se levanta el vestido al subir una vereda, esa va jugando a la gata parida con su corsé.

Exigir de las hijas de Eva cosas del otro mundo, en punto a estética, es pedir castañas al roble,

Contentémosnos, pues, con la bellota que Dios nos dió por compañera; seamos prácticos; al pan, pan, y al vino, vino, según lo reza el diccionario.

Pelo castaño-oscuro, pues; tez morena; ojos negros, vivos y expresivos, adornados de pestañas largas y arqueadas, de esas que uno admira sobre todo vistas de perfil; nariz ñata e insolentemente respingada: boca fresca y lasciva, sobre cuyos labios rojos corría un bozo de *prima donna* contralto y que no perdía ocasión de mostrar dos filas de lindísimos dientes; talle flexible, de contornos llenos y elegantes; mano fea, como la de casi todas nuestras mujeres; pie chico y, según pude observar al verla bajar del caballo una mañana, pantorrilla satisfactoria.

Era, en una palabra, la mujer de mi amigo Juan lo que se llama una criolla apetitosa.

Inteligencia despierta y sutil, educación mediana. instrucción nula.

En cuanto a su faz moral, ofrezco a ustedes el siguiente par de escenas de las que son muy dueños de sacar, como hice yo, la consecuencia que se les antoje.

X

JUAN. — ¡Una y mil veces malditos los negocios!

¡Quién pudiera nutrirse de ambrosía como los habitantes del Olimpo!

Ved aquí a un hombre joven, sano, alegre, dispuesto, que no ambocionaría otra cosa, sino que lo dejaran vivir eternamente mano a mano con su mujercita a quien adora, siendo a su vez adorado por ella... (le da un beso).

María. — Juan, por Dios, qué dirá este caballero! (poniéndose colorada hasta la punta de la nariz con incomparable modestia).

Juan. — (Sin hacer alto en la cosa.) Y sin embargo, no hay remedio; tengo que volver, mal que me pese, a respirar la atmósfera viciada de los mortales, a mezclarme y tomar parte en sus miserias, a encorvar las espaldas para llevar, yo también, mi contingente de carga en el hormiguero humano...

¡Quince días más y quedará cerrado el paréntesis de dos meses de suprema felicidad!

Yo. — ¿Quién te impide mantenerlo abierto un año, dos o tres si se te antoja? ¿No eres rico? ¿De dónde, pues, esa necesidad imperiosa de trabajo?

Juan. — (Paseándose con aire de afectada im-

portancia). ¿De dónde? ¡Eso es lo que tú ignoras, alma de Dios!

Escucha y lo sabrás: de los altos y trascendentales deberes que sobre mí pesan y que me impone mi carácter de hombre serio.

Has de saber profano que... ¿se lo digo? ¿Te descubro? ¿Me das permiso, sí o no? (mirando a su mujer la que, sin contestar palabra, se levanta y sale como una flecha).

Juan. — María, María, oye, mi hijita...

María. — (Desde la pieza contigua). — No, no, no quiero, eres capaz de hacerme morir de vergüenza!...

Yo. — (Dejándome seducir por el encanto que ejerce siempre el grito del pudor). Pero, hombre, mira que eres torpe! permíteme que te lo diga. ¿Por qué diablos te gozas en hacerla ruborizar así?

Juan. — He hecho mal, es cierto; pero ¿cómo resistir al placer de darte la fausta nueva?

Mi mujer, amigo mío, está en cinta; ciertos indicios que no marran me lo han revelado anoche de modo a no dejarme duda alguna; voy a ser padre y padre de un hijo de mi María...

¿Te haces cargo de lo que esto significa? ¿Comprendes toda la inmensidad de mi dicha? ¡No, qué has de comprender tú, viejo egoísta, alma seca, naturaleza gastada!

Si fueras capaz de abrir el corazón a más puros sentimientos, sabrías que lo que a mí me sucede, es como para que me vuelva loco de contento (saltando como un muchacho, se lanza sobre mí, me da un abrazo y se apodera de mis manos que aprieta convulsivamente).

Yo. — (Medio blando y enternecido a pesar mío).

¡Sí, sí, hombre! Comprendo todo lo que se te antoje, pero basta; suelta que me haces daño; déjame y ve a enmendar la falta que has cometido; pide perdón a tu mujer, la pobre bien lo merece (se va).

Yo. — (Solo). No se puede negar que estos demonios de mujeres tienen ciertas cosas que engañan, aunque ellas mismas no quieran engañar...

Trampas de enredar maridos, pegapega untada por la naturaleza para cazar chingolos con barba, pero donde no cae, ni a garrote, el cauteloso y desconfiado lechuzón: hace bien; prefiere su cueva húmeda ,desnuda y sombría, pero libre, al honor de que se lo almuercen en algún fondín genovés adornando una fuente de la clásica *polenta con augelli*...

C'est égal, repetí maquinalmente después de un momento de reflexión en que pensamientos encontrados absorbieron mi mente, estos demonios de mujeres tienen ciertas cosas que engañan...

Juan. — (Entrando del brazo con su mujer). Henos aquí de nuevo en tu presencia.

Después de haber el reo humillado la cerviz, implorando de hinojos la clemencia real, su majestad María primera, reina del corazón de don Juan, ha venido en otorgarle su gracia soberana.

El tratado de sometimiento queda firmado y sellado; el monstruo de la rebelión no intentará levantar de nuevo la cabeza!

Yo. — ¡No se hable más de la querella y haya paz entre los príncipes cristianos!...

Bromas a un lado y volviendo a tus asuntos, sin que me tachen ustedes de entrometido (a Juan), dime, ¿por qué diablos regresan tan pronto?

Yo, en tu lugar, arreglaría mis asuntos de mane-

ra que no exigieran mi presencia en Buenos Aires, por lo menos, hasta más tarde.

Eres feliz; goza entonces de tu felicidad y venga el diluvio y arda Troya después!

¡Son tan contadas las horas de la vida en que no nos vemos condenados a sufrir!

María. — ¿Y no podrías encargar de tus negocios a tu amigo? El señor es tan bueno, que estoy segura te prestaría gustoso ese servicio.

Yo. — Con toda el alma.

Si en algo puedo serte útil (a Juan), no tienes más que mandar.

Juan. — Bien lo sé y te lo agradezco íntimamente, pero es imposible; son negocios personales y a plazo fijo que no pueden terminarse sin que intervenga yo mismo; debo encontrarme en Buenos Aires justamente dentro de quince días.

María. — (Suspirando). ¡Cómo ha de ser! No tengo más remedio que conformarme, entonces.

Juan. — ¡Qué! ¿De veras, mi hija? ¿Te causa tanta tristeza dejar la estancia?

María. — Mucha, sí. Lo paso aquí tan contenta, tan feliz, que, si por mí fuera, viviría en el campo todo el año.

Juan. — ¿Sola o acompañada?

María. — (Con encantadora *calinerie*). Eso no se pregunta, señor marido; no sea ingrato; bien sabe usted que con usted y con nadie más que con usted.

Yo. — Y si a su marido, señora, no le gustara alejarse cuatro cuadras de la plaza de la Victoria?

María. — Viviría muy dichosa dentro de esas cuatro cuadras, señor; la voluntad de mi marido será siempre sagrada para mí.

Juan. — ¡Ya lo ves! (dirigiéndose a mí con aire de triunfador), y no se te hace agua la boca y no te retuerces y no revientas de envidia!

Compara tu vida con la mía; el lleno de mis aspiraciones con el espantoso vacío que te rodea vizcaino! Compara y cede al fin; aun estás a tiempo, busca y encontrarás, no una *ricura* como esta (agarra la cara de su mujer y ella le quita la mano), te lo declaro sin vanidad y sin modestia, eso no, ni aunque la busques con linterna; pero sí, una criatura bastante buena para resignarse a emprender tu conversión, lo que convendrás que no es poco, entre nos que te conocemos; una mujer que te fije un rumbo en la vida, que fecunde tu existencia, que te dé una misión que llenar sobre la tierra...

Yo. — (Interrumpiéndolo). Como quien dice, una mujer que *me haga colita,* ¿no es así?

Juan. — Precisamente, para que avances por la senda del bien, única capaz de labrar la felicidad del hombre sobre la tierra.

Yo. — No veo para ello sino un pequeño inconveniente.

Juan. — ¿Cual?

Yo. — Que no tengo cola ni he nacido carnero.

Juan. — (Con vehemencia y medio chocado de que lo estuviera meciendo). Pero te has convertido en algo peor.

Niño aún, empezaste por agarrar un mal camino. Te diste prisa en vivir y abordaste la vida justamente por donde el hastío y el descreimiento se apoderan más pronto del corazón, lo secan y lo corrompen: el lado mundano.

A la edad en que los otros empiezan apenas a

ser hombres tú habías llegado a viejo, si no en años, en ideas y como las tuyas no eran el fruto de la experiencia que alecciona y que sólo se alcanza con el transcurso del tiempo, sino la consecuencia de la detestable escuela moral en que te habías educado y cuya funesta influencia no has sido hombre capaz de sacudir, no te queda ni siquiera el triste *partage* de la vejez: ver claro en las cosas de la vida.

Eres un viejo decrépito y ciego por aditamento.

Lo que crees distinguir en tu alrededor son alucinaciones de tu espíritu, fantasmas de tu mente enferma, reminiscencias de las monstruosas imágenes que un tiempo hicieron tu retina y que han quedado grabadas en ella con toda su obscena fealdad.

De ahí tus desconfianzas y tus dudas, de ahí tus cavilaciones, tu egoísmo, tu *spleen* que raya en monomanía, la falta de fe en tus semejantes, el desesperante aislamiento en que vives encerrado, de ahí, en una palabra, tu absoluto pesimismo, cuya primera víctima eres tú.

Pero si crees que he de tolerar que te mueras así, como un perro, sin un alma cristiana que te alcance un vaso de agua, entregado a las manos mercenarias e imbéciles de un Taniete, te has engañado medio a medio; soy tu amigo y me he propuesto salvarte a pesar tuyo.

El único remedio al mal que te consume y te mata es casarte y tanto he de hacer, tanto te he de predicar, aunque protestes cien veces que predicarte a ti es machacar en hierro frío, que al fin me he de salir con la mía.

Yuyo estéril, he de arrancarte de raíz de la *tapera*

en que vejetas, como la ortiga, pinchando y haciendo arder la epidermis a todo el que se te acerca.

He de sacarte al fin de la categoría de cosa en que te pudres miserablemente sin servir ni para Dios, ni para el diablo y he de hacer de ti un hombre útil a ti mismo y a la sociedad en que existes.

¡Vive Dios! he de darte una mujer, mal que te pese, y no he de parar, tenlo entendido de una vez, mientras no te vea rodeado de una docena de muchachos.

Yo. — En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

XI

De todos los heroísmos habidos y por haber: hacerse uno romper las costillas (vulgo); dejarse abofetear un carrillo después del otro (el Evangelio y Voltaire); sacudirle a la moral (Montesquieu); ser más guapo contra uno mismo que contra el prójimo (no sé quién), etc., opino que el más tratable, el más buen muchacho, aquel con el cual puede uno entenderse más fácilmente, es el que consiste en confesar la propia cobardía.

A ese precio, el último de los mandrias tiene la estofa de un héroe. Con abrir la boca y decir: Soy un collon, está del otro lado y lo pruebo.

Sí, señores; después de la escena a que acababan ustedes de asistir y a la hora de las consultas con la almohada, sentí que mis fuerzas desmayaban, que flaqueaban mis convicciones.

Juan y su mujer acababan de abrir una ancha brecha en el bastion de mis principios que, como un castillo de naipes, estuvo a punto de venirse al suelo, amenazando aplastar bajo sus ruinas el credo de toda mi vida.

Si será verdad, exclamaba, si habré vivido obcecado!

El pudor, la inocencia, el amor, todo ese brillante *apanage,* se encontraría en este mundo y sería,

acaso, patrimonio de la mujer, mitad de nosotros mismos, confidente de nuestros goces, paño de nuestras lágrimas, último más allá de nuestras aspiraciones en la tierra!

¡Oh! Si así fuera, comprendo la ambición, la riqueza, los honores, el poder, la gloria y, una vez conquistados, comprendo que se arrojen a los pies de la criatura adorada, esposa o querida!

Luego, mi imaginación calenturienta acariciaba el ideal de oro y lo convertía en verdad.

Perdido en la muchedumbre, pobre, miserable, pigmeo, pero fuerte en la fe que inspira, con la voluntad inquebrantable de llegar, emprendida la escabrosa senda.

Daba un paso, vacilaba y caía, con una herida en el alma, con una esperanza menos, con un incentivo más.

Removía con mano paciente y resignada, una a una, las piedras que la maldad de los hombres acumula en mi camino y cuando en la ruda tarea, mis fuerzas extenuadas me rehusaban su apoyo para mantenerme en pie, caía de nuevo, pero enardecido más, con la vista fija hacia adelante, me arrastraba entonces por el suelo, clavando en él mis uñas ensangrentadas y dejando en pos de mí pedazos desgarrados de mí mismo.

Luchaba desesperadamente, pero luchaba sin tregua, como lucha el torrente con los escollos que se oponen a la violencia de su curso, como lucha el prisionero con las barras del calabozo que encierra su libertad.

El torrente se desborda por el ímpetu de sus aguas,

el prisionero se evade por la fuerza de su astucia, ¿por qué yo también, por el solo vigor de mi aliento, no había de alcanzar a tocar a las alturas?

¿Necesita acaso el cóndor otro impulso que sus alas para cernirse en las nevadas zonas?

Fué una cruzada angustiosa, una cruzada de amarguras y de dolores sin cuento, que la pluma no traduce, que la mente no comprende, que sufre sólo el insensato que pasa su vida soñando con el fantasma de la inmortalidad.

Mi planta altanera llegó, por fin, a oprimir la anhelada cumbre, el triunfo coronaba mi gigantesco esfuerzo, contemplé el mundo a mis pies.

Los mismos que, grandes cuando pequeño, me habían lastimado con sus odios, agobiado con su desprecio, humillado con sus lástimas, se me postraban ahora, pequeños y ruines a su turno.

Era poderoso, libre, soberano, soberano y esclavo a la vez, pero esclavo de la mujer amada por la que había luchado y vencido y a la que brindaba mis glorias en pago de su amor.

La folle du logis no paró en toda la noche de *battre la campagne*...

Los primeros rayos de la luz de la mañana, acompañados del balido de la majada tipo, espléndida cruza de Negrette y Rambouillet, que buenos pesos había costado a mi amigo Juan, entre paréntesis, llegaron, por fin, a sofrenarla en su carrera descabellada, llamándola groseramente al manicomio de la realidad.

¿Qué quedaba, ¡ay! de mí de tan encantadora visión?

Lo que queda de todas las farsas humanas, rea-

les o imaginarias: nada, o, a lo menos, casi nada; en este caso, el derecho de poder decir a ustedes: fuí un cobarde, lo confieso y, por consiguiente, soy un héroe.

Juzguen, sino.

XII

DARIA. — (En *tete à tete* conmigo, mientras Juan, que la tira de hombre de campo, se encuentra presidiendo la carneada). Feliz usted, señor, que se vuelve mañana a Buenos Aires!

Yo. — ¿Feliz? Según, señora; no y sí; no, porque me duele abandonar la amable sociedad de usted y la de Juan, a quien usted sabe que quiero mucho; sí, porque no tengo, de veras, una marcada predilección por la vida campestre.

Cuestión de gustos; no todos piensan como yo.

Usted mismo el otro día, si mal no recuerdo, deploraba no vivir todo el año en los *Tres Médanos,* y me figuro que no ha de haber cambiado en tan corto tiempo.

María. — Seguramente que no; lo que dije antes, lo repito ahora; me encuentro perfectamente en la estancia; pero eso no importa que deteste la vida de la ciudad, sobre todo, cuando ya hace más de dos meses que vivo separada de mamá y de mis hermanitas, a las que tantos deseos tengo de ver y de abrazar.

Yo. — (Para mí, con el aire de un hombre a quien acaban de codear). ¡Hum!... (para ella). Pero, ¿por qué no se lo dice usted a Juan?

Seguro estoy de que se apresuraría a complacer-

la. Podrían ustedes volverse mañana conmigo o, por lo menos, antes de la época fijada.

Me ofrezco desde luego como intermediario; si usted quiere yo mismo le hablaré.

María. — ¡No, no, Dios me libre! ¡Pobre Juan! Lo veo aquí tan alegre, tan contento, que por nada de este mundo desearía contrariarlo.

Yo. — Noto, señora, que no es usted tan afecta a los goces pastoriles como me lo habían dejado comprender sus palabras del otro día y que, más bien es por Juan que por usted, que se mostraba tan dispuesta a convertirse en estanciera *pour tout de bon.*

Esto no hace, por otra parte, sino abogar más y más en su favor (echándole un anzuelo); sacrificarse por su marido es de mujer fiel y cariñosa.

María. — Usted se confunde, señor; no hay tal sacrificio, ni merezco absolutamente sus elogios.

Por él y por mí también; pero todo es relativo.

Algunas veces los días me pareecn tan largos, especialmente cuando Juan está ocupado en dirigir los trabajos de la estancia y me deja sola, que, de veras, le aseguro que no sé qué hacer, ni cómo matar el tiempo.

En la ciudad sería otra cosa; saldría un momento a paseo, me distraería, iría a casa de mamá o a visitar alguna de mis amigas.

Yo. — (Renovándole la carnada). — Tiene usted perfecta razón, señora. A la larga, esto debe convertirse en un narcótico inaguantable, y, francamente, si le he de decir verdad, no me explicaba el deseo manifiesto por usted de soterrarse viva en esta tumba.

Resignarse a habitar en un desierto... Pase cuando no se tiene otra cosa, pero no cuando uno es dueño, como lo son ustedes, de una espléndida casa en Buenos Aires, con todo el lujo y el bienestar que ofrece la fortuna: carruajes, teatros, bailes y paseos.

Puedo estar equivocado, pero es así cómo he comprendido la vida en mis tiempos y es así cómo la entiendo para un hombre joven y rico como Juan y para una mujer joven, rica y linda como usted: apurar hasta las heces los placeres que brinda el mundo; tiempo hay después para sufrir y, sobre todo, después, Dios proveerá!

María. — (Haciéndosele cierta la cosa). ¡Ah, señor, qué lástima que se empeñe en quedarse soltero, siendo tan bueno! ¡Dichosa la mujer que tuviera un marido como usted!

. . . .

¿A mí con esas? *Je te connais beau masque.*

¡Pobrecita! Extrañas a tu mamá y a tus hermanitas, ¿eh? ¿Los días te parecen largos, no sabes qué hacer ni cómo matar el tiempo, te aburres con tu marido y le haces entender lo contrario, mientes, le engañas bellacamente y todo esto que tú misma desembuchas, amén de lo que te anda por dentro, te sucede dos meses después de casada y en plena luna de miel?

¿Con que lo del pudor y la vergüenza no había sido otra cosa que refinada coquetería; el candor, la ingenuidad de tu acento, fingimiento y dobleces femeninos; interés egoísta y mezquino el amor que jurastes en el altar: te has casado por casarte, por lo que hacen todas ustedes, por tener marido y

porque las llamen señoras; lo eres apenas desde ayer, y, la existencia tranquila del hogar te pesa ya sobre las espaldas como una barra de plomo?

Urraca encerrada en jaula de oro, sin darte cuenta tú misma de la indignidad de tus manejos, quiero hacerte el favor de suponerlo, espías inquieta y agitada el momento en que la mano incauta de tu marido te abra las puertas para volar a los tejados vecinos, llevando contigo su paz, su nombre, su honra que vas acaso a robarle traidoramente!

Imbécil yo que he estado a punto de comulgar con las aldabas de San Francisco, de caer en el garlito como el último de los cadetes! ¡Imbécil yo y pobre Juan!

Fueron estas las ideas que me asaltaron en el primer momento, hijas sin duda de mi maldito pesimismo que con tanta razón reprochábame Juan.

¡Eh! ¿Adónde vamos a parar?

No nos salgamos de la vaina. Pensé después; no se diría sino que se trata de Mesalina y de la Borgia, fundidas en una...

¿Qué ha dicho, ni qué ha hecho esta desgraciada, para que le caiga así?

¿Qué quiere ver a su madre y a sus hermanas después de un tiempo de ausencia?

¡Si eso es lo más natural del mundo!

¿Que se muere de aburrida cuando su marido la zampa sola en un caserón desierto y que no le pasaría otro tanto si viviera entre cristianos?

¡Pero cáscaras! Al mejor se la doy; tiene ochocientas veces razón!

Bueno, pero ¿por qué miente y finge entonces; por qué dice blanco en presencia del hombre, y ne-

gro cuando está sola conmigo?

Sobre todo, ¿por qué no baila de cabeza con lo que le da su marido, aunque sea pan y cebolla, siempre que se los coma con ella? ¿No es esa su obligación? ¿No debe ser esa su devoción para hacer las cosas como Dios manda?

Decididamente, mala tos le siento al gato; el negocio este anda turbio y mucho me temo que la cacareada felicidad de mi amigo Juan tenga, antes de poco, un olor a cadáver que apeste...

XIII

MUTATIS, *mutandi*, entre los meses de febrero y marzo, el público se ve condenado todos los años a leer esto en el estilo mandado guardar de nuestras gacetillas:

"*Espléndido.* — A juzgar por los grandiosos preparativos y por las ingentes sumas de dinero recolectadas ya, el carnaval próximo ha de estar indudablemente espléndido.

"Las calles de nuestra opulenta ciudad van a ser adornadas con gran boato; las recorrerán innumerables y lujosísimas comparsas y, para que nada falte en esos días de disipación y de locura, nuestros aristocráticos salones, el Club del Progreso y el del Plata, así como todos los teatros, sin excepción, abrirán sus puertas a las alegres y espirituales mascaritas.

"El carnaval de 18... va a hacer época. Prepararse, pues".

Para el que no estuviera en el secreto, no se diría sino que las mascaradas de los tiempos aquellos de Venecia, el suntuoso corso de Roma, los magníficos *Veglioni* de la Scala, o los bailes de la Opera en París, son pan de perro, al lado de las mil y una noches del carnaval porteño.

Pero, para el que ya le ha visto las patas a la sota, es otro cantar: ese sabe a qué atenerse.

Se larga por tres días a matar batitues o perdices, si es aficionado a la caza, se encierra en casa a leer, si es afecto a la lectura, o se resigna a divertirse, cuando no le queda otro remedio, mirando desfilar el corso por la calle de la Florida, metiéndose en uno de los escandalosos *batuques* del Teatro de la Opera, o asistiendo a un baile del Progreso, si pertenece al *high-life,* como han dado en decir ahora; *high-life,* aquí donde todos nos conocemos: *risum teneatis...*

¿A qué quedan reducidos, en efecto, tanta bulla y tanto alboroto?

Veamos.

El peluquero de la manzana, el confitero, con más el dueño de algún almacén o cuarto vacío, interesado en que se lo alquilen para el establecimiento de un comercio de pomitos, depositan unos pesos en manos de la comisión encargada del programa.

Con ellos se contratan al Mr .Picard de marras unas cuantas docenas de banderas desteñidas y se paga a la Compañía del Gas un negro con pito y todo por la iluminación *a giorno.*

Agréguese el valioso contingente de los balcones del Club del Progreso, siete faroles de procesión escapados del altar de Jesús Nazareno en San Francisco, otros diversos mamarrachos con que contribuyen, por su parte, algunos particulares y, sin más ni más, tendrán ustedes representado el decantado boato de la ornamentación.

Ce n'est pas plus malin que ça.

Convenientemente preparado el local, dan las cinco de la tarde, la hora solemne del desfile que se inicia con la marcha triunfal de las comparsas, una *Stella* de cualquiera parte, los *Enfants de n'importe*

qui, los *Negros Zambos* o *Chuecos,* suma total, un montón de bodoques vestidos de mojiganga y transformados en bandas *soi disant* musicales, bandas de asesinos, como las llama Bassi, que lo menos que merecen por el atentado que cometen, es que las desbanden instantáneamente y las enderecen por cinco años a la frontera en un batallón de línea.

Los mononos de los negritos, sobre todo, esos son los que me hacen completamente feliz.

No puedo mirarlos con sus caritas tiznadas, sus casaquitas celestes, sus calzoncitos blancos, sus botitas de charol, sus latiguitos, tamboritos, matraquitas y campanillitas, sin que se me caiga la baba de gusto al pensar que tanta gracia y tanta sal se cría en mi tierra.

¡Angelitos!

Vienen, en seguida, alternando con tal o cual *bachicha* disfrazado de turco o de marqués y con una cola interminable de volantas de plaza pobladas por un *high-life* de a cuatro por un peso, las comparsas de niñas, las "Hijas de mi abuela" o de la de ustedes cargadas en carros de mudanza tirados por *mancarrones* y forrados de *yuyos* y de tiras de coco para mayor esplendor de la fiesta.

Los músicos le rascan a uno el estómago, las mascaritas le jeringan el tímpano a punta de gritos y chillidos, ni más ni menos, que si pasara por junto a una jaula de cotorras, mientras que los zánganos se pavonean sin que les quepa un aguja y se dejan intrigar muy satisfechos con un:

—Adiós, che, ¿cómo estás, cómo te va, cuándo te casas, pícaro, picaflor?

Armados de sus correspondientes pomitos, el adminículo más cargante, el juego más estúpido y más grosero que haya cabido jamás en caletre humano, unos van, otros vienen, dan vueltas a lo zonzo, de la plaza de Lorea al Retiro, del Retiro a la plaza de Lorea, la función dura cinco horas y, a las diez de la noche, cada cual agarra por su lado, mojado hasta los tuétanos y como molido a palos, pero diciendo que el corso ha estado soberbio, que se ha divertido bestialmente y prometiéndose, por supuesto, comenzar de nuevo la chacota al día siguiente.

En cuanto a los bailes de máscaras, no se puede pedir más.

Ruego a ustedes se sirvan disculparme si callo, desde luego, lo que sucede en los teatros, Skating, Cancha de Pelota y demás casas de tolerancia abiertas al público.

Existen para ello razones de decoro y de decencia que pretendo no dejar en el tintero, a pesar de las *allures* familiares y muchas veces hasta brutales de mi pluma.

Doblemos la hoja.

XIV

A las dos de la mañana, el *high-life* se manda mudar a su casa en todas partes donde se cuecen habas; pero, según parece, para nuestro *high-life* es de *high-life* hacer las cosas al revés del *high-life*.

El *high-life*, entre nosotros no asoma las narices a los bailes sino a las dos de la mañana.

Aguardemos, pues, a que suene la hora de rigor, vamos al Club del Progreso y veamos lo que allí pasa.

Muchas mujeres, muchos hombres; ellas disfrazadas y, por lo común, disfrazadas de *caches,* sin gusto, sin elegancia ni riqueza; trapos viejos de que echan mano para la ocasión, o trapos nuevos de a cinco pesos la vara.

Ellos sin careta, pero disfrazados también, disfrazados de conquistadores.

J'en ai été et je m'y connais.

Viejo o joven, casado o soltero, lindo o feo, de cien, no hay uno que, contemplando su efigie delante del espejo, no exclame *ab imo pectore*:

"¡Quién sabe si de esta hecha no saco yo también el vientre de mal año!"

Y eso que es más fácil encontrarse uno un medio en la puerta de una escuela, como dicen, que sacar el vientre de mal año en un baile de máscaras.

¡En la perra vida!

¿Gracia, espíritu, travesura, chispa?

Que me las claven en la frente: ni mucha, ni poca.

Demos de barato, echando a un lado la lista de sandeces con que debuta una máscara al acercarse a usted; aquello de: "*¿Me conocés* che? ¿Cómo está tu mama? ¿Dónde has dejado a tu mujer? ¡Sinvergüenza, cascote!", etc., etc.

Basta con recordar aquí lo que he visto reproducirse más de una vez en el Club.

Por las inmediaciones de la orquesta (y cuidado que es este el punto más estratégico, el lugar donde más abunda la pesca en aquel charco humano), pasan su noche en blanco, a plancha corrida, sin una dejada de la mano de Dios que les diga ni tampoco: por ahí se pudran! carilargos y a trueque de desarticularse los carrillos, Miguel Cané, Lucio V. López, Manuel Láinez, Roque Sáenz Peña y otros más de la cosecha, mientras cuanto tilingo, cuanto badulaque pulula en los salones, se ve buscado como a pleito, perseguido y acosado por las dichosas mascaritas, como un terrón de azúcar por un puñado de moscas.

Dime con quién andas... El hecho no necesita comentarios.

Si nos situáramos junto a la puerta de comunicación entre los salones de baile y nos tomáramos la molestia de echar los ojos, encontraríamos, a rodo, objetos curiosísimos de estudio. Pero para esto se necesitan dos cosas: tiempo, que tengo, y paciencia, que no tengo.

¿Cómo resistir, sin embargo, a la tentación de despuntar el vicio levantando un pedazo de la cami-

sa a un par de pares de tipos, entre los más campanudos de los socios del Club?

Díganlo, sino, en presencia de ese qué, si no fuera uno de los hombres de más talento, sería el más insoportable fatuo de los hijos de esta tierra.

Sin una arruga ni una mancha en la ropa irreprochablemente ajustada a las formas de su cuerpo, perfectamente calzado de cabeza, pies y manos, gasta mucho más de lo que se necesita para ser lo que se llama un hombre bien vestido y, sin embargo, no lo es; absolutamente no.

Le falta para ello lo que no se compra ni al sombrerero, ni al zapatero; eso que los franceses expresan con tres palabras que no tienen traducción: *comme il faut,* don supremo de la naturaleza que no se adquiere, sino se nace con él: aunque la mona, etc.

Mira usted el paletot, por ejemplo, de este caballero, en la vidriera del sastre y exclama:

—¡Lindo, bonito género, bien cortado!

Pero se lo ve después al cliente y el pantalón hace salir de quicio al paletot, que desdice, desentona, chilla y se transforma en vestimenta de tendero estacionado el domingo bajo el atrio de la Catedral, a la salida de misa de una.

Encarga el buen señor sus camisas a Longueville o a Charvet y le llegan, naturalmente, camisas como saben hacerlas Charvet o Longueville.

¿Piensan ustedes, por ventura, que le luce el gasto?

Piensan mal; no falta en una percha del armario alguna condenada corbata blanca con que se acicala su dueño a las tres de la tarde para ir a informar *in voce,* o un juego de botones de brillantes que

convierten la obra de Charvet en grosera confección de 2 fs. 95 c.

En suma, puede opinarse de él que es un señor prendido de siete alfileres; un hombre elegante, nunca.

He dicho que tiene inteligencia y lo repito, una inteligencia de las más nutridas, lo que no obsta a que haya hecho *long feu,* lo que, traducido en romance, tanto quiere decir como que se le ha salido el tiro por la culata.

Mareado por sus triunfos escolásticos, festejado, mimado, endiosado cuando estudiantito, primero, cuando abogadito, después creyó que la República era la Universidad o el Foro; el campo se le hizo orégano y, sin tantear previamente la resistencia de sus corvas, quiso, de un salto, atrapar la luna con los dientes.

Le sucedió, naturalmente, lo que debía de sucederle: se vino abajo de cabeza, sacudiéndose un porrazo tan feroz, que ha quedado, el infeliz, inválido para toda la siega.

Es que, para ser buen abogado, mi querido doctor, basta saber derecho y tener honradez, cualidades que me complazco en reconocer a usted, mientras que para ser hombre público, esa es harina de otro costal; se requiere fatalmente lo que tenía Adolfo Alsina, lo que tiene Aristóbulo del Valle: cabeza, corazón y calzones.

Usted no ha hecho carrera en política porque le faltan los dos últimos atributos, amén de algo que se encuentra hasta en los brutos, de una cosa muy trivial, pero muy sustanciosa; la salsa con que se

condimentan estos platos: sentido práctico, de que utsed también carece de la manera más lastimosa.

Si así no fuera, no habría pretendido jamás y, mucho menos a deshoras, ser dandy y tenorio y gobernador y presidente, para lo que no le da el naipe, en vez de mozo serio y circunspecto, abogado distinguido o miembro conspicuo de la Suprema Corte, que es la meta de la que nunca debió usted haber apartado la vista, si hubiese comprendido sus intereses y héchose cargo de donde le apretaba el zapato.

Pastelero a tus pasteles.

Habría llegado usted a ser una de las primeras ilustraciones jurídicas de América, mientras que hoy por entrar con el paso cambiado, por haberse querido meter a bailar galop en el fandango de la vida, en vez de atenerse a la tranquila y reposada contradanza, baile mucho más en armonía con las condiciones pobres de sangre como la suya, se ha pelado usted la frente contra el mueble de la opinión pública y, como esos cohetes que, mal *indilgados,* se chingan contra el arco de la Recoba Vieja en un 25 de Mayo, no pasa usted también de ser un hombre completamente chingado.

Perdón y a otro.

Alto, de macizo cuello y constitución apoplética, se exhibe en los salones con un aire de quijotesca importancia que mueve a risa, uno de los miembros más sobresalinetes de la asociación.

Su andar, que por cierto no se ajusta al ritmo de la lira, a pesar de un saca-la-cadera *sui géneris,* de cierto movimiento cadencioso especial, me ha hecho acordar siempre el tranco de esos caballos chi-

lenos *bichocos,* a los que no les van quedando sino las posturas.

—¡Pero, señor! ¿Por qué caminará este hombre así? He solido decirme muchas veces, hasta que intrigado de veras, se lo pregunté un día a una de mis amigas, bachillera en chismografía.

—Usted que sabe tanto — le dije, — ¿a que no sabe por qué fulano camina como camina?

—¡Mire qué gracia! — se apresuró a contestarme. — ¿Por qué?

Porque fulano data de los tiempos de la bota de charol con caña de tafilete colorado, en que los mozos seducían a las *muchachas* por los pies; porque los pies de fulano han sido siempre muy grandes y muy feos, porque para rebajárselos y suprimirse los juanetes, cuentan las crónicas que se los fajaba primero y se los introducía despues en un par de botas tan apretadas, que no ha conseguido el desgraciado, hasta la fecha, curarse del regimiento de callos, uñeras y gavilanes que se le criaron en las épocas de su mocedad; porque ya ha pisado los sesenta; porque le queda poco juego en las coyunturas y porque, a pesar de todo, la tira aún de hombre capaz de hacer una avería y procura, como es natural, echar un remiendo a los derrumbes de la vejez que lo invade a paso de trote.

Ya ve usted qué sencilla es la explicación del porqué fulano camina como camina.

—Es usted un libro abierto — dije a mi amiga: — un *bijou* de mujercita.

Todos en este mundo tenemos nuestro lado flaco; el lado flaco de mi hombre estriba, modesta-

mente, en conceptuarse el ideal de los presidentes del Club, habidos y por haber.

Dirigir una asamblea; echar, de pie, su bravo discursete dando cuenta del estado de la asociación; anunciar que se va a proceder a la elección de los miembros que han de integrar la Comisión Directiva, fallando como juez inapelable en caso de empate; instalarse en una de las mesas del comedor a saborear una sopa de ostras en conserva, última palabra de la ciencia, *chic* supremo, según él, de la química culinaria, por más que al bestia de Savarin no se le ocurra nombrarla, ni en broma; hacer su solemne aparición en una noche de baile, vestido de punta en blanco, con toda paquetería y dispensando, a diestra y siniestra, miradas de soberana protección como un monarca en su corte; acercarse a una dama de campanillas y dar con ella una vuelta por los salones para que todo el mundo lo sepa, mire y admire; hacer alarde de su buen gusto, del que desde luego puedo ofrecer a ustedes un *specimen* en los dichosos faroles del balcón, etc., etc.; brillar, en una palabra, lucirse, descollar como hombre de mundo y caballero de gran tono, ahí le duele, ese es su débil.

Apuesto y no pierdo a que si le dan a elegir entre la presidencia de la República y la del Club, opta sin titubear por la segunda.

Cada loco con su tema y *meno male,* como dicen los italianos, que al fin y al postre, éste no perjudica a nadie con el suyo.

Bueno, por otra parte, digno, honrado, caballero, aunque no muy mano abierta, que se diga, es uno

de esos seres perfectamente inofensivos, que uno no puede conocer sin querer y sin estimar.

Cruza los salones y los vuelve a cruzar, va y viene en continuo movimiento como la ardilla, con dos máscaras colgadas de los brazos y acaso otras dos de los faldones, el artista más popular del Teatro Nacional.

Es lo que llamaré, si ustedes me lo permiten, un antiguo joven.

Antiguo porque pasan de 65 los mil ochocientos y tantos que han recorrido el calendario, desde que vió la luz hasta la fecha.

Joven, porque, a pesar de su edad, nada en él ha envejecido, ni su carácter, ni sus ideas, ni sus costumbres, ni su corazón sensible siempre a los hechizos femeninos, ni aun su cutis que conserva fresco y terso como el de una doncella de quince primaveras.

¿Pero y las barbas?

Poco a poco; había previsto la objeción y la refuto victoriosamente.

Eso es un *genre* de hombre *blasé,* una coquetería.

Lo de las mujeres coloradas y rollizas que beben vinagre para ponerse pálidas y hacerse las lánguidas y las interesantes.

Y si no, ¿qué le costaría pasarse la navaja?

Sin ser un buen mozo, muy lejos de eso, ha sido un hombre de buenas fortunas, lo que se explica: vivo, audaz, generoso y discreto, reunía muchas de las condiciones exigidas para hacer carrera con las hijas de Eva.

He dicho discreto y me aferro en lo dicho, por más que esto semeje a paradoja.

Si ustedes tienen relación con él, aunque sea simple relación de calle o de club, más de una vez les ha de haber tocado formar parte del corrillo donde mi hombre toma la palabra y lleva la batuta para contar sus campañas amorosas, para hacer la crónica de sus aventuras galantes.

Buenos Aires en la época de Rosas, Montevideo y el Buceo en los tiempos de Oribe, ese ha sido, según él, el más vasto teatro de sus hazañas.

Es allí donde *farfallone amorosso,* anduvo *notte e giorno d'intorno ai giardini, delle belle turbando il riposo,* etc.

Es allí donde todas sin excepción, lindas y feas, casadas y solteras, cayeron a millones bajo el filo de su formidable tizona.

Es allí, en una palabra, donde tembló el misterio del amor.

Todo esto él lo dice y lo repite al que se lo quiere oir, lo cuenta y lo recuenta saboreando con inefable delicia los dulces recuerdos de la edad de oro de su vida.

Pero, ¿a que nunca lo han pillado ustedes sin perros?

¿A que no lo han visto, ni aun arrastrado por el fuero de la improvisación, cometer una imprudencia, hacer una alusión, dar un indicio que pueda haberles hecho suponer que se trataba de esta, de aquella o de la de más allá?

Cuenta el milagro sin jamás nombrar al santo, y es esto cabalmente lo que se llama discreción, o la lengua de Cervantes no sabe lo que dice.

No obstante, oigo exclamar a ustedes, si es su amigo, aconséjele que no se gaste ni se prodigue así;

que antes de hablar eche de ver con quien habla y, sobre todo, que es más cuerdo y más sesudo reservar ciertas cosas para el seno de la intimidad, que andarlas publicando a cuatro vientos en son de trompas, pitos y tambores, bajo pena de que la chuza del ridículo llegue a hincarle a uno las carnes.

D'accord, mais que voulez-vous.

No todos son como el que aprendió griego a sesenta años.

Cuando, de viejo, cojea uno de un pie, se muere con la cojera y no hay remedio.

Convengan conmigo, sin embargo, en que la cosa por sí misma no vale un pito y que bien se puede perdonar ciertos ligeros defectillos de vanidad, en presencia de todas las dotes que constituyen la forma y el fondo de un completo caballero.

Después de haber andado como bola sin manija, comiendo el pan amargo, o, como decía el Sr. Frías, el desabrido asado sin sal del destierro, transportó sus penates a Buenos Aires un tipo notable por la nobleza de sus sentimientos, por la firmeza e integridad de su carácter, por su extraordinario talento y por su fealdad más extraordinaria aun.

Durante los años de feliz memoria en que las vistas cortas y estrechas de un patriotismo miope nos mantuvo acorralados entre el Arroyo del Medio y el Salado, desempeñó su bravo papelón de *bagattelliere di cartello,* contribuyendo eficazmente a la exhibición de la indecente farsa que hubo de dar el traste con la trasijada individualidad política que se llama República Argentina.

Pluma filosa y acerada, diarista camorrero y busca pleitos, supo mantenerse firme en la brecha

de la vida pública, asestando, a diestra y siniestra, cada mandoble que cantaba el credo.

Prosista y versificador mediocre de la escuela romántica, solía depositar en las gradas del Parnaso sus ofrendas literarias perfumadas a la violeta como los jabones de Pinaud, todo lo cual no le impedía dedicar sus ratos de ocio a los deleites vedados y pedir, de vez en cuando, sus baratos a Cupido, especialidad en la que llegó a adquirir una reputación colosal.

¿La merecía, era efectivamente hombre de buenas boladas, como quien dice, capaz de un doblete a tiempo?

Por mi parte, declaro que no me consta la pujanza de su taco, no habiéndole visto hacer en su vida sino un solo zopetón, zopetón que, ¡Dios me perdone! mucho me huele a *zapallada.*

Mas tengo para mí que al público le acontecía otro tanto y que las *mentadas* proezas del nuevo Lovelace eran ni más ni menos como esos *canards* que inventa un pillo, repite un necio, corren después de boca en boca y, sin que nadie se tome el trabajo de averiguar su procedencia, pasan al fin por las tragaderas públicas como una carta por el buzón.

Sea de ello lo que fuere, el caso es que llegó a infundir un miedo tan serval, que mujer en quien clavaba los anteojos era mujer al agua y que al menos arisco de los maridos le temblaban las carnes y se le atajaba el resuello, cuando la suya llegaba a cometer el desacato de cambiar los buenos días con tan peligroso personaje.

Astro brillante y luminoso, apareció en el horizonte con la caída de la tiranía, describió su elipse por

el firmamento durante la segregación de Buenos Aires y se eclipsó con la jornada de Pavón.

Hoy reposa tranquilamente bajo la sombra de sus laureles, vejeta encerrado en la crisálida de la vida privada y hace bien: vivimos en una época en que las luces malas, las almas en pena y las *viudas,* aunque gasten zancos, son cucos que no asustan sino a los zonzos.

Conténtese con ser un sujeto digno de todo aprecio, abogado que sabe poco derecho y defiende muchos pleitos, suscritor a cuanto diario se imprime en Buenos Aires, por la sencilla razón de que la cabra tira al monte, y parroquiano infaltable del Club del Progreso, donde llueva o truene, cae a eso de las once de la noche, para echar, con algún otro de los pocos que van quedando, su infalible partida de *bésigue* por la cena, es decir, por el *beefsteak* con papas fritas, que, noche a noche, se sirve entre la una y las dos de la mañana.

La rígida uniformidad de este sistema de vida no se altera sino tres veces por año: en mayo, en julio y en carnaval.

Et pour preuve: Ahí lo tienen ustedes quemando sus últimos cartuchos sobre un sofá del salón de los retratos.

Acérquense si quieren y oirán un mortífero tiroteo, un espantoso fuego graneado de *ampullae et sesquipedaila verba,* con que brega por herir a boca de jarro las fibras sensibles de la máscara que lo escucha.

¡Pregunten ustedes para qué, si es pura boca, según dicen las malas lenguas!

Es nacido en tierra extraña, pero hijo de padres nacionales.

Habiendo revelado desde chiquito las más brillantes disposiciones y un hermoso desarrollo de... su musculatura, sus maestros aconsejaron a su tata que lo consagrara a las armas.

Ció é:

No a esos aparatos bárbaros y peligrosos que pinchan, cortan y agujerean, sino a esas fecundas herramientas de progreso cuyas bocas vomitan tan sólo chorros de agua fría: hicieron de él un *sapeur pompier,* al brillo de cuya noble y azarosa profesión, contribuyó desde luego con todo el de su bronceado casco.

Mientras sus compañeros denodados luchaban, palmo a palmo, con el luctuoso elemento, expuesto a *espichar* de humazo como los ratones, asados como un *churrasco* o cuando menos a que un lienzo de pared se les cayera encima del alma, él, impertérrito a su vez, se aguantaba inconmovible en su puesto de honor y de peligro: montaba las guardias en el cuartel.

Arrojado por su estrella a las playas argentinas, en este eterno vaivén de la existencia, como el hado adverso arroja al peregrino o el jardinero trasplanta el alcornoque, quedó esterilizado para siempre el noble esfuerzo de su vida, hecha añicos su carrera, tronchado su grandioso porvenir.

Embolsó la manga de cuero por inútil, empuñando en su lugar el martillo y la aljaba; aquí la tierra no tiembla, las casas no son de palo, no había a la sazón aguas corrientes y la gente no se ocu-

paba de otras bombas que las que sirven para tirar agua del pozo y dar de beber a las ovejas.

Es decir, se hizo rematador de las diez de la mañana a las cuatro de la tarde y reo de estupros y violaciones a todas horas del día y de la noche.

Por si ustedes no lo conocen, estas son sus señas:

Alto, pie muy chico y muy bonito, piernas un poco bastante combadas, cuerpo correcto, su cutis tiene toda la suavidad y el color de la crema a la vainilla, su rostro es anguloso, su (?) cabello castaño-claro, sus ojos pequeños, su mirada entre cretina y picarezca, la nariz considerable y, por fin, de la boca nada puedo informar a ustedes, por encontrarse herméticamente tapada con un par de monumentales bigotazos que quedaban muy bien en un bombero, pegan muy mal en un *dandy* y estarían perfetcamente en la cara de un francés fanfarrón, maestro de florete. El francés les acomodaba sobre tablas una mano de pegote en las puntas y... ya está!

Según se ve, no es un hombre lindo, ni mucho menos, pero cierto colorido en sus corbatas y cierta cuadratura musical de zamacueca en todos sus movimientos, hacen de él, a no dudarlo, el doncel más garboso de nuestro proscenio social.

Como martillero, mediocre: uno que otro *picholeo* judicial.

Como campeón de eróticas proezas, ¡oh... eso es de no te muevas!

¡Quién ni qué, cuando la llama del sensualismo le chisporrotea en las carnes, enfrena el volcán incandescente de sus apetitos venéreos!

El ha forzado doncellas y cerraduras, ha escalado

balcones, ha derribado ventanas, ha saltado por los tejados, se ha descolgado de las cornizas, se ha metido por las chimeneas, hasta las piedras subyugadas, como en la mente del poeta, se han abierto complacientes a su paso y es cosa de quedarse uno encantado y de comérselo a besos, cuando le oye referirrir sus aventuras con esa sal andaluza que Dios le dió: como, interrumpido *verbi gracia* en lo mejor por la presencia de algún marido importuno, agazapado entre las cortinas de la cama, ha sabido pasarse en acecho largas horas, espiando un ronquido propicio y otro y otros después, que le permitieran batir en retirada, amortiguando el ruido de sus pasos para no perder a su bella...

¡Ah, si las paredes tuvieran oídos o mejor si fueran fonógrafos, Dios nos asista!

¡Pobres de ustedes, de mí, de éste, del otro y de medio mundo!

¡Ay de nuestra reputación, de nuestro nombre!

¡Qué Buckingham ni qué D. Juan, ni qué Faublas, ni qué Richelieu!

Es un *succés* loco.

¡Pero, cómo no! ¡Si los maridos de miedo lo hacen compadre!

Continuez si cela vous fait plaisir.

En cuanto a mí, tengo el sentimiento de dejarlos. Observo que aquel dominó negro me hace señas, es mujer y *noblesse oblige.*

—¿A mí me llamas?

—Sí.

—¿Qué quieres?

—Que me digas donde está tu amigo Juan.

—En el baile.

—Sí, ¿pero dónde, en el baile?

—Aquí; mete la mano y verás — exclamé como el negro de los pasteles, abriendo un bolsillo de mi chaleco.

—¡Grosero! — murmuró entre dientes mi interlocutora. — Te prevengo, dijo en seguida con vehemencia, que no estoy dispuesta a dar ni a recibir bromas.

Tengo necesidad de hablar con tu amigo y quiero que me ayudes a buscarlo.

—*V'appoggiate al braccio mio.*

Anduvimos la seco y la meca; los tres salones de baile, las galerías y hasta el *toilette* de los hombres y el departamento del segundo piso, que mi máscara recorrió de mi brazo sin vacilación y sin escrúpulos, no obstante hallarse desierto en aquellos momentos.

—Una de dos: o eres mujer de armas llevar, o tienes un interés mayúsculo en dar con Juan, dije en mis adentros, sintiendo que me picaba el aguijón de la curiosidad.

Después de haber perdido tres cuartos de hora en inútiles andanzas, distinguí, por fin, al objeto de nuestras pesquisas platicando alegremente en un grupo de mosqueteros, con el rostro encendido, los ojos brillantes, las facciones sobreexcitadas, con todo el aspecto, en fin, de quien no se encuentra precisamente en caja, de un hombre a quien le pasa algo anormal.

—*Ecce homo,* — dije a mi compabera, señalando hacia el grupo.

—¡Ah, que me he roto el vestido! — exclamó

casi simultáneamente, agachándose con el movimiento propio de la mujer que se pisa la cola.

Llévame pronto al *toilette.*

—¿Y Juan?

—Sí, sí le hablaré después...

Pasaron diez minutos, luego veinte, luego media hora y mi máscara no salía.

¿Si se figurará este tipo que soy su juguete? me decía y, bastante cargado ya con el plantón, hallábame en un tris de buscar la revancha, plantándola a mi vez, cuando en una de mis idas y venidas la vi entrar precipitadamente al referido *toilette* por la puerta que comunica con la galería exterior.

Para mí que la creía dentro, tan imprevisto *truc* no podía dejar de ser un justo motivo de sorpresa y de sospecha.

¿Qué significan estos cubiletes? pensé.

Entra, me dice que lo aguarde y ahora resulta que se cuela de nuevo por la puerta traviesa en lugar de salir?

¿Si estaré haciendo el papel del pavo, sirviendo inconscientemente de comod6n en alguna trapizonda? ¿Si habrá gato encerrado?

Y Juan, ¿qué pitos toca en todo esto?

Pocos momentos después salió, por fin.

—¿Te he hecho esperar mucho? — dijo.

—Ya lo ves, alrededor de tres cuartos de hora.

—¡Pobrecito! — exclamó; — te pido un millón de excusas y ya que has sido tan bueno, sacrifícate por completo llevándome donde está tu amigo.

—Todo sea por la gracia de Dios! Consiento, ya que ruegas y no ordenas, que te muestras más tratable y, a juzgar por el cambio que se observa en tu

tono y en tu acento, ha desaparecido la causa del mal humor que te aquejaba.

Efectivamente, un cambio notable acababa de producirse en su modo, en su aire, en sus palabras y hasta en el metal de su falsete que me pareció menos chillón.

Cuando acercándome por detrás y tocando el hombro de mi amigo que continuaba con la palabra en el referido grupo de mosqueteros, le dije:

—Esta máscara anda a la pesca de un Juan hace ya más de dos horas, mi amigo se dió vuelta, la miró, interrumpió de pronto su discurso y, con el aire *gauche* de un hombre completamente boleado, se apresuró a ofrecerle el brazo, balbuceando:

—Estoy a tus órdenes, mascarita.

¿Por qué la presencia de mi compañera producía en mi amigo el efecto de la policía cayendo sobre un garito?

Consignado el bulto negro a su dirección, no tenía ya más que hacer, mi papel había concluído; metí, pues, entre telones, es decir, salí a fumar un cigarrillo y, maldito si me acordaba ya de la cosa, cuando a eso de las cinco de la mañana, se me paró Juan por delante con dos máscaras del brazo: un dominó negro y otro blanco.

La más plácida de las sonrisas jugueteaba en sus labios; había, evidentemente, recobrado toda su sangre fría.

—Estamos rumiando una calaverada — me dijo — y queremos que tú también eches una cana al viento. Vamos a cenar los cuatro al Café de París.

—¿Al Café de París? ¿Y por qué no al comedor que está más cerca?

—Por la sencilla razón de que en el comedor no hay gabinetes particulares.

—¿Quiere decir, entonces, que lo que me propones es una *partie carrée,* ni más ni menos?

—Con todo el *cachet de la chose,* siendo de advertirte que estas máscaras aceptan con la expresa condición de que han de guardar el más absoluto incógnito.

—¡Bah, déjame de historias! Prefiero irme a dormir tranquilamente a mi casa; ya no estoy yo para danzas.

—¡Qué fino y qué amable! ¡Si este tu amigo es un dechado de galantería! — dijo con sorna el dominó blanco dirigiéndose a Juan.

O soy una bestia, pensé, o no es la primera vez que oigo esta voz y, si la he oído, ha sido esta noche sin ir más lejos.

Algo como la vislumbre de una barbaridad mayúscula cruzó entonces por mis regiones cerebrales.

Resuelto a salir de dudas, con mi más y con mi menos, cambié bruscamente de resolución apresurándome a exclamar:

—¡Me gustan las tiranas que no tienen pelos en la lengua!

Tu franqueza me seduce, máscara.

¿Del Café de París se trata? ¡Vamos al Café de París!

Y le ofrecí graciosamente mi brazo.

XV

SI dijera que el programa se llenó en todas sus partes, de acuerdo con lo prometido por la empresa, mentiría descaradamente.

A ustedes los nombro jueces.

Una vez en el terreno: veamos de qué se trata aquí y qué gente es ésta, me dije, y por vía de explorar el campo, mientras Juan, de pie al lado de la mesa, miraba la lista de los *plats du jour*, me instalé sobre el sofá, agarré de la cintura a mi mujer, la senté sobre mis faldas, le eché los brazos al cuello y sin decirle ni agua va, hice por imprimirle un ósculo amoroso debajo de la oreja.

—¡Safado, sinvergüenza! ¿Qué te *figurás*, que estás entre francesas? — vociferó mi incógnita, dando un salto furiosa y apostrofándome a tres varas de distancia.

—Ché, ché, más despacio — exclamó Juan interviniendo a su turno.

¡No tan calvo que se le vean los sesos!

Trátalas con más consideración, no sea cosa que las vayas a ahuyentar.

¿Qué había hecho de malo para que me ofendieran así?

La cosa más natural del mundo.

Nada que no fuera perfectamente correcto: cum-

plir, como hombre educado, las reglas de una rigurosa etiqueta.

Basta; ya sabemos a qué atenernos y esto es lo que me interesa por lo pronto, pensé.

Cuando se apotran por tan poco, deben ser muy enteramente *chambonas*.

Para un ojo medió experimentado, en efecto, aquello estaba diciendo a gritos que era la primera vez que, a la luz de un candelabro, se encontraban en presencia de perdices trufadas y de fresas con champagne.

Se trataba, indudablemente, de dos hijas del país pulcras y remilgadas, esto es, decentes, lo que no quiere decir que con pulcritud, remilgues, decencia y todo, no fueran muy capaces, dado el caso, de tener los escrúpulos del padre Gargajo y mucho más.

De todos modos, con el fiasco del preludio y dos *cagne* por intérprete, la música tenía que andar como el demonio.

Así no más sucedió: fué un *four*.

Las mujeres comieron poco, bebieron menos y hablaron una tropa de cosas insustanciales sin sacarse la careta, mientras el pobre Juan sudaba por hacerse el intrigado y por darme música a mí que me estaba haciendo el zonzo y que maldito lo que me divertía la fiesta aquella.

Voilá tout.

XVI

UNA mala noche me hace en la cara el efecto de un *bollazo* en un sombrero planchado: las arrugas y grietas viejas vuelven a aparecer patentes y se acentúan en profundos y sinuosos surcos que corren caprichosamente de sien a sien, *chacotean* en alegres volteretas o converjen juguetones hacia los ojos, en forma de patas de ganzo.

¡Abominable carcoma de los años!

El único refugio que, en tal caso, nos queda a nosotros los cuarentones, es el reparador *coup de fer* y, para plancharse uno el pellejo, no hay herramienta como el sueño.

Trataba, pues, de ponerme como nuevo, es decir, estaba durmiendo, cuando sentí los pasos y la voz de Juan que entraba como a su casa, abría los postigos de mi ventana y me interpelaba exclamando:

—¡Sinvergüenza! ¡Son las tres de la tarde y aún estás en la cama!

—Si no se te ha ocurrido nada más gracioso, — le contesté refunfuñando, — que venir a molerme la paciencia después de una noche en blanco, te puedes ir a los infiernos!

Que te dejes de embromar y que me dejes dormir... Estás en tu casa, por otra parte; esto no quiere decir que te eche los perros y, mientras saldo mis

cuentas con la almohada, ahí tienes, si quieres, una cosa divertida en que entretenerte y edificarte a la vez, agregué señalándole un libro abierto sobre mi mesa de luz.

—¿Paul de Kock, *El cornudo?* ¡Bah! no tenía el diablo más que hacer!

Sepa, señor marmota, que cuando me tomo la molestia de abrir un libro, es para aprender algo útil y no para perder miserablemente mi tiempo leyendo simplezas e indecencias.

—No digas barbaridades, mi querido Juan; Paul de Kock es un grande hombre, un ingenio sutilísimo, un viejo conocedor del corazón humano.

Bajo la capa de la frivolidad, tras el hilván ligero, la narración trivial, el diálogo vulgar, se encuentra en todas sus producciones un sello de verdad que revela al pensador profundo.

Sus obras superficiales y a veces hasta indecentes, como dices, en la forma, son siempre perfectamente serias y morales en el fondo.

No lo calumnies, pues, y ten la amabilidad de hablar con más respeto de un espíritu *d'élite,* de uno de los primeros pintores de costumbres de nuestra época.

—Que, con espíritu y todo, no pasa de ser un abominable fabricante de cuadros de pacotilla.

Pero dejemos en paz a Paul de Kock, a su *Cornudo* y a todos los cornudos habidos y por haber.

No he venido aquí a agarrarme contigo a brazo partido en pugilatos literarios, sino a tener el placer de decirte, sencillamente, que anoche te has portado como el último de los cretinos, que nuestras máscaras te han gozado de la manera más deplora-

ble (1) y que, con otro golpe como este, tu reputación de hombre que tiene olfato se viene al suelo.

—¿Por qué?

—¡Porqué ha de ser! Porque no las has conocido, porque has andado muy lerdo.

—Poco a poco, la negra (2) es tu mujer.

—¡Vaya, hombre, no está tan malo! Voy devolviéndote el crédito. ¿Y la otra?

—No sé quién es.

—Busca y encontrarás.

—Busco y no encuentro; te repito que no sé quién es .

—¿Das tu lengua a los gatos?

—Y a las gatas también, si se te antoja.

—Quien ha de ser, infeliz, sino su íntima, su inseparable, la única amiga que tiene.

—¿Esa niña de cuarenta años con quien suelo encontrarla en la calle?

—La misma que viste y calza.

—¿Y cómo quieres que la conozca, si nunca he cambiado una palabra con ella?

—¡Qué! ¿Nunca la has visto en casa?

—Jamás.

Empieza por no echar en saco roto que aborrezco a la gente extraña y que antes de entrar a verte, según muchas veces te lo he declarado, acostumbro prguntar a tu portero quién está y quién no está con ustedes.

Or, tengo horror por las viejas solteronas, raza de arpías con faldas y no te ocultaré que la ín-

(1) Yo, cantando bajito: ¿A cuál de las dos?

(2) Una de ellas.

tima, la inseparable de tu mujer, como dices tú, me es instintivamente antipática y enojosa, me hace el efecto de una patada en la boca del estómago.

No extrañes, pues, que haya seguido de largo toda vez que la he sabido metida en tu casa.

—¡Siempre el mismo! Antipática y enojosa sin saber cómo ni por qué.

Una criatura excelente, una pasta de mujer y, sobre todo, un mueble comodísimo para mí; mi *factotum,* mi segundo yo.

¿Llega a enfermarse el chiquilín?

No se aparta de la cabecera de su cama; sobre ella las malas noches, las bromas y molestias de todo género (1).

¿Salgo de día por mis negocios y de noche por... que sí?

Ahí queda constituída, de patriota, en dama de compañía, algo peor, en una especie de *pichicho* de mi mujer a quien ha visto nacer, por quien nutre un cariño que tiene tanto del afecto materno como de la adhesión canina y a la que, estoy cierto, no permitiría que llegaran a tocar, ni con guantes (2).

Te aseguro que, en pago de sus eminentes servicios, además de declararla benemérita en grado heroico, más de una vez he tenido tentación de regalarle un collar con la inscripción siguiente: *cave canem!*

Es eso, ni más ni menos, la mujer, la santa, el ángel que te hace el efecto de una patada en la boca del estómago.

(1) Y tu mujer, ¿qué pitos toca mientras tanto?

(2) Quién sabe...

Ya ves si eres injusto y malo y...

—Cállate, hombre, cállate por Dios, no prosigas, que vas a hacerme derramar un charco de lágrimas de arrepentimiento!...

—Juégale risa no más, lo que es yo tengo por la señorita Concepción el aprecio más vivo y el más profundo agradecimiento (1).

—Porque te cuida a madama y al *bebe,* o porque monta la guardia mientras tú haces *l'école buissonnière?*

—Por una y otra cosa.

—Me gusta el desparpajo.

Tienes por lo menos el mérito de la franqueza.

¿Con que a esas alturas hemos llegado después de año y medio de matrimonio?

¿Su excelencia se permite andar en malos pasos, pero se digna salvar las apariencias como los dioses de opereta?

¿Funcionas de noche y te preocupas de que tu mujer no se quede sola en tu ausencia?...

Pues, señor, no está tan malo; otros suelen hacerlo peor; agarran la calle del medio y el que venga atrás, que arree...

¡Ah! mi querido Juan, quá salto mortal hemos pegado, qué distancia inmensa nos separa del tiempo aquel en que tu vida entera se cifraba en tu mujer y en que todo tu anhelo era vivir con ella de enero a enero en los *Tres Médanos.*

¡Bah! ¿Pero de qué diablos me hago cruces?

Claro está, la cosa tenía que suceder; no haces sino cumplir una ley fatal de la naturaleza humana.

---

(1) ¡Así se escribe la historia!

¿Sabes lo que contestó madame de la Sablière a uno de sus parientes que le echaba en cara su inconstancia diciéndole que las bestias, por lo menos, quieren sólo una vez al año?

"Precisamente, exclamó la buena señora, porque son bestias".

Y madame de la Sablière era una mujer muy práctica..

Tout passe, tout lasse, tout casse.

Tu amor por tu mujer, ese fuego que creías inextinguible, va pasando o ha pasado ya.

Empalagado con los goces puros del hogar, buscas las impurezas de la vida aventurera; lo dicho, te has cansado de perdiz y gastas pólvora en chimango.

¡Ten cuidado, mi pobre Juan, ten cuidado, no se cumpla la tercera parte del programa, no vayas a romper tú mismo con mano zurda, la copa quebradiza de tu felicidad!

—¡Ya pareció aquello; sonó el momento crítico, surgió la gran cuestión!

Lo de todos los sistemáticos que se andan siempre por las gavias, rebotando de pared a pared como pelota de vasco.

Utopistas que, a fuerza de querer ver blanco o negro, de mirar al sol o de cerrar los ojos, concluyen por quedarse ciegos y no ven que el mundo es color plomo!

El hombre se casa o no, perfectamente; pero si lo hace, exclaman, el matrimonio, téngalo entendido, ha de ser para él como quien dice un grillete, o mejor, una collera de cuero crudo, de esas que no se revientan ni a la cincha.

Consecuencias extremas, exageraciones mayúsculas, absurdos, barbaridades!

¡Bueno está que uno se case y junto con su mujer tire el carro de la vida, pero, ¡Señor! a sus horas.

El hombre es como el caballo: necesita, de vez en cuando, agarrar el campo por suyo, alzar la cola, retozar y revolcarse aunque sea en el barro, si no tiene arena a mano.

Si el hombre es como el caballo, naturalmente la mujer tendría que ser como la yegua, que alza la cola, retoza y se revuelca ella también.

¿Qué dirías si tu mujer razonara como tú?

—¡Alto ahí! El hombre es hombre y la mujer es mujer; ésta lleva polleras y aquél gasta pantalones.

—¡De cómo nosotros los varones, hechos a imagen y semejanza de Dios, practicamos la justicia distributiva en este valle de lágrimas!

—¡Sí, señor, vaya! Aún del punto de vista de la justicia, de las atenciones, del respeto, de las deferencias, de todo cuanto se te ponga que una mujer merece, ¡qué diablos! no puede uno estar eternamente prendido de su pretina como mono sobre el perro.

Eso sería ofender la dignidad humana.

El hombre educado se conduce de otra manera, procede con ceirto tacto, con cierta delicadeza, sabe respetar ciertas cosas, imponerse ciertas privaciones, o deja de ser un caballero para convertirse en changador.

En resumen, mi querido amigo, el que quiere bien a su mujer debe tener muchas o por lo menos dos, cuidando, por supuesto, de las formas, que es lo que

la sociedad exige y lo que hago yo, a no ser que algún importuno me sorprenda infraganti y, golpeándome el hombro por detrás, me coloque *ex-abrupto* cara a cara con mi legítima.

¿Entiendes, Fabio?

—Mal podía imaginarse ese importuno que un hombre casado, un mozo serio y discreto, como pretendes serlo tú, tratara de asuntos que no se tratan en una sala de baile.

—¿Y eso qué tiene de particular?

Estaba entre los míos y no siempre es uno dueño de las expansiones que arranca el amor propio satisfecho, *máxime,* con una docena de copas de champagne entre pecho y espalda.

Figúrate que mientras tú y María (1) me buscaban en el Club, yo me había hecho perdiz (2) con una mujercita riquísima que tengo clavada entre ceja y ceja hace ya más de dos meses.

Es toda una historia, una aventura llena de sal y pimienta, de sabrosas peripecias que no pude resistir al placer de desembuchar.

Hallábame, pues, en lo mejor de mi cuento, cuando cayeron Vds. como una bomba y me partieron de miedo a medio.

Ya ves que la cosa no era para menos.

—Lo que veo, mi querido Juan, es que le has echado la capa al toro, que no te conduces bien, que descuidas los deberes que tú mismo te has impuesto, que puede costarte caro y que en ese camino vas mal.

---

(1) María, ¿eh?

(2) Y ella humo.

—¡Qué deberes ni qué niño muerto!

¿Por qué? ¿Por qué me divierto? ¿No soy joven, no soy rico? ¿Dónde está el mal, entonces?

—En tu hijo, en tu mujer.

—¿Qué tienen que hacer en esto, ni mi mujer, ni mi hijo?

Mi mujer, pobrecita, es muy buena y yo la quiero mucho; déjala en paz.

Del muchachito no hay que hablar; lo adoro, siento por él un cariño loco; nada le falta ni le faltará mientras yo viva.

Me parece, pues, que cumplo honradamente mis deberes de padre de familia y que el más exigente nada tendría que decir.

—Claro; con ropa, casa y comida estamos del otro lado.

¡Quantum mutatus ab illo!

—Decididamente, te vas poniendo muy cargante con tus ínfulas de predicador, dijo Juan levantándose.

No aguanto más, me mando mudar, me ahuyentas.

—Lo que me has ahuyentado, tú a mí, es el sueño con tus partes y tus historias.

Bien podías haber seguido de largo y haber elegido otro confidente de tus bellaquerías, otro público ante el cual exhibirte disfrazado de mozo diablo, otra víctima ilustre del formidable solo con que has tenido la galantería de obsequiarme.

—A propósito de disfraces:

¿Quieres acompañarme a un baile de máscaras y de sociedad que tiene lugar esta noche, a puerta cerrada, en una casa particular?

Alquila la nariz de cierto tocayo mío y andando...

—Líbreme Dios de tamaño disparate!

Lo que quiero es dormir.

—Y luego, haga Vd. patria con esta gente! Adiós, viejo inútil!

—Adiós, pillito, tenorio, conquistador!

—Juan, agregué un momento después, levantando la voz.

—¿Qué?

—Ven, hombre; escucha, no te vayas.

—¿Qué quieres?

—¿Y cuándo me casas? ¿Me has encontrado por fin, mujer, *as-tu mon affaire?* ¡O ya no te da por ahí y se te ha pasado el entusiasmo!

—¡Vete a los infiernos!—me gritó mi amigo desde la escalera.

XVII

Y después de volverme y revolviendo diciendo: O soy un imbécil, o lo que ha pasado es esto: Juan va al baile y lleva con él a su mujer y a la vieja esa, maldita que Dios confunda!

Juan se escabulle a un momento dado, para ir a hacer una picardía, no sin que antes se escabullera su señora con idéntico propósito.

La vieja queda de guardia, y asustada de no ver a Juan ni pintado, temiendo que se descubra el pastel, se pone en campaña, se topa conmigo, me larga sobre el rastro, me explota como a un novicio y me hace cómplice inconciente de la inicua trapisonda.

La alarma resulta falsa el doble atentado se consuma en santa paz y sosiego, el marido se vuelve al baile y la esposa inmaculada y casta al brazo de su marido.

¿La prueba?

Oh! la prueba es clara; si así no fuera, la vieja no hubiera cambiado su dominó blanco por otro negro igual al de la mujer de Juan.

No me hubiera tenido como a estropajo, buscando a su hombre.

Una vez que dimos con él, no habría pretextado haberse descompuesto la figura para meterse en el *toilette* y, sobre todo, la mujer de Juan no se hu-

biera colado a su turno por la puerta que da a la escalera, haciéndose chiquita como minero que gana la cueva, ni habría pretendido representar el papel de la otra, queriendo pasar por gato, la muy liebre!

¿De dónde caía?

Consecuencia: mi amigo Juan es un..."

Me quedé dormido.

XVIII

TAINETE.
Mande Vd.

—Ah! *sapristi! Je veux en avoir la coeur net,*

—Nu entiendu.

—¿Deveras? No diga, hombre, qué no ha de entender!

Pero si no entiende, no importa; no hablaba con Vd., sino con otro.

—¿Mande Vd.? (buscando con quién en su alrededor).

—Lo que le mando es que se acerque, que me atienda y, sobre todo, que me entienda y no me haga repetir las cosas cien veces, como acostumbra.

—Curriente.

—¿Es Vd. un hombre de confianza?

—Tenju mis papeles en rejla; sun piezas que me acreditan comu hunradu.

Tenju la del cura de mi pueblu a quien he servidu siete añus de criadu y as veces de sacristán, cuando se ufrecía; tenju la del alcalde, lu puedu aprubar cun todu el ahuntamientu...

Y luego, mirándome de hito en hito:

—Vaya que Vd. bien lu sabe, comu que asin mesmu hei de ter la suya cuandu marche de su ladu, agregó mi ínclito Taniete, con un gesto que

significaba lo siguiente: bien se puede ir Vd. a freir buñuelos:

—Esa, sobre todo, esa última, me sería de todo punto indispensable como testimonio fehaciente de integridad.

Pero no le pregunto si es hombre de confianza como le preguntaría si no es ladrón.

Quiero decir si se siente Vd. capaz de tomar cartas en un asunto delicado, de tener olfato, de seguir una pista, de abrir los ojos, de ver, de comprender, de dejar de ser Vd., en una palabra, una vez en su vida, y es esto especialmente lo que más me importa, de no hablar del negocio ni con Cristo.

¿Se anima?

—Si el nejociu es nejociu de pulítica, de aljuna intrija cun el jubiernu, nu me metu.

—¿Por qué?

—¡Alabadu sea Dios! purque me pueden muler las custillas a palus, comu a un paisanu miu, mesmu de mi pueblu, que se cunchavó de veguilante.

—Ah, mire qué gracia! también su paisano se metió a bueno. ¿Quién le mandú lanzarse a los azares de la vida pública argentina, siendo gallego?

—Cabalitu; esu mesmu diju yo.

—Bien, pero no pierda cuidado, esté tranquilo; no es cuestión de revoluciones, de derrocar al gobierno, ni de atentar contra la paz pública.

El negocio, Sr. D. Juan, es negocio de faldas, de mujeres.

¿Puedo contar con Vd.?

—Ah! Si, señor, que puede cuntar—exclamó Taniete, guiñándome el ojo con picaresca sonrisa; para

esu me pintu solu; el cura de Lestemoñu me tiene bien amañadu.

Váljame Dios, qué cundenadu de cura!

Si sije pur más tiempu en el pueblu, se apaña a todas las mozas de la parroquia.

—Su cura, por lo visto, era un caimán; pero no se trata de eso.

Hoy hay un baile de máscaras en el Club del Progreso.

—Habrá, sí señor, nu diju que nu.

—Cállese la boca, no me interrumpa y escuche: Vd. va a estar, desde las doce de la noche, en la esquina de las calles de Jerú y Victoria, metido en un tilbury que yo voy a alquilar y que Vd. manejará.

Allí espera hasta que vaya a hablarle.

Probablemente, tendrá que seguir a una mujer vestida de máscara, que irá sola o acompañada, a pie o en coche, no lo sé.

De todos modos, Vd. se larga tras de ella, a media cuadra de distancia, más o menos, para no despertar sospechas, no la pierde de vista, se fija bien a dónde va y en dónde entra, aguarda a que vuelva a salir, la sigue de nuevo y después... después nada más, se manda cambiar a casa y mañana me da cuenta del resultado de su expedición.

¿Me ha comprendido bien todo lo que le he dicho?

—Sí señor, que cumprendí.

—Bueno, abra el ojo y cuidadito con decir ni tampoco esta boca es mía.

—No hay cuidadu ninjunu, ya callaré.

XIX

A las doce de la noche, amo y mozo nos hallábamos en nuestros respectivos puestos de combate· yo en el Club y Taniete tendido de emboscada en su birlocho.

Poco después entró Juan seguido de sus dos adláteres, que, de negro el uno y blanco el otro, habíanse convertido ambos en dominós pardos.

No me había equivocado; mis cálculos salieron matemáticos.

Sonaban las dos y media de la mañana, la hora del entrevero, el momento propicio a los gatuperios, cuando una de las pardas escurriéndose como culebra por entre aquel matorral de masiega humana, rumbeaba a la galería y, protegida por el universal *remue-ménage,* se deslizaba a la escalera y de la escalera salía a la calle, no sin antes ser vista por mí que no le perdía pisada y que, a renglón seguido, me descolgué tras de ella, escurriéndome contra la pared.

Llegó a la esquina y dobló por la calle del Perú hacia el Sur.

Acerquéme entonces a Taniete, lo puse en autos, le expliqué, le señalé con el dedo, le repetí lo explicado, como si dijéramos, le hice agarrar la huella y volvíme con mucho modo al Club

¿Con mucho modo, he dicho? Miento, no con tanto modo como así: sentía en los últimos recodos de la conciencia un cierto escozor con ribetes de picazón, uno de esos ruiditos que crispan, que le sacuden a uno el aparato nervioso hasta la excitación que raya en rabia.

Receta para un ejemplo: ráspese un vidrio cualquiera con un cortaplumas de filo.

La cosa no dejaba de mortificarme sensiblemente.

Estaba inquieto, intranquilo, febriciente...

Es que no las tenía todas consigo respecto a la buena ley de mi conducta.

No era, es cierto, una curiosidad banal la que me guiaba, no me empujaba un móvil mezquino, un torpe instinto de malevolencia, no.

Mi alma bebía en fuente más pura, mi actitud era inspirada en más altos sentimientos.

Veía desarrollarse la intriga de una farsa indigna en que se jugaba la paz, el nombre, la honra de un ser querido y sacudirme de hombros y girar sobre mis talones, volviendo impasible las espaldas, hubiera sido como para que se me cayera la cara de vergüenza al encontrarme conmigo, frente a frente en el espejo.

¡Santo y bueno! como decía mi abuelo; pero no soy jesuita, ni me cuadran sus principios.

Se trataba, en suma, de una mujer, de fiscalizar sus actos, de averiguar su vida, de seguir sus pasos en la sombra, de espiarla traidoramente, digámoslo de una vez, y el espía, oficio infecto si los hay, era un hombre que pasa por decente.

Ecuación a resolver.

XX

Y bien, ¿cómo te ha ido?

—Me ha idu prefetamente.

—Ah! ah! veamos; cuénteme su campaña. ¿Qué hizo la máscara?

—La máscara, empezó Taniete con toda la pachorra de un gallego y el aire de un zopenco, caminó hasta la plazuleta del mercadu. Allí se metió en un rudadu que ajarró calle del Perú, derechu, hasta la esquina de Cuchabamba; en Cuchabamba dubló hasta Santiaju del Esteru, en Santiaju del Esteru dubló hasta Canjallu, en Canjallu dubló hasta Frulida y por Frulida llejó hasta Rivadavia.

—¡Qué! no bajó, no entró a ninguna parte?

—Sí, señor, que bagó; bagó ahí mesmu y entró de nuevu a la fiesta.

—(Zángano!) ¿y nada más ha visto Vd.?

—Se entiende. ¿Qué más había de puder ver, cuandu era de nuche?

—¡Pues señor, nos hemos lucido!

¿Quiere decir, entonces, que nos han hecho pitos con los dedos, que nos quedamos con un jeme de nariz, divertidos y tan aviados como antes?

Muy en horabuena, señor don Juan; vaya no más; puede Vd. retirarse.

—¡Paciencia!—agregué en seguida, echándome para atrás y mirando al techo.

De tres, dos: tiene Vd. un chico, señora, pero yo he de buscar el desquite.

—Ah! que me quedaba alju pur decir!—exclamó de pronto Taniete, volviendo sobre sus pasos.

—¿Qué?

—Que antes de llejar a Beljranu, el coche paró y subió en él una presona.

—¿Hombre o mujer?

—Varón.

—¿Eso no más se dejaba en las alforjas? ¡Pues no es nada lo del ojo!

¿En dónde bajó el individuo?

—En la esquina de Canjallu y marchó para el Ritiru.

—¿Y Vd. no lo siguió?

—Sijin el coche.

¿Asunto de qué, si el coche se volvía al Club?

—En cuncencia, no hay duda ninjuna. Peru Vd. me tenía dichu:

Taniete, sije a la máscara, y yu me fuí tras de ella.

—Con lo que hizo, simplemente, la gran embarrada del siglo.

Hubiéramos podido saber quién era el hombre, o, cuando menos, dónde iba para saberlo después, mientras que ahora, por culpa suya, nos quedamos en tinieblas.

—Si nu es más que esu, nu hay cuidadu ninjunu.

—¿Por qué?

—Purque yu sé quién es.

—¿Cómo, que Vd. sabe?

—Ya verá Vd.

Cuando el coche paró y bagó el señuritu, quedó

un momentu de pie, creu que hablandu cun la señora de dentru.

Yu nu puden suguetar al demontre de caballu del tibry que curria más que Dios y, pur de cuntadu, me tupé cun el señuritu.

—¿Y?

—Y el señuritu nu era otru que el señor dun Pepe.

—¿El señor don Pepe? ¿Está Vd. seguro de lo que dice?

—Vaya si lu estoy! Comu que él me digu: Buenas noches, Taniete, y que yu le respondí: Así las tenja Vd., señor dun Pepe!

—¡Aquí sí que la ganamos!

Cuándo no había de hacer una de las suyas! Magnífico, estupendo, bestial!

¿Por qué no le ofreció un asiento a su lado y le contó la cosa de p a pa?

Hubiera sido más sencillo.

¿Sabe lo que le haría falta a Vd., señor don Juan, para poder andar metido en estas danzas?

Casi nada: no haber visto la luz pública en Galicia, es decir, no haber nacido borrico en figura de hombre. Con ésta y otras cosas que omito por inútiles, habría Vd. llegado a ser un digno émulo de M. Lecocq, el pájaro número uno, el francés más peine, el polizonte más lince que haya salido jamás de vientre femenino...

Mándese mudar...

XXI

¡IRA de Dios! ¿Por qué no con el cocinero, si hemos caído ya en el dependiente, en el empleadillo de tres al cuarto?

La sempiterna historia, la farsa de marras, siempre el teatro...

¡Ah! mujeres, mujeres!

La suerte o la casualidad se comiden, el día menos pensado, a prestarles un servicio, a hacerles un favor que, de cien, no merecen diez.

Aburridas de empollar en el país de la inocencia, hartas de su empleo de *ingénues*, de las privaciones y abstinencias que dicho papel reclama de sus intérpretes con sujeción a las reglas del arte, se les mete entre ceja y ceja debutar como primeras partes y jugar a los casamientos en el tablado social?

Ahí anda de vacío por esas calles, como coche que se alquila, un pobre diablo, artista en *disponibilitá,* que se llama honor, talento, corazón, riqueza, y que vendría de perillas para hacer la *contrafigura.*

Se le tiende un lazo, se le arma un trampa, se entra con él en *trattative* y, una vez ajustadas las bases, el contrato queda firmado por arte y con ingerencia de las susodichas divinidades transformadas en *corrispondenti teatrali,* verdaderos *mercanti di carne humana,* como los llamaba sior Giacchino.

Dos géneros opuestos se presentan, desde luego, al gusto y vocación de la comedianta.

El teatro serio, cuya escena se reduce a las cuatro paredes de una casa y cuya acción se limita a un hombre que se llama marido y a unos muchachos que se llaman hijos, y la farsa colosal de puertas afuera, cuyo escenario es el mundo y cuya intriga se desarrolla entre mil.

En aquél, la protagonista se llama matrona; en éste, mundana.

La aureola que rodea a la primera es la aureola de las santas; no se conquista sin una chispa de fuego sagrado: virtud.

La diadema que ciñe la frente de la segunda es una diadema de latón que se compra por cinco pesos en cualquier bazar de pacotillas.

Pero la música de capilla suele tener seis bemoles y, además, está mandada guardar por las épocas que corren.

El repertorio canalla, el *café-concert* la *chansonnette* escrita en *do* natural, se ajusta mucho mejor al paladar moderno.

—Al diablo, pues, el clasicismo!—exclama nuestra farsante, vivan la *gomme y el fion!*

Se declara *grand premier role, grande coquette* y gran... pilla, pega donde duele, hace naturalmente carrera, el público la lleva en andas y, zahumada con el Agua Florida de la adulación, alcanza su apogeo de gloria artística.

Desgraciadamente, todo en la vida tiene un fin.

El sol más brillante en el cénit se enturbia en el ocaso como la borra de una botella de Jerez.

Nuestra heroina se pone turbia ella también, se

dégomme, se aja, se envejece, las auras populares se truecan en silbos, el triunfo en fiasco, y concluye por ofrecerse en los teatros de arrabal para representar los papeles *bonne a tout faire.*

A todo esto, ¿quién es la víctima?

¿La empresa?

Se le importa tanto a la *egregia e gentilissima signora combinazione* de las cuentas de la temporada, como del Gran Turco!

¿El público?

Tampoco; se le ha servido un escándalo y es bicho muy aplicado a ese pasto.

¿La farsante en cuestión?

—Bah! menos que menos; ésa ha hecho su gusto en vida.

¿El otro, entonces?

Ese sí, ese y nadie más que ese, el infeliz predestinado, el *bagattelliere,* el histrión que da todo y no recibe nada, excepción hecha de los laureles y de otras plantas coníferas que brillan sobre su frente al fin de la *récita.*

Ah! mujeres, mujeres!

Tienen un cielo en su casa y buscan fuera un infierno.

Habitan en un palacio y se soplan en el primer conventillo que encuentran al volver de una esquina.

Se empachan con ambrosía y se curan del empacho con carne de chancho.

Ah! mujeres, mujeres! Animalitos dañinos!

Y lo peor es que la cosa es indudable, clara, evidente, palmaria.

¿Qué hacer?

Que lo sepa el diablo!

Ante todo, conviene no meneallo; traguémonos la píldora sin chistar y, según el provecho que nos haga, nos metamos en su zapato, o ya verán quién es Calleja!

Con tal que la *pisada* de este bendito Taniete no nos alborote la caza!

En fin, allá veremos.

XXII

DOIT-ON *le dire?*—pregunto a Vds. con el espiritual autor de la farsa así nombrada.

He ahí el busilis, el gran problema, la cuestión peluda...

Suprimo de un revés el estorbo y contesto de una manera resuelta y decidida: sí y no; *cela dépend.*

Naturalmente, el que piense con Aristóteles que la amistad es un alma que anima a dos cuerpos, o crea con Voltaire que es el matrimonio del alma, tiene, por fuerza, que admitir que una alma matrimoniada, no puede permanecer indiferente ante las desdichas que afligen a su consorte.

De ahí que el hombre suela entremeterse en cosas que, aparentemente, ni le van ni le vienen, pero que, en el fondo, constituyen el más imperioso de los deberes para un corazón bien puesto.

El *quid* está en el cómo.

En primer lugar, es cuestión de hacerlo bueno.

Llamado uno a resolver el punto, debe andar con pies de plomo; proceder como *jus juris*, armarse de un montón de considerandos fundados en ley, de un arsenal de pruebas, de esas que los curiales llaman plenas, yendo, si posible fuera y por las dudas, hasta apelar al arbitrio aquel, hoy completa-

mente caído en desuso, pero muy de moda, que Vds. saben, en tribunales añejos.

La respetable institución del Jurado tiene tanto que hacer en estos pleitos como un perro en una iglesia.

Forme Vd. conciencia como juez de la misma y eche mano de ella para decir a un marido:

—*Vous savez?* Vd. lo es.

—La prueba, la prueba, inmediatamente, replicará en el tono amable y melífluo de quien pide la bolsa o la vida.

—Tengo la conciencia de ello! Conténtese Vd. con exclamar *ab alto toro,* aunque sea colocando melodramática y solemnemente una mano sobre el corazón, y estará divertido y saldrá fresco.

Ya verá como, con conciencia y todo, lo sacan como de un baile, le aplican en cierta parte la punta de una bota y le llaman canalla, infame y calumniador, por aditamento.

Es que, en las quebradas de la vida, no hay repecho más costoso que confesarse uno *fumado* por una mujer.

¿Por qué?

Porque las mujeres no son como los pollos, que uno alcanza para dos amigos.

Nosotros los del sexo, no queremos saber de bromas al respecto.

Entendemos que el mueble nos pertenece, que es de nuestro uso exclusivo, y no hay más.

Fuertes, pues, con el derecho que nos asiste, eficazmente secundado por la conciencia de nuestros atractivos personales, conciencia que nunca marra,

todos, hasta los cojos, tuertos y jorobados, nos tiramos a muertos, diciendo:

Para los pavos! Lo que es a mí, no ha nacido la mujer sujeta de engañarme; siendo de advertir entre paréntesis que, por poco que el pobre diablo se descuide, ahí no más, bajo sus narices, a sus barbas, la susodicha mujer se la está pegando.

Y luego métase a sacar del limbo a un iluso, notifíquele el condominio, el usufructo en común, precipítelo de ochenta codos de altura, claro está, el golpazo que se sacude lo hace levantarse muerto de rabia y llorando a gritos, como muchacho a quien han hecho hocicar de un empujón, jugando al *rescate*.

Nada, para evitarse uno un mal trago, la cuestión es no meterse en honduras sin vejigas, tener papeles, poder probar que ha habido *truc* y que, si el hombre se vino al suelo, la culpa no es de uno sino de la báscula que dió una vuelta en falso y lo largó bambalinas abajo.

Y la prole, ¿dónde me la dejan Vds.?

He ahí otro de los términos esencialísimos.

Si el marido es incapaz, o la mujer, o los dos, lo que para el caso es lo mismo, si ha habido solución de continuidad, si el árbol matrimonial no ha dado fruta, la cuestión se simplifica enormemente.

No se estropean, entonces, intereses ajenos, no se roba la plata de menores, ni entra en juego otra entidad que la persona paciente del marido, el que, como sentido y agraviado, es perfectamente dueño de hacer de su capa un sayo, de echar la casa por la ventana, si se le antoja, y junto con la casa, a la mujer, que, al fin y al postre si tal hace, no hace

sino tirar a la calle un trapo sucio, un trasto comido por la polilla.

Y como es obra de varón sacar a un burro de un pantano, se lo digo, si se sabe, porque se sabe y, si no se sabe, a trueque de que lo sepa la vecindad y a despecho del refrán aquel, inventado por un marido a quien agarraron para tipo y al que los vecinos tenían loco a fuerza de divertirse todos los días de Dios en hacerle cuernos con la mano y otras *safadurías*.

Ahora, cuando ha habido fruto de bendición y fruto genuino, sin *contrefaçon* ni engaño, como en el presente caso, en que el monopolio de los *Tres Médanos* más que la firma del fabricante, abona la procedencia de la mercancía, oh! entonces la *facenda si fa seria;* empieza uno a correr el riesgo de que se le quemen los libros y de perder su latín.

Por un lado, el amigo, el *tatita,* al que le andan saltando el cercado e introduciéndosele por el fondo, sin que el muy zampatortas abra el ojo, ni se dé por avisado del tiro de que es blanco, a pesar del ruido que siempre mete el ladrón, por más que se saque los botines y ande en puntas de pies, desde que no es alma del otro mundo ni ejerce su industria en la luna.

Por el otro, los hijos, los *nenes,* esa raza de pavos de la boda que, sin comerla ni beberla, son los que hacen el gasto; la mamá carda la lana y ellos cargan con la fama.

Bien hecho! ¿Quién les manda ser hijos de esa tal o cual señora?—oigo exclamar a Vds. o, lo que es lo mismo, a la sociedad hablando por boca de ganso.

También es cierto, la sociedad y los gansos no dejan de tener razón; pero sigamos.

La amistad reclamando a gritos que uno agarre al primero, lo sacuda del brazo y le diga:

—No sea zonzo! Mire.

Y luego la cabeza pidiendo una bolada contra los sentimientos, enfrenando los arranques tan nobles como irreflexivos del corazón y exclamando a su vez:

—No, no se meta Vd. a camisa de once varas, ni a editor de libelos infamantes: no les caiga a esos infelices por un barro que ellos no han hecho; no los condene a recorrer la *via crucis* de la vida con un letrero en la frente y una maldición en la boca.

Malo, si la función tiene lugar a telón corrido y el obsceno manuscrito no ha salido de entre los bastidores y camarines del teatro.

Peor, si el escandaloso cartel anda estampado en letras de molde y corre las plazas y los cafés.

Aquí las acciones de las criaturas bajan un 80 por 100.

Es claro, para qué andar con cataplasmas y paños calientes, si de público y notorio, pública voz y fama, etc.?

La verdad es que es cosa de locos querer tapar el cielo con un harnero.

Indudablemente que sí, pero no echemos en saco roto, por otra parte, que, desde Santo Tomás hasta la fecha, hay quien se permite tener mala opinión del público y de la fama.

Muchos creen que el primero es un payaso y la segunda una mentirosa, una cómica de la legua, mu-

sicante adocenada, cuyo instrumento suena siempre en falso.

Agregan que, de cien, hay que rebajar noventa y nueve, que de ño Roja está el mundo lleno, que a ellos no los embroma nadie y que, para creer, neceistan ver, hurgar y hasta meter el hocico si mucho los apuran.

Entre estas gentes sencillas, compradores de buena fe, los referidos papeles pueden aún cotizarse aunque sea a vil precio.

Es la única *chance* que queda a los infelices tenedores para librarse de la más humillante bancarrota y quitarles ese recurso supremo, especie de manotada de ahogado, sería revolver el cuchillo en las tripas de la víctima, darle el último golpe, hacer, en una palabra, lo del verdugo, profesión por la que confieso a Vds. no experimentar la más marcada de las predilecciones.

¿Pero qué fuerza que el marido salga dando palo de ciego, y en el furor de apalear, le sobe la badana a su propia reputación?

¿A quién se le ocurre andar mostrando sus lacras, constituirse de puro patriota, en trujamán de las mañas de su mujer, cuando él es el primero que cae en la volteada, escupir al cielo, ponerse en la picota y dar coces contra el aguijón?

Cuando un hombre tiene mujer e hijos, con más, dos dedos de sentido común, y su mujer le juega una mala pasada entre gallos y media noche, es este el procedimiento a seguir, con arreglo a lo que manda la táctica:

Por lo pronto, comerse un codo y acomodarse una mordaza. Luego, tirar un cordón sanitario en-

tre alcoba y alcoba, poniendo a la pecadora en cuarentena y librándose así de todo contacto con ella y del contagio y la peste consiguientes.

Esto, bien entendido, sin gritos, ni alboroto; después de un dulce coloquio habido con la infiel, donde se echan los cimientos del nuevo *modus vivendi.*

Nada ha cambiado por fuera.

El señor y la señora habitan bajo el mismo techo, comen en la misma mesa y continúan mostrándose amorosamente los dientes en presencia de criados y extraños.

La única pequeña innovación introducida es que no duermen en la misma cama, lo que, bien mirado, no viene a ser sino un detalle.

Se mantiene el presente *statu quo* durante el tiempo indispensable a no alborotar el cotarro de la pública maledicencia; es decir, hasta encontrar un pretexto plausible y completamente ajeno a la *grande affaire,* mediante el cual se procede a aventar a la mujer a los infiernos o a aventarse uno mismo, *ad libitum* y según más convenga.

¿Y el cómplice?

Oh! el cómplice, personaje importantísimo, merece un párrafo aparte.

Si es un simple prójimo, un *quidam,* un Juan de afuera en la casa, ni amigo, ni pariente, ni obligado, su proceder es perfectamente correcto.

Hace su negocio como Dios lo ayuda, está en su derecho y el más puritano nada tendría que observar: sale, en una palabra, limpio como patena.

Si, por el contrario, se le ha franqueado la puerta y se le ha estirado la mano; si lo atan los nudos de la amistad, de la gratitud o de la sangre, que

imponen deberes y no zonceras, entonces es al revés del pepino, los papeles se truecan por completo y el caballero ese se convierte en un entezuelo de poco más o menos, especie de galopin al que se le ponen las peras a cuarto *cherchant midi á quatorze heures,* a falta de algo más verosímil.

Se le da de puntapiés o se le pega un balazo, porque sí, porque tiene la insolencia de pensar al revés en música o en política, o porque, al pasar, ha mirado de soslayo, ha tosido fuerte, o le ha pisado, o ha estado a punto de pisarle a uno un callo.

Sí, eh?

Todo eso es muy bonito y muy sensato y muy fácil, aplicado *in anima vili;* pero, obras son amores; yo los había de ver en el potro.

Y si no se puede con el genio, y si el hombre se amostaza, agarra la calle del medio y arma una de mil demonios, que es lo probable y lo práctico?

Autos y vistos; considerando:

1.º Que la ropa sucia debe lavarse en familia.

2.º Que es peligroso acostarse con muchachos.

3.º Que codear a un zonzo es aturdirlo.

4.º Y, por último, que el más seguro de los dados es no jugarlos y la mejor de las músicas que caiga el telón cuando el público amenaza incomodarse y arrimarle a uno con las lunetas por la crisma, fallo resolviendo lo siguiente:

No ha lugar a la demanda con citación del marido, el que queda absuelto de la instancia.

Ocurra el demandante donde corresponda...

Lo que tanto quiere decir como que planto en 13 o que estoy en mis cabales.

Somme toute, no caigo en la de soplarle el brulote a Juan, ni a garrote.

¿Por él, por su hijo o por mí?

¿Amistad, caridad o egoísmo?

Llámenle Vds. h.

XXIII

SEÑORA:

"No soy hombre de rodeos, Vd. lo sabe, y si no lo sabe, dígnese saberlo.

"Haciendo o deshaciendo, he tenido siempre por pauta andarme camino derecho, sin más vuelta, ni más trámite.

"Aborrezco la línea curva, implantación funesta de algún *flaneur* prehistórico y causa de muchas barbaridades, por la razón sencilla de que la haraganería es la que engendra los vicios.

"¿Idiosincracia de un natural torcido, achaques de educación?

"Algo de esto último debe haber: mi padre me enseñó, hace mucho tiempo, a pintar el hombre que ríe y el hombre que llora, con el concurso exclusivo de rectas en ángulos agudos u obtusos, según hacia la risa o el llanto, y es probable que la fabricación de dichos muñecos, mi ocupación predilecta cuando muchacho, haya llegado, a la larga, a cambiar los perfiles de mi fisonomía moral.

"Hecha esta saludable advertencia a guisa de exordio, sufra Vd. que entre en materia.

"Señora: es Vd. simplemente lo que se llama una bribona, en la acepción fea de la palabra.

"Lo digo porque lo sé y si su marido supiera,

diría lo que digo yo, echando seguramente mano en la ocasión, de algún vocablo mucho menos zalamero y acaso de alguna herramienta mucho más ejecutiva.

"¿Qué quiere Vd.? ¡Cuestión de genio!

"Juan es un excelente muchacho, pero, como todo hijo de vecino, tiene sus defectos.

"Juan ha sido siempre muy necio, no aguanta pulgas, ni entiende un zorro de bromas, y mucho menos de bromas tan pesadas como las que, por lo visto, acostumbra dar Vd.

"Confiese, mi buena señora, que, lo que es en este caso, no le falta razón.

"¿Qué gracia le va a hacer a ningún cristiano que su legítima esposa se agache sobre un albañal, alce un puñado de porquería y le embadurne el bigote como a gato mal enseñado?

"Juegos de manos son rompedero de ojos, sobre todo, cuando los juegos degeneran en chacotas tan groseras como la suya, disimúleme la expresión.

"Ah! pero muy grosera, señora, y del peor gusto!

"Dígame, sino, cómo nos explicamos que la mujer que teniendo un marido joven, buen mozo, inteligente, honrado, bueno y rico, un señor marido, en fin, y para lucirse a su lado, en pleno día, *un huit ressorts* tirado por puros, se embarque a horas indecorosas en un roñoso volantón de plaza y se alrgue a absorber el ambiente hediondo y malsano de los arrabales a trueque de pescar una pulmonía, y a zamarrearse las carnes sobre empedrados imposibles, en compañía de un mentecato que no tiene tras de qué caerse muerto?

"La suerte, señora mía, es que Vd. se ha permitido andar en malos pasos valida de que su marido ni oye ni ve; el bienaventurado como todos sus hermanos en Dios y San Cornelio, cuando no son pascuas, vive roncando como carreta tucumana, sin ni siquiera maliciarse remotamente el soberano chasco que Vd. le pega.

"Y digo la suerte, porque a mí que me tengo por muy amigo suyo, no me gusta verlo sucio y como soy mozo que usa jabón, voy a proceder, *s'il vous plait,* a lavarle la suciedad antes de que se despierte, para lo que pido a Vd. quiera darme una manito, servirme de *gurupí,* como quien dice, tenerme la palangana y la vela durante la dicha manipulación.

"Así:

"Siéntese Vd. delante de una mesa, tome una pluma y escriba:

"Mi viejo":

"Su amigo, el don Pepito, ese del claro de luna, no pasa de ser un mozalbete: *ergo,* Vd. le ha de decir mi viejo.

"Así me llamaban también *in illo tempore,* cuando no era yo mismo sino un tipete, Leonor, Elena, Carlota, Antonieta, etc., todas las Gauthier, en fin, del infrascrito Duval; la regla no falla, es un *tic* y me supongo que, perteneciendo Vd. a la familia, otro tanto hará con el suyo.

"Decimos, por consiguiente, "mi viejo".

"Nos amenaza la más horrible de las desgracias."

"Un hombre maldito..."

"Ponga maldito, señora, ponga no más, que no me voy a resentir por eso.

"...Hombre maldito, es dueño de nuestro secreto".

"No me escribas ni trates de verme más, si no quieres perderme sin remedio."

"Olvídate para siempre de tu pobre..."

"Y aquí viene lo que hace juego con aquello de mi viejo.

"Vd. es morena, de cabello oscuro; apuesto y no pierdo, su querido le dice mi "Rubia".

"Como si lo estuviera viendo!

"No está tan mal, ¿no le parece?

"Lacónico y conciso, sin divagaciones ni jeremiadas intempestivas.

"Los malos tragos, pasarlos pronto.

"Cuando uno va a hacerse sacar una muela, le anda rogando a Dios que el dentista se la saque en un *fras!*

"Así también quiero yo arrancarle del primer tirón, para que le duela menos, el clavo que de puro aturdida se ha escajado Vd. en el cuerpo.

"Ahora, si la operación se le hace muy cuesta arriba y no se anima a sufrirla, ni aun dándole cloroformo, es Vd. perfectamente dueña de su bulto y yo, por mi parte, no insisto; pero le prevengo con tiempo, para evitar reproches desagradables, que me va a poner en el caso de irle con el chisme a su marido, a fin de que él, a quien le importa más que a nadie en la parada, adopte las medidas que repute conducentes en vista de la gravedad del negocio: o zamparla de patitas en la calle, o encerrarla por loca en la Convalescencia, o por otra cosa en los Ejercicios, o hacerla cambiar de barrio, o proceder como se le dé la gana.

"Por lo que a mí se refiere, doy por concluído mi papel de pastelero, me meto en mi casa, me lavo las manos como el rey Herodes (!) y salga el sol por Antequera! Tanto peor para Vd., así lo habrá querido y suya será la culpa.

"Elija, pues, entre el dicho mío y el escrito suyo.

"Si lo primero, óigame como quien oye llover y le doy mi palabra de honor que, antes de cuarenta y ocho horas, sabe Juan de boca mía qué clase de duende es Vd.

"Si lo segundo, remítame el papelito ese sin pérdida de tiempo, bajo sobre cerrado a mi dirección, dentro de otro sobre abierto.

"El objeto que me propongo con esta última precaución es que Vd. no me haga llevar la carta del negro, de lo que la creo capaz, sin por eso inferirle ofensa y sin perjuicio de reiterarle las seguridades de la perfecta consideración con que tengo la honra de ser, señora, de Vd. atento y S. S.

Q. S. M. B."

XXIV

DEJE la pluma, me saqué el lente, me levanté, púseme el sombrero y los guantes, entre guante y carne enjareté el documento del tenor que Vds. conocen y me mandé de visita a lo de Juan, a quien encontré en actitud de sorber sibaríticamente una taza de café, fumando un cigarro y leyendo *El Mosquito,* mientras María, de pie, recostada por detrás sobre el hombro de su marido, miraba las figuritas y le rascaba mimosamente la cabeza.

El *bebe* sentado sobre la mesa, diciendo *ajó* con los dedos metidos en la boca, a falta de algo más fecundo, completaba la tierna y conmovedora escena de familia.

Qué cuadro para un *amateur!*

Qué gancho para un postulante al cargo!

Cuánta miseria velada por la sombra de un exterior canalla y mentiroso.

No se hubiera dicho sino que el mundo acababa en el umbral de aquella casa.

El para ella, ella para él y los dos para el monicaco.

Un idilio, un cuarto de tierra en la gloria, un pavo trufado...

Desde la oc hava.

Dando vuelta la manzana y entrando por la puer-

ta de los artistas, *déconfiture* completa.

El panal de miel es un tronco de tala, el paraíso, un lote sobre la quema de basuras, y las trufas, un bodrio.

Efectos de perspectiva.

Dos cosas que no he sabido hacer en mi vida: un brindis y una visita.

Siempre que, por mal de mis pecados, he cometido la *bévue* de alzar la copa y de abrir la boca, ha sido para alumbrar una sandez y hacer un papel de... estraza.

Lo del "día verdaderamente solemne... verdaderamente... verdaderamente... verdaderamente solemne; en fin, señores."

Pero, despacio por las piedras, como dicen: *ipso facto,* no les acuerdo el derecho de declararme más burro de lo que soy.

Echense, sino, un repliegue sobre Vds. mismos, piénsenlo un momento, y ya verán como convienen conmigo en que no hay manufactura intelectual más costosa que la construcción de un *speach* con acompañamiento de champagne.

O el material es alusivo al acto, en cuyo caso dice Vd. lo que han dicho o van a decir los otros y cae fatalmente en lugar común, o busca su cosa fuera, saliéndose de los rieles como caballo recién traído y exponiéndose a que le pregunte un chusco:

¿Y a mí qué?... ¿A qué se nos viene Vd. con esas? ¿Qué tienen que hacer las témporas con lo que nada tiene que hacer con ellas?

Difícil la hechura de un brindis, muy difícil!

Otro jueguito en el que he sido siempre muy morado: me refiero a lo que llaman talentos de so-

ciedad, o sea, al rol de *mozo de salón,* como dicen las guarangas, lo mismo que si hablaran de un mueble o de un adorno, de un juego de chimenea o de un par de escupideras.

Juzguen por mi estreno que voy a referirles a guisa de cuento al caso.

Era en los años 63.

Misia Pepa, después de haber pasado un tiempo largo en la Villa de Luján, no sé por qué ni hace a la cuestión saberlo, fué a visitar a mi madre de la que había sido condiscípula y amiga desde la época de la pajuela.

Naturalmente, le habló de mí, de lo crecidito que debía estar, hecho un hombre, *sfido mi,* tenía morrudos diez y nueve y pico, de lo aprovechadito que sería, y por último, de que se pirraba de ganas de ver a la criatura y de darle un beso.

Siguióse, por parte de la ejecutora de mis días, el más solemne compromiso de mandarme al día siguiente, con el propósito de que misia Pepa pudiera darse cuenta por sus propios ojos de los *improvements* llevados a cabo en mi importante catadura.

Inútilmente protesté contra la promesa de mi tiránica mamá, alegando que no era yo hombre de visitas, que poco se me daba a mí de doña Pepa, de don Pepe y su chorrera de hijas... nada, necesario fué hacer de tripas corazón, y a las ocho de la noche, después de vestir mis barnices del domingo (un terno comprado en la ropería de Temperley, calle de la Merced, por más señas) encaminarme donde, ojalá, hubiera tenido la pertienente fuerza de carácter para no dejarme llevar!

A eso de medio andar, me encuentro de manos a

boca con un viejo amigo de tatita; le cedo, como era mi deber, la vereda, y al saludarlo siento que resbala uno de mis pies y que casi pierdo el equilibrio.

Lo recobro luego, merced a los sólidos cimientos de que me hallo provisto y prosigo tranquilamente mi camino, dando por terminado el incidente sin más ulterioridad.

Llegué por fin.

Golpeé una vez, una sola, como los criados, y oyendo de la sala el "pase Vd. adelante" rudimentario, entré.

Estaban allí reunidos misia Pepa, tres de sus hijas y tres mozos de visita.

Botas de cabritilla taco Luis XV, cuello a la *dégagé,* guantes letra A para manos letra Q y todo lo demás *high-life* de la época: un guarangage de lo que ya no se ve.

Al entrar, tropiezo contra el umbral.

Casi me voy de bruces, abollando en el respaldo de una silla mi número único.

Bonito exordio, pensé. Y muerto de vergüenza, con la boca seca y la lengua pegada al paladar, dije tartamudeando a misia Pepa:

—Se... señora, yo soy Fu... Fulano, el...

—Ah! Fulanito, qué alto!

Y cómo lo había de conocer, si está ya un hombre! Pero, se ha lastimado, Fulanito?

—No, señora, que... que disparate) (Y todas las estrellas del firmamento desfilaban en procesión ante mis ojos: acababa de golpearme el callo del juanete).

—Deje la galera, hijito, y siéntese.

Estas son mis niñas.

—Señoritas, tengo mucho gusto en conocerlas.

—Del mismo modo, señor.

—Mira, Pepe, prosiguió, dirigiéndose a su cara mitad que en ese momento entraba, viejo alto, rancio y con más arrugas que un carnero negrete. ¿Conoces a este jovencito?

—No a fe, contestó don Pepe, después de calarse las antiparras y pasarme en revista de la cabeza a los pies.

—Es Fulanito, el hijo de Zutana.

—Hombre, y cómo se parece a su madre!—exclamó el muy zopenco, después de saber que era yo efectivamente el hijo de mi madre.

No conocía a este caballerito, pero por el aire de familia, de fijo que lo hubiera sacado a Vd.

Había transcurrido apenas un momento, cuando tomé un olor muy feo.

Lo primero que se me puso, fué achacarle la culpa a don Pepe que estaba sentado a mi izquierda, por lo de que los viejos suelen ser medio comodorros y también medio sinvergüenzas.

Pero como el tufo aquel insistiera en jorobarme a ráfagas la membrana pituitaria, a mí y a mis vecinos, en cuyos gestos llegué a observar cierta gimnástica muscular que no se discute, dije para mí:

—No, aquí hay gato; esto acusa con la elocuencia abrumadora de los hechos, la presencia persistente de un cuerpo cualquiera... de delito.

Y la música seguía...

Figúrense Vds., por otra parte, el papel fuerte que representaría un zanguango de mi edad, masa neutra, ni chicha, ni limonada, ni hombre, ni mu-

chacho, chapetón, corto de genio y zurdo de maneras, sobre todo en punto a roce de mujeres.

¿Quién de nosotros no ha pasado por ese período álgido de la pazguatería humana?

Decir sí señor, no señora, no sé, así será, estrujarse los guantes, cruzar las piernas, no saber dónde meter las manos, moverse como perro pulguiento y sudar la gota gorda trabajando como changador, he ahí el programa del espectáculo en la temporada en que la voz muda de registro, cuando, de pollo piador, se convierte uno en gallo ronco, es decir, entre los quince y los veinte años, edad fatal, especie de puente de los burros, de cuadrado de la hipotenusa en las matemáticas de la vida.

Como item del mate que no cesó de circular en poder de una mulata andrajosa y desportillada, al sonar de las diez, la dicha mulata se presentó con una bandeja de pocillos de chocolate y una torta de panadería.

Con el laudable objeto de borrar, haciéndome el fino, la impresión que indudablemente debía haber producido en la rueda, se me ocurrió ofrecer chocolate a las damas.

Levántome, pues, me apodero de una taza y la presento a misia Pepa, cuando a esta bendita señora se le antoja dejar caer el pañuelo de manos. Me agacho más que ligero para alzárselo y cata aquí que comunico el movimiento de mi mano a la cuchara que ultrapasaba los límites del platillo, la que, a su vez, comunicándolo a la taza, vínose ésta faldas abajo inundando a la pobre vieja en una lluvia de chocolate y poniéndola a la miseria.

Una nube negra como tormenta de tierra cruzó por delante de mis ojos...

Rayos y luz! si hubiera tenido un zapato a mano, aunque hubiese sido de gallego, me emboco en él de zopetón!

—¡Qué bruto!—refunfuñaba atorada por la rabia misia Pepa: mire eso, cómo me ha puesto mi vestido nuevo!

—Este quidam debe ser un zonzo de capirote, decía *pian piano,* uno de los visitantes.

—Un pobre mozo!—agregaba el segundo.

—Un infeliz!—repetía el tercero.

Las muchachas, por su parte, no dejaban de mortificarme los sentimientos con sus guiñadas, cuchicheos y conatos de carcajadas comprimidas.

Estaba ya a punto de cometer un atentado, cuando el apreciable, el ínclito don Pepe, puso fin a mis tormentos con las siguientes elocuentes palabras dirigidas a sus hijas:

—Vamos, vamos; basta ya de chanzas; no es tan ridículo lo que ha sucedido a este caballerito para que estén Vds. todavía comadreando...

Un momento de religioso silencio siguióse a tan enérgica alocución.

Apaciguados los ánimos y medio olvidado ya el incidente personal del chocolate, se reanudó la conversación, emprendiéndola don Pepe conmigo y hablándome, entre otras cosas, de libros y autores.

Contentísimo de que se me abriese al fin un campo en que poder explayarme y mostrar, una vez más, que el hábito suele no hacer al monje, entré de lleno en el *sujet.*

—¿Ha leído Vd. *La Vida de Jesús?* (el libro del día)—le pregunté.

—Dios me libre y me guarde!—contestó haciendo la señal de la cruz. Yo, leer libros impropios y sacrílegos! Hombre, pues no faltaba más!

—Pero, señor...

—Nada, nada, no me venga Vd. con esos librejos que se escriben en el *día de hoy* en que cualquier petate se mete a literato.

Herejías, agregó con un gesto de profundo desprecio, como *La Vida de Jesús* o paporretas y necedades como *Los Miserables* o cosa, del franchute ese farsante y charlatán (don Pepe era español).

Hábleme Vd. de autores viejos, de un Lope de Vega, un Calderón de la Barca, un Cervantes, esos sí, eran verdaderos talentazos!

Contestéle, por supuesto, que tenía razón; que el Quijote, particularmente, me hacía feliz como Carlos en Francia; que era para mí el libro número uno; seguí hablando de las andanzas del hidalgo y me fuí entusiasmando solo no más, hasta que ya completamente *monté,* le dije:

—Vd. no ha de recordar, probablemente, un párrafo del diálogo entre los dos escuderos, que encierra por sí solo más filosofía que Aristóteles, Kant y Descartes reunidos...

Y levantándome con los ojos fijos en un estante:

—Voy a mostráselo, agregué, pues veo desde aquí que ese monumento de la inteligencia humana ocupa un puesto de honor en su biblioteca.

—No se moleste Vd., me dijo don Pepe levantándose tras de mí.

—Si no es molestia.

—Pero...

—No hay pero que valga, ya verá Vd., ya verá Vd., repuse echando mano del Quijote, sin que don Pepe alcanzase a detenerme.

Sintiendo que el libro se negaba redondamente a desertar las filas de sus compañeros, le pegué un tirón, cuando saltando de pronto la tabla que lo figuraba (la biblioteca había sido engaña pichanga), ¡zas! me fuí de espaldas, topando con la parte posterior de mi individuo contra la mesa que soportaba la lámpara, y mesa y lámpara, tabla y yo, rodamos estrepitosamente *super duro solo.*

La más profunda oscuridad nos rodeó entonces.

Aquí fué Troya.

Don Pepe graznaba.

Doña Pepa gritaba.

Las niñas chillaban.

Los tres mozos, ni mu, ni ma.

¿Por qué?

Echense Vds. a nadar...

Esta es la mía, dije para mí, ganando a tientas la puerta, no sin antes tropezar con unas cuantas sillas, tres polleras y otros tantos faldones.

¡Buena falta me hacía el aire fresco de la noche!

Con el rabo entre las piernas, renegando de mis barbaridades que tan ridículo papel me habían hecho representar, llegué por fin a mi casa.

Sentéme, por lo pronto, a desembarazarme de las botas que eran recién estrenadas y que me habían puesto los pies como aceitunas en prensa, cuando ¡maldición! al tirar de la derecha, casi me caigo muerto.

Se acabó de componer el baile!—exclamé.

Esto es lo único que me faltaba; haber sido el pebete, el Monpelas de la fiesta!

En el paroxismo de la rabia, maldije de doña Pepa, de don Pepe, de sus hijas, de la mulata del chocolate, de Cervantes, del viejo amigo de mi tata, de los perros canallas que hacen sus necesidades en las veredas y hasta de D. Cayetano Cazón, que era entonces Jefe de Policía y que no los mataba a palos.

Si me pescan de nuevo en otra igual, prorrumpí, que me... patrien.

Empecé mal, como Vds. ven, seguí lo mismo y he acabado peor.

Lo dicho: en esta especialidad nunca he podido agarrar el compás ni darle el aire.

Cuántas veces en mi prurito de hacerme el pulido y queriendo mostrar que soy sujeto de hablar castellano, si se ofrece, no sólo he pronunciado caballero, cuadrilla, brillante, como reza el diccionario, sino que a lo mejor, la lengua, acostumbrada a moverse en hijo del país y por vengarse, sin duda, del bárbaro tormento a que la sometía, me salía fabricando un *llo* o un *aller,* que me ponían los cachetes como friso del tiempo de Rosas!

Esto es histórico, palabra de honor.

Un día, en una rueda de señoras, por decir que mi abuelo estaba muy chocho, dije... ¿Dónde está el gato? Busquen al gato.

Esto también.

Era en París; habíamos llegado a los postres de una comida entre gente del *meilleur monde* y acababan de servir, con el nombre de duraznos de

Montreuil, unas cosas desabridas como primicia de doncella alemana.

Naturalmente, a fuer de buen criollo, se me ocurrió *indilgar* una laudatoria a los amarillos del monte.

Hablé de su monstruoso tamaño, de su color tornasolado, de su perfume y exquisito sabor.

Poco a poco, me fuí dejando arrebatar por el fuego del amor a la tierra y al *Châteu-Y quem,* hasta que concluí por afirmar con toda la seriedad del que no miente, que los montes salvajes que producen los duraznos entre nosotros como se producen las bellotas en Europa, se extienden por leguas de leguas sobre las islas del Paraná y que es tal la cantidad de fruta que cada árbol da, que se pisa sobre ella como sobre un empedrado.

Hasta aquí, correcto y además muy recomendable bajo el punto de vista del patriotismo.

Pero es el caso que, poco ladino para improvisar en extranjero (viajaba por primera vez), afrancesé al pie de la letra el verbo pisar, dándole entrada a la lengua de Molière por el presente de indicativo precedido del pronombre personal indefinido *on.* Brrrr... Se me paran los pelos sólo al recordarlo!

Aquello fué de un efecto buey.

Y cuenten Vds. que cuando no he andado tan mal, que se diga, y por carambola, siquiera, he conseguido hasta dar golpe, la oveja más ruin rompe el corral, ha sido para los otros y no para mí que he tenido el don especial de embestiarme como tocador de contrabajo, siempre que he pisado el pretil de la dicha sociedad decente, de esa que exige de sus parroquianos cierta *tenue,* especie de estrapontin inhabitable para un particular aficionado a los

Voltaire, a fumar en pipa y a pasar el día en zapatillas y en saco.

Amo el trapillo y la francachela; un pecho abierto, de este o del otro sexo, una botella de *anisette,* seis barajas para un *bésigue* y ,por supuesto, mi pipa.

Fuera de ahí no hay sujeto, como no lo hubo en el domicilio de mi amigo donde, consecuente con mi pasado honroso afirmado por los duros aprietos del presente, estuve buenamente inaguantable.

No erraba una, ni de vicio.

Me hablaban al derecho y contestaba al revés.

Por fuera, todo el aire de un abombado.

Por dentro, toda la mímica del zapo cuando, haciéndose el distraido, pone sus cinco sentidos, el muy tartufo, nada menos que en tomarles la puntería a las moscas, espiando el momento en que las desgraciadas hayan pisado la perpendicular, para tirarles un lengüetazo y hacerlas comida sin dejarlas ni pestañear.

Alojar la bomba en lo gordo de las filas enemigas sin descubrir mis baterías, he ahí el motivo dominante de la música que me andaba por dentro.

Aquí de las manos de Esteban Risso o de Cruz Martín para una billa de pelo de bola sin tocar banda y a cabaña!

Claro está que lo mejor hubiera sido suprimir al marido que no me servía sino de estorbo, como esos hombres gordos que se aplastan en la luneta de al lado, se desbordan por la base y lo obligan a uno a aguantarse perfilado de tres cuartos todo el tiempo de la función.

Pero, ¿cómo?

Mi excelente amigo estaba lo más amable. Parecía cosa del demonio, no quiso dejarme solo ni un momento.

En vano apelé a los diversos expedientes elaborados expresamente para tales casos; nada.

Recordéle la promesa que me había hecho de un libro, no con la intención de leerlo, se trataba de un volumen de viajes escrito por un joven compatriota, Dios me preserve! Sino de que se largara a buscar el libro a su escritorio.

Nequaquam, la literatura aquella yacía sobre la chimenea a dos varas de distancia...

Pedíle un cigarro y bueno.

Metió la mano al bolsillo y sacó uno que dijo ser excelente.

Fiasco, tras fiasco.

Decididamente, mi amigo Juan, en su tenaz empeño por mostrarme agasajo, como dicen las viejas, se iba convirtiendo en una especie de cuña de zapato claveteado, que me pinchaba atrozmente la paciencia, embarazaba mis movimientos de artista e impedía de esa manera la proyectada representación a su beneficio.

Mi situación me hacía acordar a la de esos cantantes llamados de *ripiego,* canalla que pulula en las plazas teatrales italianas; *altro primo tenore, primo basso* o *primo rosto,* ratones sarnosos del palco escénico, *souffre douleur* de las empresas que los tratan como a negros, mediante el conchavo mensual de *cento lire in carta,* deducida la mediación, esto es, 30 o 40 por 100.

Lo suficiente, según Vds. ven, no sólo para no

morirse de hambre, sino también para poder vivir en... la miseria.

Cae enfermo o miente que lo está (éste tiene corona en la casa, como el faldero de mama abuela), un *sommo,* una *stella* y no hay tu tía, la función no se suspende: los reglamentos de Policía, por una parte, y la *saccoccia* hambrienta del empresario, respectivamente, lo prohiben de una manera terminante.

¿Qué hacer?

Se acuerdan entonces del benemérito *ripiego,* como los devotos de Santa Bárbara y se ponen en cuatro, largándole al *avisatore* sobre la pista, con la orden de campearlo y de traerlo vivo o muerto.

El dicho *avisatore* es siempre un hombre excesivamente práctico; conoce por A + B las guaridas del *elenco* y tiene, por consiguiente, marcados sus rumbos de antemano.

Se eleva por lo pronto a las alturas, es decir, sube por montones de a seis, los ciento cuarenta y tantos escalones que transportan a las nubes... de humo de carbón de piedra, donde mora en los tejados nuestro Apolo, *giovine di belle speranze, ma privo di mezzi* y festejante desgraciado de una de las musas, la *prima donna* señorita Euterpe que, de puro endina, se emperra en no darle el sí.

Ni vivo ni muerto en el Helicon.

Las flaquezas de la carne han abierto un paréntesis a su existencia mitológica, precipitándolo, como alma que se lleva el diablo, desde el cielo a los infiernos, o a la *trattoria* del *pian terreno,* que todo es uno, donde se come (?) a razón de 80 *centésimi* por barba.

Allí, en el entreacto del *minestrone* al postre de

nueces, surge de pronto junto a la mesa, como la sombra de Banco, la figura fatídica del *avisatore* que se apea muy suelto de cuerpo con la siguiente heregía:

—*Il baritono d'óbbligo sta male; lei deve cantar quest'oggi,* algo imposible, por supuesto; digamos, ya que hemos hablado de Banco, *il Macbetto.*

—*Come quest'oggi?*

—*Ordine dell'impresa.*

—*Ma, per Bacco, ma se il Macbetto,* exclama desesperado nuestro hombre, *non lo faccio da che lo contai nella fiera di... Cremona* (o del demonio) *or son dieci anni!*

—*Questo a me non mi riguarda: órdine dell'impresa.*

—*Ma, che maniere son queste con un primario artista? Non son mica un burattino! Cosí, come un colpo di cannone, senza una prova d'orchestra, ne menno di piano forte?*

—*Egia, credete chi vi si paga la quindicina* (la piedra de toque, la palabra mágica) *per andare á spasso e viver d'entrate?*

Y no hay remedio y no hay Dios.

El infeliz tiene que agachar los lomos y pasar por las horcas caudinas del *mestiere*...

Una dosis bestial de atrevimiento y una purga de dos onzas de aceite castor, por vía de *demitasse* y a guisa de alambique o filtro para clarificarse la voz, se encargan del resto del programa, cuyo resto, no necesito decirlo, es una manifestación elocuentísima de fino amor y respeto, un *fanatismo,* un *vero chiasso,* en que lo menos que grita el público entu-

siasmado es *fuori, salame, porco y cane della madonna!*

Yo también, como mi colega el barítono, me encontraba entre la espada y la pared.

Tenía forzosamente que *andare in scena* sin previo ensayo, sin saber la parte, y lo que es mil veces peor, dado el género del espectáculo, con la concurrencia a boca de jarro, expuesto a que me pizparan la *manganeta,* me descubrieran el jueguito y me dejaran desmayado de un papazo.

Eh, qué diablos! pensé por fin.

César pasó por el Rubicón, Napoleón por el puente de Arcole, la escuadra de Urquiza por Martín García...

¿Por qué no he de poder yo también pasar el bizcocho a Juan por las narices?

Sobre todo, para que dijo la partera: varón!

Y, uniendo la acción al pensamiento, púseme de pie, me aboqué con la rea so pretexto de darle las buenas noches, y en un revuelo, le prestidigité la píldora en el hueco de la mano y le soplé por la posta este *vivace a fior di labbra*:

—Tome, lea y rompa.

Juan *n'y vit que du feu.*

XXIV

SOBRE mojado, a las 8 a. m. del otro día, madama Juan me servía el *menú* encargado, con más un *hors d'oeuvre* de su cocina que, sin duda, por lo bárbaramente cargado de sal y de pimienta, no dejó de producirme su cierta irritación.

He aquí los componentes:

"Entre la infame que falta a sus deberes y el miserable que amenaza delatarla, hay uno más ruin que el otro: a Vd. le toca decir cuál es."

—Zas, cañonazo, chúpate esa!—exclamé; por lo visto, se ha resentido mi amiga.

Y lo peor es que bien puede no carecer de razón, pensé después, porque al fin y al cabo, entre la infame y el miserable, etc., uno tiene que ser peor que el otro, como dice muy bien esta señora.

La cuestión es saber cuál de los dos sale premiado en el concurso, y como soy yo el que ha de fallar. a estar al tenor del texto, voy a tratar de hacerlo, previo estudio y con pleno conocimiento de causa.

Quiero empezar, desde luego, llevándome Vd. la media arroba, señora, y darle de barato que cuando la sacaron de la escuela, era inocente como un nonato y pura como el vino que mandan de regalo de las provincias.

Que así no más se mantuvo hasta que se puso

pintona y Juan la arrancó del árbol materno, en uno de cuyos gajos colgaba Vd. sobre la pared del cerco, provocando las miradas y afilando el golosismo de los muchachos de la vecindad.

Que cuando se decidió a abandonar el ala protectora de su señora mamá, para meterse en danzas y largarse a recorrer, las tierras del matrimonio, lo hizo por tener el gusto de viajar en compañía de su esposo y no por el boleto de primera clase que él se encargaba de pagarle en los vapores y ferrocarriles, ni por vivir en los hoteles más caros, dándose un corte y sentando plaza de princesa rusa a costillas ajenas.

Quiero ir más lejos todavía.

Admito que fué Vd. miserablemente engañada en los informes que le suministraron respecto a las prendas personales de su compañero y que, creyendo hacer el viaje con un completo caballero, se encontró con un cangalla, ni más ni menos.

Que en la primera estación donde paró el tren, el tal este empezó por mostrar la hilacha, dejándola sola en el vagón para arrimarse al mostrador del *boliche* y echarse una *chiquita* al cuerpo.

Que habiendo otras señores en el coche, armó y encendió después un negro con olor a infierno, apestando a la sociedad, lo que motivó una queja al guarda-tren y, como consecuencia de ella, una discusión que su hombre hizo degenerar en pelea, diciendo a voces que a él no se lo llevaba nadie por delante, que había de fumar no más porque se le daba la gana, porque había pagado su plata y porque su plata era tan buena como la de los otros.

Queda sub-entendido que durante esta tirada tí-

pica de clásica guaranguería, Vd. se lo pasó sin saber dónde meterse, o mejor, pujando por embutirse íntegra en el relleno de los almohadones.

Que con el prólogo de la función se dió Vd. por satisfecha y que de mil amores hubiera tomado su sombrero y vuéltose a su casa, como grullo a su tierra, tanto más cuanto en el segundo acto representado el comedor de un hotel bien frecuentado, su esposo, el protagonista de esta farsa, se puso a comer pescado con cuchillo, a golpear el vaso para llamar al mozo y a insultarlo a gritos porque no le servía a su paladar.

Que en el acto tercero, figurando un cuarto de la misma casa, le sorprendió Vd. *infraganti,* en un a fondo de dimes y diretes eróticos con la china sirvienta.

Que como era muy del caso, a Vd. se le subió la mostaza y que habiéndole increpado indignadísima tamaña indecencia, por toda contestación se armó de unas tenazas de la chimenea que enarboló a guisa de poder ejecutivo, dejándolas caer sobre su personita y dándole así la prueba más fehaciente de ternura conyugal.

Ya ve Vd. que no puedo hacer más en su obsequio y que llego hasta suponer el *non plus ultra* de la bellaquería masculina.

¿Cree Vd., por ventura, que el hecho de que su marido anduviera por las patas de los caballos, le daría a Vd. derecho para arrastrarse también en la inmundicia?

¿Que porque él fuera un degradado, jugador, borracho y libertino, estaría Vd. facultada a declarar-

se pitadora de paraguayos, mujer de cuarto a la calle y cuchillo en la liga?

¿Y la moral, dónde me la deja?

Ah, pero decididamente incurre Vd. en la más deplorable confusión de todo lo que nuestra Santa Madre Iglesia nos enseña y manda guardar, según lo reza el catecismo del padre Astete, libro que me supongo ha de haber caído alguna vez en sus manos, aunque no haya sido sino para aprenderlo de memoria, como las cotorras.

Acuérdese, pues, de que Tata Dios no se anda con paños calientes cuando les caemos a los Sacramentos y que el 6.º del Reglamento General de Policía conocido con el nombre de "Mandamiento de la Ley de Dios", prohibe las *robadas* al contrato matrimonial bajo las penas más severas: prisión por tiempo indeterminado en la Penitenciaría del Purgatorio o fabricación de adoquines a perpetuidad en las canteras del Infierno.

Debo, además, recordarle que la pinta o calaña de la persona paciente, según los principios de legislación que rigen esta materia, no pueden, en manera alguna, ser invocados por el acusado, ni como justificación, ni como excusa, ni aun como circunstancia atenuante de su delito y que la pena se aplica en todo su rigor, sea quien fuere el damnificado y valga lo que valiere.

No me venga, pues, con que el que roba a un ladrón merece cien días de perdón.

Eso será en España, si Vd. quiere, pero no en un país de cristianos, donde el que se apodera de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, incurre,

ipso facto, en pecado mortal y tiene forzosamente que habérselas con el diablo.

¿Sabe Vd. lo que ha hecho casándose?

Ha enajenado el uso de su persona, ha firmado un contrato de alquiler, ni más ni menos, que si fuera una casa, contrato en virtud del cual no puede Vd. ser afectada a otros objetos que aquellos a que expresamente la destine su inquilino.

Juan la ha tomado a Vd. para habitarla y como Juan tiene fortuna, es de suponer que no quiera vivir a medias con nadie, *máxime,* cuando el intruso no paga alquiler, pretendiendo pasárselo de gorro como un sinvergüenza.

Vd., en una palabra, no es suya y siendo ajena y haciéndose usufructuar clandestinamente por tercera persona, incurre, según las prescripciones del referido Código de Astete, en pecado mortal, comete delito de robo y no es otro cosa, por consiguiente, que una pecadora ladrona que no merece perdón de Dios.

Y últimamente, no quiero permitirle ni a Vd. ni a mí, que sigamos calumniando a Juan, diciendo que se ha dado a la bebida, que es afecto a las aceitunas, mano larga con las mujeres y otras especies denigrantes, aun cuando todo ello no pase de supuestos infundados y puramente gratuitos.

A tout seigneur, tout honneur.

Sin hablar de actos que rebajan ni de vicios que degradan, Juan no es de esos; vamos a cuentas.

¿Qué le podría Vd. echar en cara?

Le prevengo desde luego que, por mi parte, no sé nada.

Pero admitamos un momento que como hijo le-

gítimo de Adán, el que lo hereda no lo hurta, suela declarar cerrado el punto de sus tareas matrimoniales y decretarse sus horas de vacaciones y de asueto.

¿Qué mal hay en eso? ¿Cuál es el perjuicio que Vd. sufre?

¿Teme, por ventura, que su marido la descuide o la quiera menos?

Disparate, señora! El corazón de los hombres es muy grande: caben en él, cómodamente, muchas de Vds. al mismo tiempo.

El Señor y la Naturaleza, en su sabiduría infinita, han dispuesto que así sea. Ahí tiene Vd., sin ir más lejos, los gallos y otros cuadrúpedos que hacen bueno lo digo.

Conocí a un amigo, *verbigracia,* que se pasaba las noches en casa de su ilegítima y que un buen día, por librar al suegro de una quiebra fraudulenta, entregó su fortuna a su mujer.

A la querida el tiempo, a la mujer el dinero, y como el tiempo es dinero, tanto daba a la una como a la otra, y como el amor se mide con la vara del interés, quiere decir que dándoles igual a las dos, a las dos las quería igual.

Me parece que esto es claro.

No solamente Vds. han de ser las antojadizas: el hombre también sabe experimentar sus caprichos.

Teniendo a mano *roba fina,* como dicen los italianos, muchas veces nos aplicamos a un *fondaccio* cualquiera, sin que ello importe, por supuesto, que en absoluto prefiramos lo segundo.

Es el caso del *habitué* al café de París donde, mal que mal, se come pasablemente, que se sopla

por viaraza, en un bodegón del mercado y se le afirma a un guisote de *buseca.*

Lo del parroquiano de Colón que, empachado con las Borghi y las Scalchi, agarra veinticinco pesos y los tira a la calle por saborear el placer de pagarse una rabieta con las Pappenheim y comparsa.

¿Sería porque el ridículo la aterra y quiere sacarle el cuerpo, que Vd. se afana?

¿De cuándo acá nuestras lacras las contagian?

Les llega a tocar, no digo un perdido, uno que sea así, medio peine no más y todo se vuelve puras quejas y lamentos.

Pobrecita! arriba y pobrecita! abajo; tan buena! si ese hombre es un canalla... y ella una santa! y ya las canonizaron también y ya las pusieron por los cuernos de la luna.

Mientras tanto, cuando la suerte perra se ensaña contra el varón, lo que pasa de enero a enero y le sale adjudicando una de genio alegre, todos los pistones de la fama son pocos para pregonar sus quebrantos.

Bueno, decente y honrado, es un esto y un aquello, sin embargo.

¿Por qué?

Simplemente porque su mujer tiene los sesos al revés y le ha hecho creer que *des vessies sont des lanternes.*

Y decir que nosotros, los barbudos, hemos sido los maquinistas de la fiesta, los que hemos montado el aparato, templado el instrumento y armado el baile!

A buenas manos ha ido a parar nuestro dinero!

En fin, justo es que paguemos la chapetonada.

Quién nos metió a maestros albañiles cuando no sabíamos ni agarrar la cuchara.

Antes de echar los cimientos de ese alto de cascotes que llaman edificio social, debimos empezar por aprender el oficio, por estudiar el terreno y conocer los bueyes, por averiguar qué laya de bicho es la mujer, si había estofa en el sujeto, si era cómo para un desempeño y si merecía que nos fiáramos en Dios y no corriéramos, hasta el punto de depositarle lo que más mezquina todo el que tiene cosquillas: su nombre y su reputación.

Nos hubiéramos dejado, entonces, de pedir peras al olmo, de pretender hacer milagros y, convencidos de que la *donna é móbile,* como dicen los tenores, en vez de entregarle las llaves de la caja, nos habríamos echado dicho adminículo al bolsillo, prendiéndonos, por las dudas, hasta el último botón de la *chapona.*

Sí, señora, la culpa la tenemos nosotros.

Hemos hecho una embarrada, pero a lo hecho, pecho.

Hoy las cosas están arregladas como están y no hay remedio.

Eso que dicen ser el honor del hombre, consiste en no robar y en no matar por la espalda, lo demás es paja que vuela con el viento.

La mujer lleva el suyo en otra parte.

Consecuencia.

Para que Vd. pudiera hablar con fundamento, la derecha hubiera sido empezar por no sacar los pies del plato, por no hacerle la *rabona* al tálamo, única escuela autorizada por el Gobierno, donde, bajo la férula inmediata de su *dómine,* debió Vd. haber bus-

cado el lleno de su capacidad natural, en lugar de andar a monte, recibiendo las lecciones inmorales de un repetidor nocturno, maestro Ciruela que no ha hecho sino robarle la plata.

Francamente, señora mía, se necesita tener aplomo para pretender alzar el gallo con semejante foja de servicios!

Pero, ¿y por casa, cómo andamos?—dirá Vd.

Eso es lo que vamos a ver ahora.

Si no fuera yo un alma de Dios, si lo único de que tratara no fuese de enmendar la plana borroneada por Vd. y evitar, de puro bueno, que su marido, Vd. y su hijo lleguen, con el tiempo, a tener un disgusto, ¿quién me obligaría, hágame el favor de decirlo, a mezclarme, yo también, en este enredo, a *dragonear* de apuntador, soplándole su papel?

Nadie, pues; esto es claro como la luz del día, porque, en resumen, a mí individualmente se me dan tres pitos de sus asuntos.

Podría, con la facilidad del mundo, mostrarle que de atrás soy más bizarro, sin por eso tener que habérmelas con el Comisario de Policía.

Cuando mucho, lo que yo mismo pudiera reprocharme es que, haciendo la vista gorda, vendría a ser un... ¿cómo le diré?,... un como a manera de comadrón, consentidor de cosas feas, especie de tapamugre, con lo que desciende indudablemente mi nivel moral.

Pero ¿qué vale este rezongo de la conciencia comparado con la amable perspectiva de que le asienten a uno la mano o poco menos, que es el lote reservado por la gratitud humana a todo el que se ingiere en lo que no le importa?

Mucho más práctico del punto de vista de mis anchas particulares, mucho más en armonía con mi carácter de cuarentón soltero, lo que tanto quiere decir como pijotero de sentimientos, fuera que me acomodara el lente, mirara, frunciera el gesto y siguiese de largo:

1.º Porque no conviene menear ciertas cosas, y

2.º Porque no hay comedido que salga bien.

Ni se me ha ocurrido hacerlo, sin embargo, al contrario, Vd. a quien le pica, conoce mejor que nadie qué velas he llevado en el entierro; sabe que no he andado mauleando y que he ido hasta aventurar con heroica abnegación unas cuantas horas de tranquilidad, por la parte que menos, a trueque de que el diablo las cargara y de producirme un revoltijo de sueño y de disgestión que habría podido traer aparejadas consecuencias funestas para mi salud.

Si quiere hacerse cargo de toda la grandeza, de todo el desprendimiento que mi proceder encierra, fíjese en que soy un señor viejo y egoísta, dedicado exclusivamente al mejor entretenimiento de mi persona, a amontonarme la mayor suma posibel de bienestar en la vida, para lo que reputo condición esencialísima el más inalterado reposo espiritual y el perfecto equilibrio de las funciones de la bestia.

De cómo el delator y, además, miserable, según Vd. ha tenido la fineza de calificarme, se convierte, al poco andar, en un excelente sujeto, muy capaz de echar su cuarto de timón cuando hay que hacer agarrar el rumbo a una extraviada.

A ver si le gusta, aunque es mala la comparación. Vd. es, digamos, la oveja descarriada, su marido

el ovejero, su hijo el cordero y yo el perro del puesto que la endereza a las casas para que no se aguache la cria y para que no se alcen con Vd., pegándole, de paso, un tarascón al cuatrero que ya se la iba llevando.

Y si cree que pasa de castaño oscuro eso de compararla con un ejemplar de la raza ovina y que la referida literatura cabe, cuando más, en la sección amena de un diarujo rural, hablando de alguna guasa de la comarca, no me opongo, le digo que me dispense y entro de lleno con Vd. en los dominios de la ciencia.

Vd. es, *verbigracia,* una nariz que tiene un grano en la punta.

Yo la mano del operador que le suprime el asqueroso apéndice.

Es claro que no se hacen tortillas sin romper huevos, que la operación da dolor, hay que meter la lanceta, apretar, sacar el humor, hacer saltar la raíz y proceder después al lavaje con algún líquido *aguardentoso.*

El paciente, por supuesto, patalea contra el médico transformado en su verdugo; pero el sufrimiento pasa, el mal se extirpa, la reacción se opera y las maldiciones se truecan en un coro de alabanzas:

—No hay ojo como el de Fulano, exclama; da en el clavo como martillazo, cura que es un milagro, etc.

Y concluye por tenerle más fe que a Dios.

Lo mismo le va a suceder a Vd.

Hoy vomita sapos y culebras contra mí porque anda todavía con el calor de la marca; pero mañana, cuando se le pase la rabia, ya verá como me lleva en

andas y se me hinca de rodillas pidiéndome la bendición.

Ha de ser la primera en hacerme justicia, se ha de convencer de que su mejor amigo soy yo y, si su cosa fuera de esas que pueden exhibirse sin atentar a la decencia y al decoro públicos, nada extraño sería que saliera lavándome la cara en alguna solicitada del tenor siguiente:

"Atacada por una fuerte calentura que me iba secando en vida, tuve la suerte de caer en manos de D. Fulano, quien, convencido de que un clavo saca otro clavo, procedió instantáneamente a aplicarme un cáustico que me hizo bramar, pero que me curó como con la mano.

"Cumplo con el grato deber de hacer público por medio de las presentes líneas mi profundo agradecimiento hacia este benefactor de la humanidad doliente, tanto más, cuanto en su noble generosidad, no me ha querido cobrar ni medio por la asistencia."

Basta de matemáticas.

Si cree que su droga me ha hecho mella, se equivoca de medio a medio.

Con este ligero trote por las calles del sentido común, tengo ya en los talones el contenido de su veneno.

Decididamente, no hay pulverizador como la reflexión; es la *pepsina nostras,* el buche de avestruz de las indigestiones morales.

Un esfuerzo más, un paso todavía, pensé después, yendo y viniendo por mi cuarto y podré ganar la cama y echarme a dormir como un lirón, con la conciencia descargada del que ha hecho lo que Dios manda.

Hallábame en aquel instante a tiro de un botón de campanilla.

Poco después entró Taniete.

—Vaya, le ordené, a lo del señor D. Pepe y dígale que se sirva venir antes de pasar al escritorio, que necesito verlo urgentemente.

XXV

Mi hombre no se hizo esperar; media hora después:

—Tenga Vd. la bondad de sentarse y de leer el contenido de esta carta que me han encargado entregue personalmente, le decía, observándolo de hito en hito.

Púsose primero colorado hasta las orejas, después pálido mortal y luego quiso hacerse el desentendido balbuceando:

—No comprendo lo que esto significa...

—Voy a decírselo, le contesté: Esto, mocito, significa sencillamente que es Vd. un canallita número uno...

—Señor!—exclamó poniéndose de pie y queriendo darse aires. No puedo permitir!...

—Poco a poco, repuse con toda cachaza, tomándolo de un brazo y clavándolo en la silla; déjese de pretender andar jugándome la comedia.

Calcule que soy más viejo que Vd., lo que importa decir que es muy difícil que Vd. me embauque y piense que debo estar resuelto *a todo* cuando le he hecho el honor de recibirlo en mi casa para ajustar cuentas con Vd.

Le aconsejo, pues, que no me haga incomodar más de lo necesario y que se esté quieto y con jui-

cio, tal cual conviene a un jovencito bien criado.

Cuando un hombre, continué, empieza por ser un pillete que hace su escuela, de noche, en las puertas de los teatros, vendiendo contraseñas y recogiendo puchos y, de día, en media calle, peleándose con los otros a las bolitas y a los cobres, mientras su madre enferma y pobre se lo pasa tirada en una cama.

Cuando otro hombre, compadeciendo a la vieja infeliz y condoliéndose de la suerte reservada al muchachuelo, estira su bolsa a la primera y se encarga de la educación del segundo, lo hace gente, lo llama a su lado y le da un puesto de confianza en su casa con entrada libre a todas horas.

Cuando el *nene* este a veinte años, es decir, a una edad en que el roce con los hombres y el ambiente morboso en que se agitan, no han tenido tiempo aún de pervertirle el corazón, se porta como un bellaco, yendo hasta hacer de la mujer de su patrón una prostituída vulgar.

Cuando todo esto sucede, digo, razón tengo y sobrada, para afirmar que en el pillo de que me ocupo hay todo el paño de un galeote.

Esta es su historia, si no me equivoco, y esto lo que quise significar hace un momento, cuando me serví de un adjetivo calificativo, que no ha encontrado Vd. de su paladar y que, sin embargo, lo retrata que está hablando.

Es una traducción suya al pie de la letra.

Pero eso que se me ha ocurrido pensar de Vd. ha sido de paso, así, incidentalmente, sin hacer hincapié en su individuo, desde que no tengo en vista, ni me importa para nada, su reforma o mejoramiento

espiritual, desde que no pretendo ser como si dijéramos su penitenciaría, sino más bien la soga reservada a los acróbatas como Vd. para ejecutar la última *zampillaerostation* del programa.

Le hago gracia de los detalles, pues, y me voy al fondo.

Su amiga está escamada. No quiere saber ya nada con Vd., según terminantemente lo declara en la misiva que me ha cabido la satisfacción de consignarle.

Por este lado, la cosa no tiene vuelta y le aconsejo que pierda hasta el más remoto asomo de esperanza.

A quien tal vez no desagradaría abocarse diez minutos con Vd. si supiera el eminente servicio que le debe, a Vds. Juan. Pero no estoy bien seguro de si Vd. se halla animado de idénticos propósitos y, como mi carácter de dueño de casa me impone ciertos deberes de urbanidad, voy a tener la cortesía de consultarle los gustos.

Sígame con atención; seré breve.

Mi interlocutor, con la vista clavada en los dibujos de un *Smyrne,* los músculos de la cara distendidos, lívido, desencajado, tenía todo el aspecto de un hombre completamente *aplati.*

En cualquiera otra situación, me habría movido a lástima; en aquel instante, sólo llegó a inspirarme rabia y desprecio.

Continué, pues, impasible en estos términos:

—Si a Vd. le duele renunciar a la mujer amada, si el asunto es serio y el fuego de una pasión intensa inflama su pecho, el remedio está en su mano, no renuncie, pero átese los calzones y aténgase a las consecuencias.

Cierro instantáneamente la puerta con llave, mando llamar a su patrón, la abro de nuevo, entro con él y, tan cierto como que me llamo Fulano, le cuento el cuento con pelos y señales, procediendo al mismo tiempo a alargarle un revólver, y si acaso, otro a Vd. para que no salga diciendo después que lo han muerto como a un perro.

Si, al revés, no lo toma por el lado heroico, si la mujer no le importa un zorro, o si, aunque le importe, su temperamento impresionable y nervioso rechaza las emociones violentas y opta Vd. por el género alegre y chacotón, también así nos hemos de entender. Ya ve si soy acomodaticio.

He previsto el caso y me he munido de esta bolsa que contiene mil patacones en piezas de veinte francos, de este pasaporte con su nombre, ordenando a las autoridades nacionales y rogando a las extranjeras que no le pongan impedimento en su tránsito, y por fin, de este nombramiento recaído en su distinguidísima persona para desempeñar el delicado puesto de Cónsul Argentino en... Mónaco.

Vaya Vd., mi joven amigo, vaya Vd. a aumentar el número de los que, salvo honorables excepciones, noble y dignamente representan a la República en el extranjero.

Le recomiendo el *treinta y cuarenta* de Montecarlo.

Es un jueguito calentador.

Agáchesele, pierda hasta la camisa, llénese de trampas y hágase meter entre rejas o péguese un balazo.

Así el mundo se ocupará de nosotros y habrá

contribuído Vd. eficazmente a que sigan cotizándose nuestras acciones con premio, a cimentar más y más el crédito nacional poniéndolo por las nubes, para mayor honra del país y lustre del gobierno que lo manda.

Aquí la llave, continué, mostrándole mi mano derecha.

Aquí el dinero y los documentos, agregué, señalándole la izquierda.

Elija de una vez; no tengo tiempo que perder...

XXVI

Signarelle ....

....

J'aime mieux consentir á tout que de me faire assommer.

MOLIERE.

Claro, pues, se estaba cayendo de maduro...

Dominado por una fuerte emoción, o haciéndose el que lo estaba:

—Le juro, señor, exclamó el joven Pepe, poniéndose de pie, que jamás volverán Vds. a oir hablar de este desgraciado...

Y quiso salir a paso de trote, pero no tan ligero que no alcanzara yo a cazarlo de los faldones y a meterle el envoltorio entre le chaleco y la camisa, gritándole:

—*Eh! lá bas!* Se olvida Vd. de sus papeles!

La suite au prochain numéro.

ESTE LIBRO SE IMPRIMIÓ EN LOS
ESTABLECIMIENTOS GRÁFICOS
DE PORTER HERMANOS
1583 - ENTRE RIOS - 1585
DURANTE EL MES DE
MARZO DEL
AÑO 1924

Talleres Gráficos
PORTER Hnos.
E. Ríos 1583-85
Buenos Aires